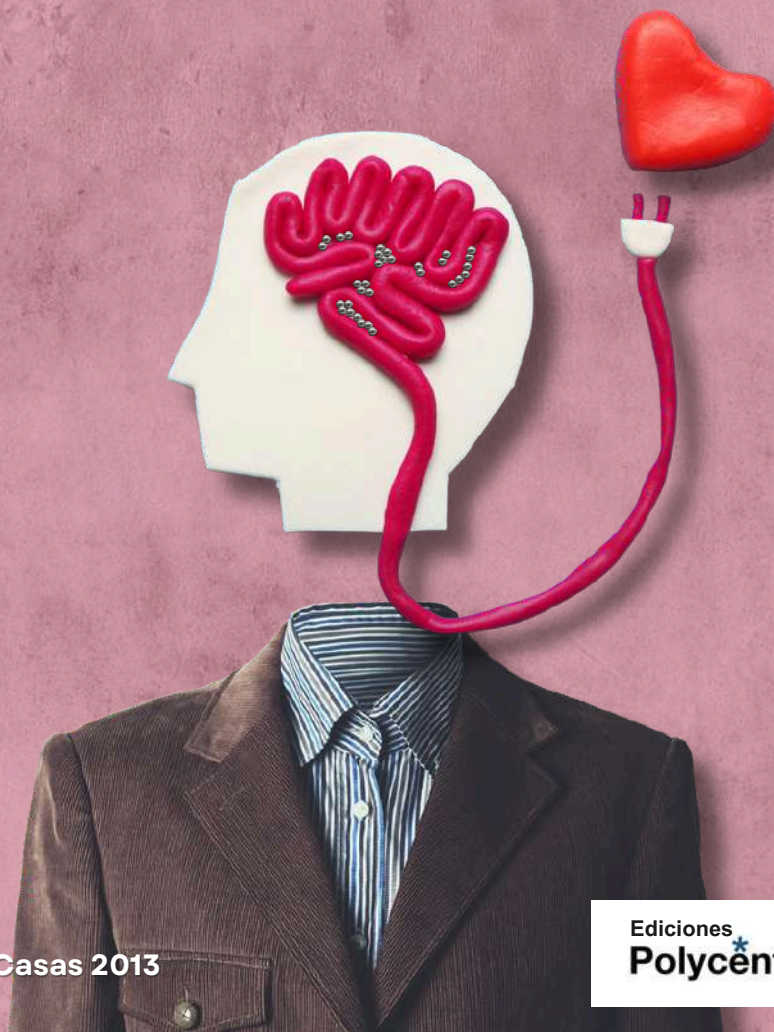


ANDRÉS CASAS - CASAS

RACIONALIDAD EMOCIONAL

LA PROPUESTA DE JON ELSTER Y LAS
NUEVAS PERSPECTIVAS SOBRE EL PAPEL DE
LA EMOCIÓN EN LA ACCIÓN



RACIONALIDAD EMOCIONAL

La propuesta de Jon Elster y las nuevas perspectivas sobre el papel de la emoción en la acción

ANDRÉS CASAS-CASAS

**Texto en revisión para publicación.
Prohibida la reproducción o difusión sin permiso del autor**

Contacto:
andrescasascasas@gmail.com

©2017 Todos los derechos reservados

RESUMEN

El objetivo de este ensayo es el de propiciar un diálogo entre la filosofía y otras disciplinas interesadas en la relación entre emoción y acción. El trabajo propone tres tesis: i) integrar la emoción dentro de la comprensión y la explicación de la acción humana, implica la construcción de un modelo ampliado; ii) la obra del filósofo noruego Jon Elster ofrece un paso hacia la integración de la emoción en un modelo más amplio y convergente; iii) el concepto de racionalidad emocional, ofrece la posibilidad de transformar nuestra comprensión de la relación emoción/acción, y con ella, la idea misma de qué y cómo somos los seres humanos.

En el primer capítulo, se introduce al campo de la filosofía de las emociones, y se justifica el estudio de las emociones y de la acción. En el segundo capítulo se presenta una revisión de la propuesta de Jon Elster, se descomponen sus elementos fundamentales, y se desarrollan algunos comentarios a propósito de su propuesta. En el tercer capítulo se analizan tres perspectivas en torno al concepto de racionalidad emocional. Finalmente, se recapitula el trabajo y se establecen algunas conclusiones.

El resultado de este trabajo hace parte de una empresa más amplia, y que requiere de la profundización de diferentes áreas del conocimiento dirigidas a un diálogo que nos permita una comprensión de los microfundamentos de la motivación, la acción individual, la interacción interpersonal, la acción colectiva y sus implicaciones para el cambio organizacional e institucional.

Palabras clave:

Emociones, racionalidad, filosofía de las emociones, Jon Elster, Racionalidad emocional, filosofía de la acción.

Referencia:

Se recomienda a quienes estén autorizados citar el trabajo de la siguiente manera:

Casas-Casas, A (2014) Racionalidad Emocional. Trabajo en proceso de publicación. Bogotá.

A Emilia y Nathalie

*“Does the body rule the mind
Or does the mind rule the body ?
I don’t know...”*

The smiths

“Still ill”

Hatful of Hollow (1984)

“Who is right? [...] emotion may be likened to the elephant described by the four blindmen in the Sufi tale. ‘The elephant is broad and flat like a Wall’ said one, feeling the elephant’s side. ‘The elephant is large and round like a tree trunk’, said another feeling the elephant’s legs. ‘The elephant is long and narrow’, described the third, feeling the elephant’s trunk. ‘The elephant is small and round and tapers to a point’, said the fourth, feeling the elephant’s tail. Each of the blind men was correct, of course, but only for the part of the elephant he was feeling”.

Randolph R. Cornelius

The Science of Emotion (1996)

“¿Qué sucesos en la vida de una persona revelan actuación? ¿Cuáles son sus actos y sus obras, a diferencia de meros acontecimientos en su historia? ¿Cuál es la marca que distingue sus acciones?”

Donald Davidson

De la acción (1968)

Agradecimientos

En términos del *Modelo Estructural de Emociones Discretas* (EED) propuesto por Roseman (1991), estas páginas evocan tres tipos de emociones positivas: una de origen incierto, *esperanza*; y otras dos de origen cierto, *alegría* y *alivio*. En la escala PANAS se podrían clasificar como *jovialidad*, y medidas, clasificarían dentro de la sub-escala de *felicidad* por los ítems que la indican (Myers y Tingley, 2011). El texto tiene una significación profunda.

Estoy en deuda con mi madre Emilia Casas, y mis amigos Nathalie Méndez, María Mercedes González y Daniel Flechas por su apoyo incondicional, la preocupación y la comprensión que acompañó el largo proceso que llevó a este texto. Le debo este trabajo a mi mentores Rodrigo Losada y Cecilia de Santacruz, así como a José Antonio Garciandía por ayudar a sembrar la semilla y esperar pacientemente la cosecha. Así mismo, a mi insospechado e incondicional compañero de silencios, Dante, con quien tuvimos que perdernos para poder encontrarnos.

Agradezco la paciente orientación de Miguel Ángel Pérez y los valiosos comentarios de Gustavo Chirolla y Luis Antonio Cifuentes, profesores de la Facultad de Filosofía de la Universidad Javeriana. Mi mayor deuda y gratitud está con mi maestro, Carlos Bonacera, por su conmovedora presencia, su luz y paciente guía. Finalmente, agradezco a la profesora Rose McDermott por su conversación e inspiradora generosidad, no sólo por su trabajo dedicado a incluir las emociones en la ciencia política, sino además por compartir trabajos inéditos para incluir en este texto.

Sólo me queda el sinsabor de una emoción negativa que según Roseman (1991) se da por causas 'autoinflingidas' (*self-caused*): lamento no haber concretado esta aventura antes para que los ojos de mi mejor lector la hubiesen disfrutado. Mi

abuelo Jesús Casas Lara, el gran motivador primario de mis inquietudes intelectuales, abandonó este mundo en agosto de 2010 sin leer estas páginas.

Contenido

Introducción	1
I. Emoción y acción: el debate en la filosofía de las emociones.....	6
1. ¿Por qué las emociones?	6
2. ¿Por qué la acción?	12
3. La filosofía de las emociones.....	16
4. Emoción y acción en la filosofía de las emociones.....	45
5. Recapitulación.....	70
II. Emoción y acción en la obra de Jon Elster	73
1. La mente.....	74
2. La acción	84
3. La racionalidad y las emociones	87
4. Normas sociales	90
5. Elster y las emociones.....	92
6. Las emociones y la acción	101
7. Reflexiones sobre los vínculos entre emoción y acción en la propuesta de Jon Elster.	106
8. Recapitulación	112
III. Racionalidad emocional: tres miradas	115
1. La propuesta de Patricia Greespan: <i>la naturaleza perspectivista</i> de las evaluaciones emocionales	115
2. La propuesta de Rose McDermott: la emoción como componente esencial de la racionalidad	119
3. La propuesta de Pierre Livet: Elección racional, neuroeconomía, y emociones mezcladas.....	128
IV. Recapitulación final y conclusiones	137
Bibliografía	146

Listado de Gráficas

Gráfica 1. Análisis de una acción intencional según Davidson.....	28
Gráfica 2. La jerarquía en el sistema motor.....	60

Gráfica 3. La importancia de la Amígdala.....	63
Gráfica 4. Dos caminos del estímulo sensorial a la respuesta emocional.....	66
Gráfico 5. Impacto de las emociones en las creencias, deseos y acciones.....	99
Gráfico 6. Transmutación de la emoción.....	115
Gráfica 7. Ciclo de acción sin referencia a la emoción.....	120
Gráfica 8. Ciclo de acción con referencia a la emoción.....	121

Listado de Tablas

Tabla 1. Emociones y tendencia a la acción.....	113
---	-----

Introducción

Desde muy temprano a muchos de nosotros se nos ha enseñado que el cálculo lógico y racional yace a la base de nuestras acciones, y que las emociones distorsionan y afectan negativamente nuestro juicio y nuestras decisiones. Pero, ¿qué pasa si estamos equivocados sobre el impacto general que tienen las emociones en nuestra acción? (McDermott, 2004, p. 691). Las comprensiones erradas sobre la naturaleza de la emoción han llevado a que su rol dentro la acción humana haya sido históricamente estigmatizado, y no pocas veces ignorado dentro de la filosofía de la acción (Zhu y Thagard, 2002).

Las concepciones tradicionales sobre las emociones las han concebido como fenómenos irracionales y pasivos, que tienen un impacto insignificante en las acciones (Zhu y Thagard, 2002). Sin embargo, la fértil producción interdisciplinar de la última parte del siglo XX y de la primera década del siglo XXI ha transformado nuestra comprensión sobre cómo funciona el cerebro, y cómo mente y cuerpo interactúan (McDermott, 2004; Mantzavinos, North y Shariq, 2004).

Dados estos avances, se ha hecho insostenible mantener algunos de los supuestos tradicionales sobre las emociones, ya que resultan problemáticos ante la amplia evidencia generada desde la biología evolutiva (Cosmides y Tooby, 2004; Evans y Cruse, 2004), la neurofisiología (LeDoux, 1987), la neurociencia (Damasio, 2010; Hall, 2010; Pinker, 2007; Panksepp, 2004), la psicología (Zhu y Thagard, 2002; Cornelius, 1996; Frijda, 1987), la economía del comportamiento (Rick y Loewenstein, 2007; Camerer, Loewenstein y Prelec, 2005; Kanhemman, 2003), la ciencia política (Myers y Tingley, 2011; Neuman, et. al. 2007; McDermott, 2007 y 2004; Marcus, 2003); así como, de las reflexiones propuestas desde la filosofía de la emoción (Deonna y Teroni, 2012; Solomon, 2004; Hatzimiyosis, 2003; Goldie, 2002), e incluso desde los modelos computacionales desarrollados

dentro del campo de la inteligencia artificial y de los modelos de interacción entre humanos y computadoras (Kessler et. al, 2008; Maramatsu y Hanoch, 2005).

Diferentes autores han venido mostrando cómo las emociones afectan significativamente la generación, la ejecución y control de la acción, así como la manera en que la gente da sentido a sus acciones (Zhu y Thagart, 2002); además de mostrar su influencia sobre fenómenos: económicos (Loewenstein, 2000; Kahneman, 2012); fenómenos micro, meso y macropolíticos (Newman et. al, 2007, McDermott, 2004; Marcus, 2003; Petersen, 2001, 2002, 2007, 2009; Goodwin, et. al, 2001); morales y jurídicos (Nussbaum, 2004); y sobre gran variedad de aspectos sociales (Brody y Hall, 2004; Forgas y Vargas, 2004; Hess y Kirouac; 2004), culturales (Shewder y Haidt, 2004; Sekhar Sripada y Stich, 2004; Cornelius, 1996) y de la vida cotidiana (Damasio, 2010; Hall, 2010; Pinker 2007, 1999;).

Pese a esta creciente atención, las emociones no han gozado de un lugar dentro de los modelos racionales, estructurales y organizacionales que han dominado las ciencias sociales (Goodwin et. al, 2001, p. 1), y dentro de ellas su importancia sigue siendo marginal para la explicación de la acción individual y colectiva.

Pensar en reinterpretar la relación entre emoción y acción, implica capturar una rica serie de aportes multidisciplinarios a través de una discusión que inevitablemente conduce a la transformación de los conceptos, de la idea misma de razón; y por ende, de lo que significa ser humano. Por su naturaleza e implicaciones, esta es una tarea cuyo lugar natural y más adecuado yace en el terreno de la filosofía.

El primer paso para desarrollar una tarea como la descrita arriba, no comienza por generar un conocimiento nuevo, sino por proponer un diálogo con énfasis filosófico sobre una serie de conocimientos que se caracterizan por su convergencia tética y por su divergencia explicativa.

Así, el objetivo de este trabajo es el de propiciar un diálogo entre la filosofía y otras disciplinas interesadas en la relación entre emoción y acción, con el fin de realizar un ejercicio de profundización, a través de la revisión multidisciplinar de la bibliografía que presenta visiones alternativas a las miradas tradicionales que han defendido la dicotomía entre mente y cuerpo, y por ende la relación negativa entre emoción y acción. Al hacer un énfasis en la construcción de un gran panorama, el trabajo no se detiene en las discusiones intra-teóricas propias del campo de la filosofía de las emociones (es decir en sus divergencias explicativas), sino que busca proyectar los aportes de los diferentes enfoques y teorías hacia una discusión, que centrándose en las convergencias técnicas, alcance un nivel más práctico y si se quiere positivo, de la relación entre emoción y acción.

La motivación central de este trabajo se nutre a partir de la famosa incógnita que Rose McDermott propuso en su ya clásico artículo de 2004, en donde se preguntaba: *¿Qué tal si la mayoría de las veces, la emoción tiene una función productiva, proveyendo los fundamentos para las formas en que decidimos y actuamos?*

Para contribuir a la respuesta de la pregunta de McDermott, como resultado de la indagación, este trabajo propone tres tesis: la primera es que integrar la emoción dentro de la comprensión y la explicación de la acción humana, implica la construcción de un modelo ampliado que permita comprender el lugar que tiene la emoción y su papel (activo) en la generación y regulación de la acción; la segunda, yace en que la obra de Jon Elster ofrece un primer paso hacia la integración de la emoción en un modelo más amplio y convergente; la tercera, es que el concepto de racionalidad emocional, aunque reciente e incipiente, va más allá, ya que puede ofrecer la posibilidad de transformar nuestra comprensión de la relación emoción/acción, y con ella la idea misma de qué y cómo somos los seres humanos.

Con el fin de capturar la convergencia tética entre disciplinas, enfoques y teorías, este trabajo pone en diálogo, con énfasis filosófico, las miradas que de manera reciente han revisado la relación entre emoción y acción. Lo anterior, buscando establecer los puentes que dentro de la filosofía de la emoción (y en sus territorios colindantes) se han planteado para ofrecer una mirada más comprensiva y ampliada de las bases de la acción y de la interacción humana.

Para lograr su propósito el texto se divide en tres grandes capítulos. En el primero, con el fin de problematizar la relación entre acción y emoción, y presentar la convergencia tética multidisciplinar: se introduce al campo de la filosofía de las emociones, se argumenta a favor del estudio de las emociones y de la acción; y se revisan algunos de los principales debates propuestos frente a la relación emoción y acción. En la segunda sección se presenta una revisión de la propuesta de Jon Elster, al cobrar especial interés por centrar su atención sobre la posibilidad de integración entre emoción y acción. En esta sección se analizan sus elementos fundamentales, y se desarrollan algunos comentarios a propósito de su propuesta. En el tercer capítulo, se analizan tres propuestas en torno al concepto de *racionalidad emocional*, las cuales suponen la transformación de nuestra comprensión del papel de la emoción en la toma de decisiones y en la acción. Finalmente, se recapitula el trabajo y se establecen algunas conclusiones.

El resultado de este trabajo hace parte de una empresa más amplia, y que requiere de la profundización de diferentes áreas del conocimiento dirigidas hacia un diálogo que nos permita una comprensión más apropiada de los microfundamentos de la motivación y la acción individual, la interacción interpersonal, la acción colectiva y sus implicaciones para el cambio organizacional e institucional.

I. Emoción y acción: el debate en la filosofía de las emociones

Con el fin de establecer un contexto que sirva como punto de partida, en la primera sección se realiza una aproximación a las teorías de la emoción y la acción haciendo énfasis en cuatro aspectos: primero, se presenta un argumento a favor del estudio de las emociones; en segundo lugar, se expone un argumento a favor del estudio de la acción; en tercer lugar, se ofrece una breve introducción al campo de la filosofía de las emociones; y por último, se revisan algunas posturas en torno a la relación acción/emoción, y se ofrece una breve recapitulación. En general se presentan los debates para mostrar que, pese a la divergencia explicativa, existe una importante convergencia teórica interdisciplinaria.

1. ¿Por qué las emociones?

Como afirma de Sousa (2010), al parecer ningún aspecto de nuestra experiencia mental tiene tanta importancia para la calidad y el significado de nuestras vidas como lo tienen las emociones. Estas son el centro de nuestras vidas y para bien o para mal las dotan de significado (Deonna y Teroni, 2012).

Las emociones pueden hacer que la vida valga o no la pena. En su faceta más intensa, las emociones pueden ser la mayor fuente de felicidad o de miseria (Elster, 2007, p. 145). Cornelius (2001, p. 3) citando a Heidegger, nos recuerda cómo nuestra comprensión del mundo está “bañada” por la emoción. Las emociones son la esencia de lo que significa experimentar el mundo, por eso no sorprende que sean el tema de incontables novelas, poemas, películas, crónicas, canciones, obras teatrales y artísticas, y que constituyan el meollo de los contenidos de los programas de entretenimiento, y de las noticias que vemos y escuchamos todos los días (Cornelius, 2001, p. 3). Las emociones son la esencia que conecta a los seres humanos entre sí y con el mundo circundante, como un lente invisible que colorea todos nuestros pensamientos, acciones, percepciones,

y juicios (Goodwin et. al, 2001, p. 10). En general, las emociones nos permiten involucrarnos en el mundo en que vivimos, con el estado de cosas en el que estamos inmersos y sobre el cual permanentemente decidimos (Mantzavinos, 2001, p. 48). Además, hacemos grandes inversiones emocionales en el *statu quo* que estabiliza nuestro día a día, haciendo que la vida organizacional e institucional funcione, debido a nuestros vínculos emocionales con las normas y procesos que la sustentan (Calhoun, 2001, p. 54).

Como afirma Goldie (2004, p. 91) sin las emociones, no podríamos ver las cosas como son, y no podríamos actuar como deberíamos; en este sentido las emociones son algo bueno, y sin duda hemos evolucionado como criaturas capaces de experimentar emociones. Para Acero (2009, p. 136) “Un mundo en el que sus pobladores se perciben involucrados en estas u otras propiedades relacionales, es un mundo emocionante: un mundo que se entiende emocionalmente significativo, y no emocionalmente neutro”.

Por todo esto, no sorprende que la mayoría de los grandes filósofos, a través de todas las culturas y tradiciones¹, haya dedicado algún tipo de reflexión, a propósito del tema, dentro de sus obras. Platón (1974, 1989), Aristóteles (1941), Spinoza (1677/1982), Descartes (1649/1989), Hobbes (1651/2001), Hume (1739/1888), Smith (1759/1976), Kant (1793/1951), Hegel (1807/1977), Nietzsche (1887/1967) entre otros autores, ofrecían ya desde hace tiempo, teorías sobre la emoción².

¹ Por la intención y el alcance de este trabajo se hace intencionalmente una revisión centrada en las perspectivas occidentales en torno a la emoción. Para una revisión de otras tradiciones y de posturas etno-filosóficas ver Tuske (2011), Fruehauf (2006), o <http://www.philosophy.hku.hk/ch/mind.htm>. Queda así pendiente una aproximación al concepto de la emoción y su relación en las tradiciones orientales y africanas, así como en el pensamiento indígena de los diferentes pueblos en las Américas y del Caribe. Así mismo, se reconoce la importancia de la revisión de las nuevas aproximaciones en materia de emociones y género (Brody y Hall, 2004), emociones e identidades, y del papel en las emociones en la relaciones interraciales.

² Estas reflexiones fueron concebidas como respuesta a ciertos tipos de eventos relativos a los cambios corpóreos experimentados por los sujetos que motivaban comportamientos específicos (de Sousa, 2010).

Es claro que diferentes perspectivas postulan diferentes ontologías sobre la emoción y discuten su real significado. Adicionalmente, el pensar acerca de las emociones ha generado un importante agregado de preguntas normativas y empíricas, y en particular, en torno a su intencionalidad, la racionalidad de las mismas; o sobre si pueden contribuir a la racionalidad -alimentando el debate en torno a la relación ambivalente entre las emociones y la moral- debido a que: por un lado, constituyen un factor central de nuestra propia conciencia, y por otro, son un factor poderoso que puede contribuir al autoengaño (De Sousa, 2010; McDermott, 2004).

En filosofía muchos autores han desarrollado sus propias versiones sobre el rol comportamental, las bases fisiológicas y la construcción social de las emociones (Solomon, 2004, p. 10). La psicología, la biología evolutiva y, de manera más reciente, la revolución neurocientífica, han introducido nuevas perspectivas al debate en torno a las emociones, poniendo en discusión su función e impacto en la manera como llevamos nuestras vidas (McDermott, 2004; Damasio, 2010 y 1994).

Así, pensar sobre las teorías de la emoción implica pensar en una gran variedad de definiciones, aproximaciones y posiciones sobre su naturaleza, significado, dinámica, relaciones, e implicaciones sobre una diversidad de aspectos relativos a la experiencia individual, interpersonal, y colectiva. Ante todo, el estudio de las emociones ha generado un área definida por la controversia (Cornelius, 2001, p. 9). No sorprende que dentro de las diferentes disciplinas haya habido una tendencia a aproximarse a la emoción como un tema problemático, tal vez por la dificultad que implica definirla y las complejidades propias de la identificación “pura” de las mismas, así como de las dinámicas resultantes de los procesos emocionales (De Sousa, 2010).

Como afirma Cornelius (2001, pp. 9-10), las emociones constituyen un fenómeno complejo y multifacético cuya definición depende de “quién y en qué momento” lo defina, y sobre qué aspecto de la emoción se esté hablando³. Esto debido a que su conceptualización depende de los intereses de cada autor, sus preferencias metodológicas y teóricas, así como de la tradición epistemológica de la que haga parte. Es así como el contexto pesa, pues importa la influencia del movimiento cultural, intelectual o científico que domine la época en la que se piensa sobre la emoción. En suma, lo cierto es que existen diversas formas de pensar sobre las emociones, y de organizar las tradiciones teóricas, los enfoques y las metodologías de aproximación a la misma (Cornelius, 1996, pp. 11-16).

Pese a la diversidad de perspectivas y a las dificultades que plantea definir y parcelar una teoría sobre las emociones, Ronald de Sousa (2010) ha propuesto de manera reciente nueve características que definen un terreno “medio” de acuerdo y encuentro entre las diferentes perspectivas⁴:

1. Las emociones son típicamente un fenómeno consciente;
2. Sin embargo, involucran un mayor número manifestaciones corporales que otros estados inconscientes.
3. Las emociones varían a través de una diversidad de dimensiones: intensidad, valencia; tipo y rango de objetos intencionales, entre otras.
4. Han sido identificadas como antagonistas de la racionalidad;
5. Pero la evidencia muestra que juegan un rol indispensable en la determinación de la calidad de vida de las personas;
6. Contribuyen de manera crucial en la definición de nuestras metas y prioridades;
7. Juegan un rol determinante en la regulación de la vida social;
8. Nos protegen de una excesiva devoción a versiones estrechas de la racionalidad;
9. Y tienen un lugar central en la educación y en nuestra vida moral.

³ Cornelius, al preguntarse por quién tiene la razón al hablar de una emoción recurre a la metáfora de los cuatro ciegos y el elefante tomada del relato popular sufí.

⁴ El psicólogo holandés Nico Frijda (1988, p. 349) vas más allá propone un conjunto de Leyes de la Emoción, dado el recorrido y avance del estudio sobre las emociones.

Llama la atención, al menos dentro de esta perspectiva, que dentro de los nueve puntos de acuerdo, se les identifique como antagonistas de la racionalidad y que no se haga referencia explícita a la manera en cómo las emociones influyen en las acciones. Como se mencionó al inicio de este trabajo, es precisamente este último aspecto el que al parecer ha otorgado a la emoción su histórica ‘mala reputación’⁵. La palabra original para referirse a la emoción es ‘pasión’ cuyo origen griego es *pathos* (algo que se padece) y en latín *pati*, (pasivo o paciente). Como una enfermedad, la emoción es considerada comúnmente como *algo que nos pasa*, involuntariamente, algo que está fuera de nuestro control (Zhu y Thagard, 2002, p. 21).

Desde la perspectiva tradicional las emociones han sido consideradas como opuestas a la mejor de las habilidades humanas, la razón. Adicionalmente su carácter pasivo contrasta con la actividad (Helm, 2009, p. 2), la base de la acción y de la agencia (Zhu y Thagard, 2002, p. 21). Dichas suposiciones dieron pasó a la tradicional dicotomía entre emoción y razón (Zhu y Thagard, 2002, p. 20). Bajo ese paradigma, las emociones suponían el fracaso de la razón y representaban una amenaza para la acción.

Sin embargo, de manera reciente dicha dualidad ha sido cuestionada por un importante número de filósofos, psicólogos, politólogos y neurocientíficos, tales como: Livet (2009); Greenspan (2004); McDermott (2004); Evans (2003); Zhu y Thagard (2001); Ben-Ze’ ev (2000); Churchland (1996); Damasio (1994); de Sousa (1987); Elster (1999); Frank (1988); Greenspan (1988); Lazarus y Lazarus (1994); Oatley (1992); Solomon (1976); Turski (1994), entre otros.

Estas aproximaciones han ofrecido evidencia acerca de que la relación entre las emociones y la razón puede ser integral y complementaria, más que antagónica y conflictiva. Pese a que las emociones no son típicamente producto de la

⁵ Para una revisión de la mirada negativa de las emociones ver Evans (2002, p. 497; y 2001).

deliberación, o de cálculos intelectuales, no son necesariamente irracionales o no-rationales. La evidencia muestra que las emociones son patrones evaluativos y de respuesta que emergen de la evolución y del desarrollo de los individuos. De manera primaria ayudan a las personas a identificar si una situación es peligrosa, amenazante o benéfica (Zhu y Thagard, 2002, p. 20; McDermott, 2013).

En muchos casos, las emociones ofrecen a las personas información confiable sobre situaciones o sobre sí mismas, incluso ayudan a definir las mejores maneras para alcanzar objetivos de manera eficiente; pues, subyacen a los procesos de razonamiento y decisión (Zhu y Thagard, 2002, p. 20; Damasio, 1994). Como lo mostró Damasio (1994) la evidencia clínica y experimental ha sugerido que las emociones probablemente asisten los procesos de razonamiento, especialmente cuando involucran asuntos personales y sociales complejos (Zhu y Thagard, 2002, p. 20).

Por otro lado, la ocurrencia de una emoción generalmente es entendida como involuntaria y como un evento no-deliberativo. Así, los comportamientos emocionales se conciben como cosas que la gente hace de manera no deliberada o reactiva. Por eso, es común pensar que las emociones son cosas que le pasan a la gente, quedando por fuera del alcance de las teorías sobre la acción. Sin embargo, ante la dicotomía adicional entre la acción intencional deliberada y la emoción como mera ocurrencia de eventos, hay evidencia reciente en psicología y neurociencia que invita a reconsiderar esta clasificación dual del comportamiento humano (Zhu y Thagard, 2002, p. 23).

Bargh (1997), Bargh y Chartrand (1999), Kirsch y Lynn (1999) citados por Zhu y Thagard (2002), muestran cómo gran parte de nuestra vida cotidiana está impulsada por procesos automáticos, no intencionados e inconscientes que involucran bajos niveles de intención, atención, esfuerzo, control y conciencia. Gollwitzer (1996, 1999) evidencia como las acciones intencionales, sin embargo,

involucran elementos automáticos sustantivos. Adicionalmente, se ha comprobado cómo las acciones voluntarias pueden ser iniciadas por procesos cerebrales inconscientes y no solo por la intención consciente o por decisiones previas (Libet, 1985). Además, hoy se sabe que las emociones que están más en contacto con la sensibilidad moral (vergüenza, culpa y el orgullo) constituyen motivaciones penetrantes para la acción individual y colectiva (Goodwin et. al, 2001, p. 10; Ostrom, 2009).

Dichos hallazgos sugieren que el marco dicotómico clásico establecido para entender el comportamiento humano es demasiado simple para describir (o explicar) las actividades humanas (Zhu y Thagard, 2002, p. 23). Así, solo a la luz de una perspectiva ampliada será posible apreciar el significado y la importancia de la emoción en la acción humana (Zhu y Thagard, 2002, p. 23).

Con el fin de comenzar a identificar y comprender los supuestos de dicha perspectiva ampliada, es importante revisar algunas de las miradas que de manera reciente han intentado explorar la relación entre emoción y acción. Sin embargo, esta estructura argumental resultaría incompleta sin justificar la pregunta por la acción.

2. ¿Por qué la acción?

Está claro que en muchos casos las emociones nos motivan a actuar (Helm, 2009, p. 3). Para Zhu y Thagard (2002, p. 21), los filósofos interesados en la acción han sostenido que explicar la acción requiere encontrar las *razones* que los agentes tienen para hacer lo que hacen. Siguiendo a Davidson (1995), algunos autores vieron este tipo de explicación como una especie de explicación causal ordinaria: las razones son la causa real de las acciones (Abitbol, 2005; Audi, 1993; Drestke 1988; Goldman; 1970). Si la dicotomía convencional entre razón y emoción es sostenible, entonces es procedente ignorar el rol de la emoción en la explicación

de las acciones. Pero si pensar en una teoría integral de las relación entre razón y emoción es algo realista, las emociones no pueden ser excluidas al pretender explicar la acción humana bajo el pretexto de que las emociones son irracionales (Zhu y Thagard, 2002, p. 21).

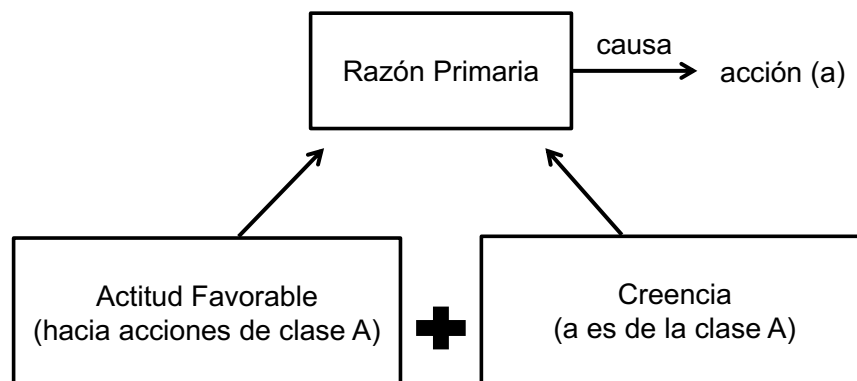
Sería apresurado descartar el rol de la emoción en nuestro comportamiento activo (Simon, 1965). Para Zhu y Thagard (2002, p. 21) el rasgo pasivo de la emoción no debe ser exagerado. Es obvio que existen muchas circunstancias en las que: imputamos responsabilidad a las personas por sus emociones, criticamos a otros por la manera en que se sienten, y hacemos responsable a la gente por la manera en que expresa sus emociones.

Así mismo, la regulación de las emociones es un aspecto común en nuestra vida cotidiana, y por esto la regulación emocional ha cobrado una creciente importancia como habilidad para lidiar con los problemas sociales y las situaciones personales, y hoy es vista como parte de la denominada "inteligencia emocional" (Gross, 1998; Goleman, 1998; Salovey y Mayer, 1990; Slaovey y Sluyter, 1997). Por todas estas razones, no hay duda de que somos capaces de controlar y manejar nuestras emociones (Chaux, 2012), lo cual desacredita la idea de homologar las emociones con comportamientos puramente pasivos como los reflejos y los instintos (Zhu y Thagard, 2002, p. 21).

Como afirma de Sousa (1987, p. 10) "las emociones caen dentro de un punto intermedio entre casos de clara actividad (acciones intencionales) y los casos de clara pasividad (procesos psicológicos involuntarios)". Para Zhu y Thagard (2002, p. 21), entender que las emociones no son lo mismo que las acciones no implica que las emociones puedan ser separadas de nuestras comprensión de la naturaleza de la acción.

Zhu y Thagard, afirman que otra razón para ignorar la emoción dentro de las teorías de la acción tiene que ver con la idea de que las emociones solo pueden servir como factores de fondo (*background factors*), que afectan de manera indirecta el componente motivacional de la acción. Explicar la acción es típicamente considerado como un ejercicio de identificación de los factores motivacionales apropiados y de los factores epistémicos relacionados. En el caso de la identificación de factores motivacionales, se trata de identificar una *pro-actitud* tendiente hacia alguna clase de acción (Davidson, 1995). Una *pro-actitud* puede estar constituida por deseos, intenciones o propósitos, mientras que el típico factor epistémico consiste en las creencias.

Gráfica 1. Análisis de una acción intencional según Davidson 1963.



Fuente: Abitbol, 2005.

Davidson denomina este par de factores la "*razón primaria*" por la cual un agente despliega una acción. Una *razón primaria* está constituida por una creencia y una actitud, y cualquier explicación de una acción puede ser reducida a una razón primaria (Zhu y Thagard, 2002, p. 22). Así, para Davidson:

"Afortunadamente no es necesario clasificar y analizar la gran cantidad de emociones, sentimientos, estados de ánimo, motivos, pasiones, y apetitos cuya mención puede

responder a la pregunta de ¿por qué lo hiciste? para ver cómo se incluye una razón primaria cuando las expresiones mencionadas racionalizan la acción. Conocer la *razón primaria* por la cual alguien actuó de cierta manera es conocer la intención con la que hizo la acción” (Davidson, 1995, p. 22).

Para Zhu y Thagard, el problema recae en el hecho de que mientras *pro-actitudes* tales como el deseo, la intención y el deseo han recibido un tratamiento intensivo por parte de los teóricos de la acción, las emociones han sido ampliamente ignoradas. Por esto la intención de este trabajo es seguir el camino de trabajos como el de autores como Zhu y Thagard (2002, p. 22) que establecen que ¡las emociones importan!, si pensamos en ofrecer una versión realista de la acción humana.

En este sentido, conformarse con entender que el propósito central de una teoría filosófica de la acción es el de dar cuenta de la distinción entre las cosas que la gente hace y las cosas que le pasan a las personas, es asumir el riesgo de justificar y mantener el marco dicotómico que ha ignorado la importancia y el rol de la emoción dentro de la explicación de la acción humana. Aceptar dicha dicotomía, implica aceptar que estas últimas son solo cosas que le pasan a la gente (Zhu y Thagard, 2002, p. 22).

La evidencia neurocientífica descrita en el apartado anterior sugiere que la dicotomía clásica es demasiado simple para al menos describir las actividades humanas. Solamente dentro de una perspectiva ampliada podremos apreciar el significado e importancia de la emoción en la acción humana (Zhu y Thagard, 2002, p. 23). Lo anterior, solo puede beneficiar la calidad y pertinencia de una filosofía de la acción que dé cuenta de forma más realista y precisa de las personas que por tanto tiempo ha querido conocer, describir, comprender e incluso explicar.

A continuación se hace una descripción del campo conocido como filosofía de las emociones, con el fin de establecer un contexto sobre el origen, el desarrollo, y las implicaciones que ha tenido el pensar en las emociones en filosofía.

3. La filosofía de las emociones

3.1 Significado e historia

La filosofía de las emociones busca desarrollar una teoría sistemática de los fenómenos a los que nos referimos con las palabras “miedo”, “envidia”, “ira”, “tristeza”, “alegría”, “bochorno”, “vergüenza”, “celos”, “arrepentimiento”, “aburrimiento”, “nostalgia”, “orgullo”, “lamento”, “admiración”, “compasión”, “asco”, “diversión”, “indignación”, “esperanza”; y que caen bajo la etiqueta genérica de “emociones”. Estas palabras se caracterizan porque designan estados o episodios que sabemos que tenemos cuando los estamos viviendo. A menudo sabemos qué emociones tenemos, y sabemos cómo y por qué se las atribuimos a otros (Deonna y Teroni, 2012, p. 16)⁶.

Como campo autónomo, la filosofía de las emociones es uno relativamente reciente. Sin embargo, la pregunta por las emociones no es nueva ni reciente (Solomon, 2004, p. 3). Aristóteles les prestó especial interés dada su relación con la ética. Los estoicos y los epicureístas, desarrollaron importantes debates en torno a la naturaleza y al lugar de las emociones y de las pasiones en la ética y sus implicaciones para una buena vida.

En opinión de Solomon (2004), dentro de la filosofía medieval se encuentra una gran preocupación por las emociones, ya sea como “pasiones elevadas” (e.g.

⁶ Dado su objetivo argumental, este trabajo no expone una taxonomía exhaustiva sobre los tipos de emoción y los aspectos subyacentes a cada una de estas, mucho menos el debate en torno a la manera en que se han clasificado. Para una mirada más completa de estos aspectos se recomienda ver (Neuman et.al, 2007, pp. 3-19), Cornelius (pp. 46-52) y Deonna y Teroni (2012, pp. 14-27).

amor y fe) o como bajas pasiones (pecados). Hobbes (1651), asimiló las pasiones con específicos apetitos o aversiones. Kant (1784), identificó la emoción como un fenómeno conativo, pero las agrupó como inclinaciones que llamaban a la acción por motivos distintos al deber. Saltando algunos siglos, Solomon (2004) resalta como dentro de la filosofía continental europea Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre, le dieron importancia al papel de las emociones dentro de la vida social.

Adicionalmente, Solomon destaca la recuperación del interés por las emociones que ha caracterizado a una parte de la filosofía Anglo-americana en las últimas décadas. Como lo plantea de Sousa (2010), esta tradición ha buscado incorporar a las emociones dentro de otras categorías mentales más conocidas. Así, se ha dado una apropiación dentro corrientes como el conductismo, los modelos económicos de la elección racional y la agencia inspirados por la teoría bayesiana. Así mismo, y de manera reciente la psicología, la psiquiatría, la biología evolutiva y la neurociencia han ofrecido una serie de teorías sobre las emociones que a su vez han influenciado o han sido debatidas desde la filosofía.

Solomon (2004, p. 3), sostiene que aunque es William James quien en 1884 abrió su ensayo para la Revista *Mind* preguntando “¿qué es una emoción?”, los filósofos se han preocupado por la naturaleza de las emociones desde Sócrates y los pre-socráticos. Para Solomon, la filosofía como disciplina se desarrolló como la búsqueda de la razón, sin embargo las emociones han acechado siempre en el ambiente generalmente como una amenaza a la razón y un peligro para la filosofía y los filósofos. Solomon destaca que una de las metáforas más prominentes sobre la razón y la emoción es la metáfora del “Amo y el esclavo”, con la sabiduría de la razón firmemente en control y el peligro de los impulsos de la emoción férreamente suprimidos, canalizados o (idealmente) en armonía con la razón. Pero la pregunta sobre qué es una emoción ha probado ser tan difícil de resolver como las emociones han sido de domesticar.

La metáfora del “Amo y el esclavo” despliega dos rasgos que todavía están presentes en gran parte de las perspectivas filosóficas de la emoción en nuestros días. En primer lugar, está el rol inferior de la emoción: la idea de que la emoción es más primitiva, menos inteligente, más bestial, menos confiable, y más peligrosa que la razón; por lo cual debe ser controlada por la razón. En segundo lugar, y de manera más profunda, existe la razón de que se estuviera tratando con dos tipos naturales distintos, dos aspectos conflictivos y antagónicos del alma (Solomon, 2004, p. 3).

Siguiendo la idea de Solomon (2004) acerca de la filosofía como una disciplina histórica que está constreñida y definida por su pasado como cualquier otro campo del conocimiento, es claro que las teorías y los debates filosóficos de la actualidad en torno al fenómeno de la emoción no pueden ser apreciados sin algún tipo de comprensión del rico y convulsionado camino recorrido.

En dicho recorrido, las emociones han sido tratadas meramente como sentimientos y como fenómenos corporales, e incluso como expresiones subhumanas. En otras ocasiones, las emociones también han sido adscritas como parte de un verdadero conocimiento; han sido defendidas como las “verdaderas dueñas de la razón” y en algunos casos como el fundamento de nuestra existencia en el mundo. Recientemente la mayoría de los filósofos sin embargo, han tratado de asumir una posición moderada y multidimensional.

Para algunos, la historia de la filosofía ha sido descrita como la historia del desarrollo de la razón, no obstante la evidencia muestra como las emociones no han sido totalmente ignoradas por parte de los filósofos (Solomon, 2004. p. 4). Teniendo en cuenta las dificultades de definir qué es una emoción, se ha acudido a otras categorías y lenguajes para hablar de ellas. El lenguaje de la “pasión” y de la “emoción” tienen una historia en la cual diferentes sentimientos, deseos, sensaciones, estados de ánimo, actitudes; así como otras respuestas más

explosivas se han usado dependiendo del contexto social, moral, cultural y psicológico (Solomon, 2004. p. 4). Aunque es común que se encuentre que la emoción como tal no ha sido el centro del análisis, si lo han sido algunas clases particulares de emociones y su rol en las maneras y la moral de cada época.

Los orígenes de la reflexión sobre la emoción se remontan a la obra de Platón, particularmente en *La república*. Por su parte, Aristóteles parece tener una visión más explícita de las emociones, particularmente en *La retórica* donde explora una definición y discute ciertos tipos de emoción centrándose en el problema de la ira; así como otras referencias en la *Ética nicomaquea* y la *Ética*. Durante el auge romano se destaca la atención que prestaron los estoicos quienes observaron las emociones como errores conceptuales conducentes a la miseria. Se destacan las reflexiones de Séneca y Crísipo quienes en términos modernos desarrollaron una teoría de las emociones.

En la Edad Media el estudio de la emoción se mantuvo atado a la ética y fue central en la construcción de una psicología cristiana así como en las teorías de la naturaleza humana. En este sentido se elaboraron estudios cuasi-médicos sobre los efectos de varios “humores” en el temperamento, pero realmente eran estudios muy ricos sobre los aspectos cognitivos y conativos de las emociones. Las emociones fueron esencialmente relacionadas con los deseos, particularmente con el auto-interés y los deseos egoístas. Así la preocupación cristiana en torno al pecado llevó a analizar esas emociones, pasiones y deseos como pecados.

La revisión de las obras clásicas y medievales sobre la emoción llevó a René Descartes a escribir lo que sería considerado como el origen de la reflexión moderna. Sin embargo, Descartes era esencialmente un científico y un matemático interesado en la particular autonomía de la mente humana; su apuesta sobre las emociones se puede observar en el *Tratado sobre las pasiones del alma* en el cual explora las interacciones entre mente y cuerpo. Para Descartes la

emoción es un tipo de pasión, es decir, una percepción, o sentimiento del alma. Estas tienen un carácter distorsionador que puede ser influenciado por la razón. En la obra de Descartes las emociones pasan de ser un mero fenómeno corporal para convertirse en un elemento esencial de la sabiduría.

La reflexión acerca de las emociones continúa con Baruch Spinoza quien vio las emociones como juicios errados sobre la vida y sobre nuestro lugar en el mundo. En su *Ética* muestra que la mayoría de las emociones son reacciones pasivas sobre nuestras expectativas acerca del mundo, sin embargo le da un lugar a emociones activas que se relacionan con nuestra actividad y nuestra consciencia. Como los Estoicos, Spinoza desarrolla una teoría cognitiva de la emoción pero le da una connotación metafísica que define una dualidad entre mente y cuerpo, dos aspectos de un mismo ser. Solomon sostiene que Spinoza anticipó algunas de las relaciones entre mente y cerebro que hoy se estudian.

David Hume ha sido considerado uno de los autores que enfrentó el tema de las emociones de manera más explícita. Hume insistió en darle un lugar central a las pasiones dentro de la ética y la filosofía; como se puede observar en el *Tratado de la naturaleza humana*. La obra de Hume es importante para la filosofía de las emociones pues profundizó una teoría de las pasiones y les dio un lugar dentro de su teoría de la mente. Este autor definió las emociones como un tipo de sensaciones o mejor como una impresión que es estimulada por el movimiento de los espíritus animales en la sangre, las cuales tenían una relación directa con las ideas en un proceso complejo de retroalimentación. Para Hume las emociones forman parte central de la ética pues existen emociones buenas y emociones malas, lo cual tiene una connotación filosófica de la reflexión en torno a la emoción.

Dado el contexto ilustrado Hume se acerca a Adam Smith en términos de la defensa de los sentimientos morales; en este sentido, la simpatía aparece como

un rasgo universal de la naturaleza humana, como fundamento de la sociedad y la vida moral. Así, la emoción está a la base de la existencia social y moral de la especie.

Se pueden rastrear aproximaciones parciales a la importancia de las emociones en las reflexiones de Kant y de Hegel en las que se hace referencia a las “inclinaciones” y a la “lógica de las pasiones” respectivamente. Posteriormente, Nietzsche y Freud se interesaron por los aspectos más oscuros e instintivos y los motivos menos racionales de la mente humana, dándole en algunos casos más “razón a las pasiones que a la razón misma”.

En el siglo XX se pueden encontrar dos caminos distintos para la reflexión sobre la emoción. En Norteamérica y en Inglaterra las emociones ocuparon un lugar marginal dada la atención prestada a la lógica y a la ciencia. Autores como William James y John Dewey, hicieron énfasis en la naturaleza corpórea de las emociones definiéndolas como sensaciones causadas por cambios fisiológicos. Estas aproximaciones reorientaron la reflexión hacia la psicología. En la filosofía angloamericana el emotivismo capturó la atención sobre las emociones dentro de un programa de positivismo lógico que en muchos casos dejaba de lado las preguntas éticas acerca de la emoción (Solomon, 2004).

Durante el mismo periodo en Europa las emociones gozaron de un mayor interés, pues autores como Franz Brentano, Edmund Husserl, Max Scheler, Martin Heidegger y Paul Ricouer adoptaron posturas filosóficas en las cuales las emociones jugaron un rol central para la existencia humana. Así mismo, Jean Paul Sartre exploró el tema de las emociones de manera explícita en su trabajo dedicado a explorar una teoría de las emociones, así como en *El ser y la nada*. Estos trabajos abordaron la emoción desde una posición fenomenológica adoptando una dimensión existencial.

Coincidiendo con la explosión de las miradas evolutivas y neurocientíficas el debate en torno a las emociones cobraría un nuevo aire desde finales de los setenta con autores como de Sousa, Solomon, Damasio, Nussbaum y de manera más reciente Elster y Prinz. De igual forma, el auge de la economía del comportamiento y la introducción de métodos experimentales en psicología y economía, llevaron a la realización de importantes aportes provenientes de autores como Tooby y Cosmides, Kahnemman y Tversky, Loewenstein, entre otros.

Dado el largo camino recorrido por la filosofía hoy subsiste un sumario de preguntas que aún son centrales para el debate filosófico. Al hacer el rastreo de estos interrogantes se podrían categorizar en cuatro componentes: la definición de la emoción; su función y explicación; la relación entre emoción y cognición; y el vínculo entre emociones, racionalidad y toma de decisiones (Solomon, 2004, pp. 9-13).

Antes de continuar, es importante hacer un breve paréntesis dedicado a las trayectorias que el estudio de la emoción ha tenido en otras disciplinas interesadas en el estudio del comportamiento. Estas trayectorias han sido permeadas por los supuestos tradicionales sobre razón y emoción (McDermott, 2013).

En los primeros días de la teoría psicodinámica, las fuerzas emocionales, tuvieron una atención central. De hecho, Freud encuentra el origen de la motivación humana en impulsos sexuales y urgencias destructivas que las personas a menudo experimentan como incontrolables (Freud, 1930). El péndulo se balanceó hacia modelos conductistas más ejemplificados en la obra de B.F. Skinner (1966), donde la emoción, como la cognición, fue 'diseccionada' casi por completo desde un enfoque concentrado en las mediciones del comportamiento (McDermott, 2013)

Para McDermott (2013), el nacimiento del movimiento humanista más estrechamente asociado con el trabajo de Carl Rogers (1995), promovió un renacimiento del interés por la emoción, pero la mirada tendía a centrarse en factores orientados a procesos, con poca argumentación teórica rigurosa o pruebas experimentales rigurosas. A medida que la revolución cognitiva alcanzó su cúspide bajo la influyente obra de Amos Tversky y Daniel Kahneman (1979), la atención se centró casi exclusivamente en la cognición, manteniendo la exclusión de la emoción que caracterizó los modelos de comportamiento que la antecedieron.

El campo se ha revolucionado con la amplia disponibilidad de los avances tecnológicos como las imágenes por resonancia magnética (MRI), que ofrecen la posibilidad de localizar el origen de muchos pensamientos, emociones y comportamientos (McDermott, *Ibíd.*).

Para McDermott (2013), el papel de la emoción, se ha caracterizado típicamente por su oposición a la razón. Gran parte de este enfoque emanaba claramente de la obra de los filósofos políticos tempranos que se remontan a Aristóteles, a través de Hume, y a la tradicional versión cartesiana marcada por la exclusión de toda influencia o valor somático y emotivo. En tales representaciones, las fuerzas de la razón y la emoción no sólo fueron construidas en una oposición no examinada, y la razón se supuso como superiora en todos los casos.

Para McDermott (2013), debido a que en estas primeras caracterizaciones, la emoción se asociaba con el dominio habitado por las mujeres, es imposible no interpretar el privilegio asumido de la razón sobre la emoción como un reflejo de la supremacía sexual clara en poder de los hombres en la mayor parte de la historia social y política. Los hombres, especialmente los hombres poderosos, no quieren ser, de alguna manera, disminuidos o debilitados por fuerzas como la emoción,

que se asumía como restringida al mundo femenino del deseo irracional, lo que sugiere un origen francamente proyectivo del origen de tal disociación.

Sin importar su origen, la mayor parte de la historia de las investigaciones sobre emociones en psicología filosófica y en ciencia política se apoyó en el terreno de la filosofía política donde la razón se construyó no sólo en oposición a la emoción, sino como claramente superiora. No existió pues, una gran cantidad de evidencia que contradijera este argumento dentro de la bibliografía psicológica empírica hasta mediados de la década de 1990, cuando con la invención de la tecnología MRI se desató una auténtica nueva fascinación por el papel de la emoción, y la naturaleza entrelazada de pensamiento y emoción en los modelos integrados sobre la cognición (Ibíd.).

La hipótesis del marcador somático propuesta por Damasio (1994), la localización de los orígenes de la emoción en el cuerpo y la experiencia somática, representó un modelo alternativo de gran alcance para la síntesis de la función del cuerpo y la mente en la experiencia tanto de la emoción, como de la toma de decisiones. Este argumento sugiere que lo que la gente asume como un óptimo juicio "racional" de hecho depende, fundamentalmente, de un sistema emocional que nos informa físicamente, de la manera cómo nos sentimos acerca de las opciones que se nos presentan (Ibíd.).

Por último para McDermott (2013), el sistema inherentemente físico del cual parece depender la emoción, al menos en parte, proporciona una ventana a una estructura teórica empíricamente fundamentada para el desarrollo de modelos teóricos que tratan de informar nuestra comprensión de su papel en el mundo social, político, económico y cultural.

Este breve esbozo del significado y la historia de la evolución del campo de la filosofía de las emociones, y de sus territorios colindantes, nos recuerda que las

emociones no son un fenómeno simple. Esto nos lleva a preguntarnos por cuáles pueden ser las características centrales de las emociones, sus rasgos y diferencias frente a otros fenómenos afectivos y, en general, a otros estados psicológicos (Deonna y Teroni, 2012, p. 1).

3.2 Naturaleza y particularidades: fenomenología, intencionalidad y epistemología de la emoción⁷

Como afirma Evans (2003, p. 506), no existe un consenso sobre lo que son las emociones, y de hecho muchos filósofos dudan que exista una única y apropiada definición. Sin embargo, siguiendo a Deonna y Teroni (2012, p. 11), diremos que en general las emociones son episodios que sentimos (aspecto fenomenológico) y están dirigidos a objetos particulares proporcionados por sus bases cognitivas (aspecto intencional). Además, parecen estar íntimamente relacionadas con las evaluaciones de estos objetos, y están sujetas a la evaluación por medio de una variedad de distintas normas, entre las que destacan las normas de corrección y justificación (aspecto epistemológico).

Fenomenología

Las emociones por lo general involucran sensaciones corporales o sentimientos. Por ello, el término "sentimiento" nunca está ausente cuando se habla de las emociones. Al hablar de las sensaciones corporales, también podemos añadir sensaciones de placer y displacer, también denominadas cualidades hedónicas o tonos. En este sentido, hay emociones que se sienten bien como la alegría o la admiración, y otras que no, como el miedo o la tristeza (Deonna y Teroni, 2012, p. 1).

Más en general, y con independencia de cualquier especificación de cómo se

⁷ Este trabajo no se concentra en los tipos de emoción y el debate sobre su posible integración. Para una completa revisión de los debates y perspectivas sobre las emociones conscientes e inconscientes, de los tipos básicos y no-básicos, así como de la posibilidad de integración ver Deonna y Teroni, 2012, capítulo II).

debe describir su carácter sentido, se dice que las emociones tienen una fenomenología. La fenomenología de las emociones podría prestarse a diferentes descripciones en función de si la atención del sujeto se centra en lo que se siente, por ejemplo, sobre la situación que desencadena una emoción particular.

Así, es posible admitir que las emociones son fenómenos afectivos que parecen ser en parte caracterizados por lo que se siente al tenerlos. Otra de sus características centrales consiste en el hecho de que están dirigidos a diversos aspectos del mundo (Deonna y Teroni, 2012, p. 2).

Intencionalidad

Desde diversas perspectivas las emociones son reacciones. Para entender las dificultades que genera esta afirmación, un buen punto de partida es considerar la forma en que hablamos acerca de las emociones. Una rápida visión general de nuestras prácticas lingüísticas en este ámbito pone de manifiesto el hecho de que las emociones parecen ser sobre algo. Esto es lo que los filósofos tienen en mente cuando llaman emociones a fenómenos intencionales. Lo cual no quiere decir que las emociones sean estados en los que entramos de manera deliberada o intencional. Decir que las emociones siempre tienen objetos no quiere decir que estos objetos son el foco de atención durante la duración de la emoción, ni siquiera que el sujeto tenga claro qué son estos objetos (Deonna y Teroni, 2012, p. 4).

El lenguaje acerca de las emociones también revela que pueden tener diferentes tipos de objetos, y refleja la rica variedad de objetos intencionales de las emociones. En algunos casos, las emociones son actitudes hacia determinados estados de cosas. En otros casos, son las actitudes que tomamos hacia los objetos o eventos (Ibíd.).

Ahora bien, sea cual sea el tipo de objeto de las emociones, el hecho de que siempre se dirigen a uno ayuda distinguirlos de otra clase de fenómenos afectivos,

por ejemplo, los estados de ánimo. Los estados de ánimo, como las emociones, tienen una fenomenología característica. Es evidente que hay algo que se siente cuando se vive un estado ánimo deprimido o malhumorado. Los estados de ánimo por lo general duran más que las emociones. A diferencia de las emociones, los estados de ánimo no parecen ser intencionales en la medida en que estos últimos no se dirigen hacia objetos específicos.

Existe también una diferencia entre las emociones y las percepciones. Las percepciones son responsables de una restricción causal según la cual los objetos y las propiedades percibidas tienen que ser causalmente responsables de la aparición de la experiencia perceptiva.

Las emociones, a diferencia de las percepciones, siempre se basan en algún otro estado mental que surge también sobre el objeto hacia el que la emoción se dirige. La percepción nos da acceso directo a los objetos y hechos relevantes en el sentido de que no requiere la presencia de otro estado mental dirigido a estos mismos objetos y los hechos, mientras que las emociones tienen que aferrarse a la información proporcionada por otros estados mentales. Y estos estados mentales, denominados como las bases cognitivas de las emociones, pueden ser radicalmente diferentes.

Algunas emociones requieren que el sujeto crea ciertas cosas en cuanto a su objeto, mientras que otras requieren la ausencia de estas creencias. Ciertos episodios emocionales dependen de un cierto grado de incertidumbre en cuanto a la ocurrencia de los hechos en cuestión. El hecho de que las emociones implican esencialmente bases cognitivas jugará un papel crucial en la evaluación de las diferentes perspectivas acerca de la naturaleza y función de las emociones.

Hemos visto que las emociones siempre van dirigidas a los objetos que son proporcionados por sus bases cognitivas. Para hacer referencia a estos objetos proporcionados por las bases cognitivas de las emociones, Deonna y Teroni (2012, p. 5) utilizan el término de "objetos particulares", sin dar a entender con

esto que nuestras emociones son siempre sobre objetos materiales ordinarios, pues podemos preocuparnos por el estado del medio ambiente, admirar una teoría o alguna obra de arte.

Ahora bien, el reconocimiento de que las emociones tienen objetos particulares puede no parecer proporcionar una caracterización exhaustiva de la intencionalidad de las emociones. En efecto, las emociones tienen objetos intencionales que son proporcionados por sus bases cognitivas, pero también parecen representar estos objetos de una forma característica. Para algunos filósofos y psicólogos, algunas emociones nos conectan con determinados tipos de evaluaciones que forman diferentes tipos de emociones.

Parece que hay, entonces, al menos dos aspectos centrales a la intencionalidad de las emociones, uno relacionado con el hecho de que tienen objetos particulares proporcionados por sus bases; la otra, está relacionada con el hecho de que parecen íntimamente conectadas con las evaluaciones que hacemos de estos objetos.

Epistemología

Los dos aspectos de la intencionalidad de las emociones, recién mencionados, nos permiten considerarlas desde una variedad de perspectivas diferentes. En primer lugar, y como una consecuencia directa de estar dirigidas a objetos particulares y conectadas con tipos de evaluaciones, las emociones están sujetas a “normas de corrección” (Deonna y Teroni, 2012, p. 6). Algunas de estas normas parecen aplicarse a todas las emociones, aunque tal vez no a todos los fenómenos afectivos. En este sentido, las emociones son similares a muchos estados cognitivos tales como las creencias y las experiencias perceptivas.

Todos estos estados tienen condiciones de corrección, es decir, tienen un contenido a la luz del cual es posible evaluar si se ajustan a los hechos o no (Searle 1983). El hecho de que las emociones son evaluadas como correctas o

incorrectas en función de si se ajustan o no a los hechos, ha llevado a los filósofos a hablar de ellas como en términos de direccionalidad (la dirección *mente-a-mundo*) de esta forma su objetivo es, por así decirlo, la representación del mundo tal y como es. Esto nos permite esbozar un contraste informativo entre las emociones y otros estados psicológicos (Deonna y Teroni, 2012, p. 6).

En segundo lugar, las normas de corrección deben distinguirse de las normas epistemológicas con las que podemos evaluar la justificación de las emociones. De hecho, nuestras emociones son a menudo justificadas o injustificadas a la luz de las normas mencionadas. Las emociones se parecen a veces a las creencias, debido a que también necesitan a menudo razones que pueden o no justificarlas; y difieren de las percepciones en que se puede decir que son correctas o incorrectas, pero no están justificadas por razones. Esto también parece constituir un fuerte contraste entre las emociones y estados de ánimo (Deonna y Teroni, 2012, p. 7). Así, es importante no confundir las normas de corrección y justificación con otros estándares adicionales usados para evaluar las emociones, por ejemplo la moralidad o su adecuación a las normas sociales (D'Arms y Jacobson, 2000).

3.3 Las emociones frente a otros fenómenos afectivos

Las diferenciaciones presentadas arriba no implican que las disposiciones afectivas sean irrelevantes para el estudio de las emociones. Por el contrario, para Deonna y Teroni (2012, p. 7), es importante distinguir varios tipos de disposiciones afectivas para poder comprender la variedad de relaciones que tienen con episodios emocionales tales como: sentimientos, deseos, valores, y los rasgos del carácter.

Según Deonna y Teroni (2012), las emociones son sólo una de las diversas manifestaciones de los rasgos de carácter y los sentimientos, que también se expresan en las acciones y hábitos de pensamiento de las personas. Igualmente,

las virtudes y los vicios constituyen sólo un subconjunto de los rasgos del carácter; un subconjunto, que comprende los rasgos que tienen que ver en cierta medida con nuestra vida moral o intelectual.

La variedad de disposiciones afectivas son claramente fenómenos intencionales. Su intencionalidad estará en función de la intencionalidad de las emociones que las manifiestan, y su objeto será diferente dependiendo del tipo de disposición afectiva considerado. Sin embargo, se diferencian de las emociones y estados de ánimo en cuanto a su fenomenología. Las disposiciones afectivas no son sentidas sino a través de las emociones en las que se expresan. Además, es probable considerar disposiciones afectivas tales como las propiedades de la persona, que en principio, duran más que una emoción o un estado de ánimo (Deonna y Teroni, 2012).

Deonna y Teroni (2012, p. 10) se preguntan por cuáles son las diferencias, si las hay, entre los deseos y las emociones. Para ellos, existen algunas características destacadas de los deseos que sugieren que difieren de las emociones:

“En primer lugar, aunque algunos deseos no se sientan, la urgencia de algunos deseos sí. En segundo lugar, los deseos no son episódicos pero se producen en un momento dado, como son las emociones. En tercer lugar, hemos observado que las emociones pueden, pero no necesariamente, ser actitudes dirigidas hacia un estado de cosas determinado. Los deseos, sin embargo, parecen ser siempre actitudes hacia un estado de cosas. En cuarto lugar, los deseos, a diferencia de las emociones, se dirigen siempre hacia un estado de cosas que el sujeto cree no haber obtenido aún. En quinto lugar, los deseos, siendo esencialmente estados motivacionales (Hume 1975, Smith 1994), están internamente relacionados con la convicción que el sujeto tiene acerca de que puede hacer algo para obtener lo que desea. A diferencia de las emociones, los deseos no siempre se sienten, a menudo parecen ser disposiciones en lugar de episodios”.

La diferencia entre los deseos y otros fenómenos conativos, por un lado, y las emociones, por otro; está situada en un nivel más fundamental que también se refiere a la intencionalidad. Esta diferencia se reduce al hecho de que los deseos y

las emociones tienen direcciones. En efecto, los fenómenos conativos como los deseos tienen un sentido *mundo-a-mente* (Searle 1983). El propósito de un deseo es el de provocar cambios en el mundo para que el mundo llegue a ser lo que es representado por el deseo. Cuando esto sucede, o (en una versión más fuerte de la idea) cuando el deseo del agente provoca una acción que provoca estos cambios, el deseo es satisfecho (Deonna y Teroni, 2012, p. 8). En suma, las emociones no son una combinación de creencias y deseos, sino más bien representaciones de cómo les va a nuestros deseos⁸.

Esta característica no parece ser compartida por los otros fenómenos afectivos, especialmente las emociones. No parece tener sentido decir que un episodio de miedo o de tristeza se haya concretado. Si lo que temía iba a pasar termina pasando, no vamos a decir que el miedo está satisfecho o cumplido, sino que podríamos decir que la emoción resultó ser correcta o justificada.

Evaluamos las emociones de la misma forma en que evaluamos nuestras creencias o nuestras percepciones: son correctas o no, dependiendo de si las cosas en realidad son como están representadas inicialmente por nuestras creencias o nuestra percepción. Es decir, las emociones tienen una dirección de *mente-a-mundo*. Los deseos pueden, por supuesto, tener condiciones de corrección (*dirección mente-a-mundo*), además de las condiciones de cumplimiento o concreción (*dirección mundo-a-mente*), pero el hecho de que responden tienen esta última dirección, los hace diferentes de las emociones y de otros fenómenos afectivos.

Sin embargo, esta diferencia en las direcciones de ajuste no ha impedido que algunos filósofos defiendan la idea de que las emociones pueden ser analizadas

⁸ En este sentido esta tesis se aparta de la Teoría Mixta propuesta por autores como Green 1992 y Searle 1983, en la que las emociones son concebidas como una combinación de deseos y creencias. Para una crítica de dicha perspectiva ver Deonna y Teroni (2012, pp. 30-33). Schroeder (2006) y Wollheim (1999), ofrecen una mirada de la emoción como representación de la satisfacción o frustración de los nuestros deseos, que es criticada por Deonna y Teroni (2012, p. 37) por sus limitaciones.

en términos de deseos, o que contengan un cierto deseo como una parte esencial. Esto implica la necesidad de explorar el rol motivador característico de las emociones, un papel que difiere notablemente del de los deseos. Pese a que todos estos estados afectivos son distintos de las emociones, se encuentran entre sus principales determinantes, y a menudo recurrimos a ellos para explicar por qué respondemos emocionalmente en la forma en que lo hacemos (Deonna y Teroni, 2012, p. 9).

Después de revisar algunos de los fundamentos subyacentes al pensar sobre las emociones. Cómo se observa pensar la emoción involucra una integración de preguntas que desde el pasado inauguraron el encuentro entre diferentes dimensiones del conocimiento, y que a través de la historia han implicado un necesario diálogo al menos entre lo que serían las disciplinas modernas en las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales. Por esto, es claro que pensar la emoción implica considerar en primera instancia la convergencia tética de distintas perspectivas. Sin embargo dadas las implicaciones del estudio de la emoción, la evidencia que ha quedado como herencia de siglos de incesantes cadenas entre mentes de distintas épocas y contextos muestra como ha sido la filosofía el terreno privilegiado para pensar un fenómeno que se ha caracterizado por su efecto transformador de los conceptos y las concepciones. Es debido a esta última característica que este trabajo pretende el diálogo, entre y a través de disciplinas, con un imprescindible énfasis filosófico.

A continuación se exploran de manera breve las diferentes teorías sobre la emoción y algunos de los debates sobresalientes que se han propuesto en torno a ellas, concentrando la atención en la propuesta sobre la emoción.

3.4 Teorías de la emoción

Como se mencionó en la introducción, el supuesto básico de los argumentos que se desarrollan en este documento es que la emoción está íntimamente

relacionada con la acción. Sin embargo, el recorrido en la bibliografía de las emociones indica que las posturas alrededor de esta u otras ideas son diversas y en muchas ocasiones opuestas.

Estos debates nacen a partir de la pregunta por: ¿qué es una emoción? y de las tensiones sobre si es una categoría natural o un constructo social y cultural particular (Deigh, 2004, p. 25 en Pérez y Liñán, 2009, p. 56). Las emociones cobran una importante atención en torno a su representación. White (2004, pp. 30-44) analiza las implicaciones de los modelos gramaticales de la emoción a través de las culturas; las analiza como metáfora, como esquemas causales y como discursos, y concluye que ante todo las emociones dependen de una interpretación social.

Otras categorizaciones como por ejemplo, la del *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, señalan que las emociones pueden ser entendidas tanto como estados y como procesos. Si se entienden como estados (como por ejemplo, tener miedo) las emociones serían cierto tipo de estados mentales que interactúan con otros y causan distintos comportamientos. En cambio, si se entienden como procesos, se deben considerar etapas como la percepción del estímulo y la respuesta corporal (2010, p. 2).

Ante esto también cabe decir que las emociones no son estímulos cualquiera, ya que como vimos, se ha llegado al consenso de que tienen intencionalidad y también incluyen todo un componente evaluativo que hace que se aparte de otras concepciones en las cuales las emociones eran simples respuestas a estímulos.

Para Acero (2009, p. 136) cuando decimos que alguien siente una emoción podemos hacerlo en un sentido disposicional (la emoción es una condición o capacidad que se ejercita cuando se dan circunstancias de un tipo determinado) o en un sentido episódico, la emoción es un suceso: una experiencia que acontece

aquí y ahora, con las circunstancias que la desencadenan y su desarrollo posterior.

El avance de disciplinas como la psicología, la economía, la biología, y la filosofía, ha hecho que las aproximaciones a las emociones sean muy diversas y siempre abiertas a nuevas interpretaciones y hallazgos. En este sentido, son tres las perspectivas generales relacionadas con las emociones: las teorías evolutivas, las teorías sociales y culturales, y las teorías de los procesos emocionales.

Las perspectivas evolutivas buscan explicar las emociones a partir de los referentes evolutivos y de selección natural a lo largo de la historia. Como tal esta perspectiva ubica a las emociones como un rasgo común de los seres humanos que cumplen una función en la resolución de problemas. Según Dacher Keltner, las “emociones tienen rasgos adaptativos: son respuestas coordinadas y eficientes que ayudan a los organismos a reproducirse, proteger la descendencia, mantener alianzas cooperativas y evitar amenazas físicas” (Keltner, Haidt & Shiota, 2006, p. 117). Para Tooby y Cosmides (2001, p. 98) las emociones, en un sentido evolutivo, son relaciones de procesamiento de información (programas).

Dentro de esta misma postura se identifican tres discusiones principales: La primera se basa en la premisa de que las emociones son el resultado de un proceso de selección natural que ocurrió en los primeros homínidos; la segunda sugiere que las emociones son adaptaciones, pero afirman que la selección ocurrió mucho tiempo antes; y la última posición argumenta que las emociones son históricas pero no las considera adaptaciones (Stanford, 2010, p. 3).

Como se mencionó, el segundo gran enfoque que explica las emociones corresponde a las teorías sociales y culturales, que considera a las emociones como productos socioculturales, aprendidos por individuos a partir de la experiencia (Ibíd, p. 7). Las motivaciones detrás de las miradas sociales se

remontan a las posturas antropológicas, el estudio del lenguaje de las emociones, las interacciones culturales y el papel de las normas sociales en la formación de emociones.

Finalmente, el tercer enfoque general contiene las consideraciones relativas a la comprensión de las emociones como procesos. Este proceso comienza con la percepción de un estímulo⁹, seguido por una respuesta corporal como cambios en la expresión facial, pulso, temperatura, etc. (Ibíd, p. 10). Dentro del enfoque, muchas teorías se centran en la parte inicial del proceso emocional y varían dependiendo del nivel de complejidad y el papel que se le otorgue a la cognición.

Pese a la anterior descripción, de acuerdo con Pérez y Liñán (2009) existen tres tipos básicos de teorías de la emoción:

- Teorías cognitivas
- Teorías perceptivas
- Teorías del consenso pro-emoción

Con el fin de esbozar sus particularidades y a manera de introducción a los debates en filosofía de la emoción, a continuación se abordan las principales teorías sin entrar en detalle sobre las discusiones intra-teóricas.

a) Teorías cognitivas

Las teorías cognitivas o cognitivistas como su nombre lo indica hacen una aproximación a las emociones desde la cognición y los factores del pensamiento (Lyons, 1980 en Vendrell, 2008). Aunque esta corriente se consolidó como tal en la segunda mitad del siglo XX, algunos filósofos como Descartes y Hume

⁹ Estos estímulos pueden ser externos pero también internos como un recuerdo o un pensamiento (Stanford, 2010, p. 10).

consideraron que las emociones estaban influenciadas por los aspectos cognitivos y los juicios.

El mencionado auge del siglo XX obedece sobre todo a la transformación de la concepción de conciencia y el interés creciente en la función adaptativa de esta con el entorno. Esto supone la desmitificación del carácter introspectivo del espacio de conciencia y la apuesta por entender que es un acto que intenciona objetos y que explica la conducta racional (Brentano, 1924, en Vendrell, *Ibíd.*).

El anterior cambio de paradigma tiene una implicación en la definición de emoción puesto que se entenderá a partir de su rol adaptativo y regulador del comportamiento, y no tanto desde las aproximaciones fenoménicas y cualitativas que predominaron en el siglo XIX.

Los eventos que motivaron el despertar de las perspectivas cognitivistas se remontan a dos hechos fundamentales: primero, la evidencia de distintas respuestas emocionales que tienen los individuos ante una misma circunstancia. Esto lo han comentado Ira Roseman y Craig Smith al sustentar que si solo se recurriera a relaciones estímulo-reacción no podría darse cuenta de la variabilidad individual y temporal que las personas tienen respecto a las emociones (Stanford, 2010, p. 11). En segundo lugar, también existen una serie de eventos aparentemente no correlacionados que causan la misma emoción (por ejemplo, la tristeza es causada tanto por la muerte de un pariente, el cumpleaños de un hijo, el divorcio, no ser admitido en una universidad, etc.) (*Ibíd.*, p. 11).

Dentro de la misma corriente cognitivista existen dos tipos generales de teorías y dentro de cada una de ellas hay versiones no reduccionistas y reduccionistas (Slaby, 2004, en Vendrell, *Ibíd.*). En el primer tipo de cognitivismo (Tipo A), el cognitivismo se asume desde una mirada amplia, entendiendo que las emociones se basan en actos de pensamiento. Dentro de este tipo como se dijo existe una

versión no reduccionista, la cual hace referencia a una mirada en donde las bases cognitivas de las emociones contienen una amplia gama de elementos como los juicios, los recuerdos, las fantasías, las suposiciones, etc.

A pesar de esto, este enfoque no ha tenido un papel relevante en el actual panorama de la teoría de la emoción, pues los autores analíticos cimentan sus argumentos en que el único aspecto relevante son los juicios como determinantes de las bases cognitivas de las emociones. El principal argumento de los no reduccionistas contra esto es que fenómenos no evaluativos (como el asco, el miedo, etc.) que determinan la vida afectiva, se perfilan más cercanos a las dimensiones cualitativas de las teorías del sentir (Vendrell, *Ibíd*, p. 229).

Los exponentes claves de esta mirada se sitúan en la fenomenología de comienzos del siglo XX, y entre ellos se destacan Alexander Pfander y Edith Stein. Recientemente se identifican a Stocker, Greenspan, Mulligan, Goldie y Elster, quienes defienden que no solo los juicios sino también las percepciones son fundamentales en las bases cognitivas.

Por otra parte, la versión reduccionista del cognitivismo Tipo A, como ya se anticipó, sitúa las bases cognitivas de las emociones exclusivamente en los juicios o actos parecidos como las suposiciones o creencias (*Ibíd*, p. 229). Esto supone que al experimentar cualquier emoción se debe haber juzgado previamente, por ejemplo, sentir alegría implica antes haber juzgado algo como alegre. Los antecedentes históricos de esta corriente se remontan a Hume, Brentano y Stumpf, como predecesores de la fenomenología. Para ilustrar un caso, Brentano argumenta que las emociones siempre supondrán representaciones y juicios (Brentano, 1924 en Vendrell, *Ibíd*).

La filosofía analítica ha venido acogiendo fuertemente esta perspectiva cognitivista para fundamentar una postura acerca de las emociones y de sus posteriores

desarrollos, que centran el énfasis en la intencionalidad de las emociones a partir de juicios. Al sustentar la relación de dependencia entre emoción y juicio, estos autores entienden que en tanto cambie el juicio cambiará inmediatamente la emoción.

Las críticas principales a esta teoría se centran en que se quita mucho de la espontaneidad de la emoción por querer intelectualizarla demasiado y además, que no explica cómo existen juicios que solo ocurren después de sentida la emoción y no antes (por ejemplo, sentir indignación y posterior a eso catalogar un hecho de injusto). Tampoco se entiende cómo ciertas personas podrían juzgar y configurar sus emociones, por ejemplo los niños o las personas con discapacidades cognitivas (Vendrell, *Ibíd*, p. 230).

En segundo lugar, el cognitivismo Tipo B, sostiene que las emociones tienen una función cognitiva de suministro de información del mundo. Por un lado, la versión no reduccionista considera que los valores son los objetos formales de las emociones, pues nos proveen información sobre el entorno y asumen además, que las emociones implican una afectación corporal (*Ibíd*, p. 231).

Aun así la relación central de emociones y valores tiene diferentes posiciones (Mulligan, 2004 y 1998; Deonna y Teroni, 2012). Por ejemplo, el emotivismo parte de que los valores son las proyecciones de los estados afectivos humanos en el mundo, el constitucionalismo define que los valores se constituyen social y culturalmente; y el realismo ontológico, que ha cobrado fuerza en el debate actual, hace énfasis en el “estatus ontológico específico” de los valores según lo cual existen independientemente del sujeto que los aprehenda (Scheler, 1954, Tappolet, 2000 y Johnston, 2001).

El recorrido histórico de esta mirada se remonta a los primeros fenomenólogos, y entre ellos el debate se ha mantenido en torno a si las emociones captan los

valores o si las emociones son respuestas a los valores, y estos no serían emociones como tal. Actualmente, y continuando el debate, de Sousa afirma que los objetos formales de las emociones son los valores (1987) y a partir de este argumento, Christine Tappolet sugiere que las emociones son ellas mismas percepciones de valor (2000).

Por su parte, la versión reduccionista del cognitivismo Tipo B, se cimenta en que las emociones tienen una función cognitiva porque “ellas mismas son cogniciones” (Vendrell, *Ibíd*, p. 233). En general, las emociones se han reducido a un tipo cognitivo por excelencia que es el juicio, cuyo primer exponente fue Robert Solomon (1993). Su aporte principal es afirmar que las emociones son racionales pues están bajo nuestro control (voluntariedad) y no simplemente llegan a nosotros de forma pasiva. Una variación de esta misma versión reduccionista es la propuesta por Martha Nussbaum (2005) quien sostiene que las emociones son un tipo especial de juicios denominados “juicios de valor o evaluaciones”.

Dentro de la filosofía analítica, una línea que se perfila muy fuerte es la “*Belief-Desire Theory of Emotions*” que comprende la teoría de las emociones desde la relación entre deseos y creencias, y cuyo principal exponente es Joel Marks (1982) quien argumenta que las emociones son combinaciones de juicios y deseos. También existen líneas de pensamiento en las que se combinan juicios con otros elementos como por ejemplo la “Teoría componencial” que incluye cogniciones, sensaciones y motivaciones, y cuyo autor referente es Ben-ze’ev (2000).

Independientemente de esto, el argumento de los reduccionistas es el mismo, es decir, considerar las emociones como juicios o como un tipo especial de juicios, que se ciernen sobre aspectos del mundo que definen al final la emoción como tal. De acuerdo con el precepto del Tipo B, estos juicios proporcionan información sobre el mundo y en todo caso, orientan la actuación del actor (Vendrell, *Ibíd*, p.

234). La crítica fundamental que se ha hecho a estos autores es que no toman en cuenta el aspecto corporal de las emociones, no explican emociones que se basen en otros elementos como percepciones o recuerdos, no consideran que no siempre coinciden las emociones y juicios sobre un mismo objeto y también descuidan el grado de involucramiento del yo, que parece ser diferenciado entre una emoción y un juicio (Ibíd., p. 235).

El gran aporte de los cognitivistas, a pesar de las críticas, es que vinculan las emociones con la racionalidad por primera vez, pues antes de esta corriente se veían como cosas opuestas. Fundamentalmente, el argumento detrás de esto es que las emociones se basan en cogniciones y proveen información sobre el mundo, yendo más allá de las acepciones tradicionales en donde las emociones eran simplemente reacciones corporales irracionales (Ibíd., p. 236).

A diferencia de Vendrell otros autores sugieren que la categorización de este tipo de enfoque se da en dos clases de teorías: las teorías del juicio y las teorías de la evaluación cognitiva. En la primera, el referente principal es Solomon, que como se dijo anteriormente basa su argumento en que las emociones son un tipo de juicios sobre “nosotros mismos, la proyección de valores e ideales, estructuras, de acuerdo a las cuales vivimos y a través de las cuales experimentamos nuestra vida” (Solomon, 1993, p. 126).

Para autores como Solomon y Nussbaum el hecho de juzgar es una habilidad mental que los individuos usan cuando reconocen una experiencia o estado del mundo (Stanford, 2010, p. 11). Sin embargo, esto no significa que los procesos cognitivos, supongan un proceso consciente o deliberativo como lo dice Solomon (1977, p. 46 en Stanford, 2010, p. 12).

La otra perspectiva corresponde a las teorías evaluativas cognitivas que han sido desarrolladas por psicólogos y comparten con las teorías del juicio, el hecho que la

forma en que se evalúe el estímulo determinará la emoción. La diferencia entre las dos yace en que la corriente evaluativa cognitiva no se basa en elementos como las creencias y juicios, y busca profundizar en otros elementos involucrados en el proceso emocional.

El referente es Ira Roseman (1984) quien define cinco dimensiones que pueden producir 14 emociones discretas. Estas dimensiones tienen un componente motivacional (atractivo/aversivo); un componente situacional (consistente/inconsistente); un componente de probabilidad (cierta/incierta/desconocida); un componente de poder (fuerte/débil); y un componente de agencia (auto-causada/causada por otros/causada por las circunstancias). Lo que Roseman argumenta es que cuando un estímulo aparece es evaluado según esas dimensiones y los valores resultantes determinan la emoción que se genera (Stanford, *Ibíd.*, p. 13).

Finalmente, los no cognitivistas defienden que los juicios o evaluaciones no son parte de los procesos emocionales y que la emoción responde directamente después del estímulo. Esto implica algo muy propio de la psicología popular y es que las emociones están separadas de los procesos cognitivos y racionales, caracterizándolas como calientes, irracionales y ampliamente incontrolables (Stanford, *Ibíd.*, p. 16).

b) Teorías perceptivas

El argumento principal de las teorías perceptivas es que las emociones son percepciones del propio cuerpo (James, 1884, p. 143; Prinz, 2006, p. 137 en Pérez y Liñan, *Ibíd.*, p. 56) o del mundo externo (Ekman, 1999, p. 46; Tooby y Cosmides, 2008, p. 115, en Pérez y Liñan, *Ibíd.*). En este sentido, los

perceptivistas determinan que hay una característica más básica de las emociones que no pasa por la cognición y que es subjetiva.

El punto de partida para las teorías perceptivas lo constituye el aporte de William James (1884) quién consideró la emoción como la sensación que experimenta un sujeto al sentir los cambios corporales generados por la aprehensión de ciertos objetos o hechos. En este sentido James introduce la idea de que las emociones son alertas internas del cuerpo en respuesta a la interacción con el entorno.

El gran aporte de James es el de situar los aspectos perceptivos de las emociones como el aspecto central de su teoría. Desde su enfoque la conciencia interna cobra una dimensión cualitativa. Desde una perspectiva contemporánea, se podría decir que involucran 5 clases de cambios fisiológicos: cambios las expresiones faciales, cambios musculares, alteraciones en la expresión vocal, de aquellos aspectos relacionados con el sistema nervioso autónomo; y cambios relacionados con la presencia de polaridad o valencia (Deonna y Teroni, 2012, p. 64). Percibir esos cambios desde el interior implica conciencia de las respuestas periféricas, y es por eso que la teoría sitúa el cuerpo como el centro del análisis. Esta es una cara que las teorías sobre las emociones mantenían en silencio.

Dado que las reacciones del cuerpo no son reacciones del intelecto es fácil la identificación de la existencia de emociones irracionales. Sin embargo, si se interpreta la teoría a la luz de una única relación entre emociones y percepciones de los cambios corporales surgen problemas relacionados con dos aspectos: en primer lugar, no están claro que todas las emociones estén acompañadas por percepciones de cambios corporales (por ejemplo la esperanza, o el arrepentimiento); por otra parte los individuos con lesiones en la médula espinal demuestra tener una rica vida emocional, lo cual ha abierto una discusión sobre la teoría de James, dado que las respuestas periféricas no están necesariamente involucradas en la experiencia emocional (Deonna y Teroni, 2012, p. 65).

No obstante la teoría ha resucitado que si existen otras áreas cerebrales involucradas en los cambios corporales, a pesar que las respuestas periféricas no están involucradas (Ibíd.). De acuerdo a los argumentos de James una emoción consiste en la percepción verídica de ciertos cambios corporales, y cuando esos cambios no están presentes, consiste en la simulación de la percepción (Ibíd.). Nótese que desde cualquier punto de vista esta perspectiva acude a las sensaciones corporales como eje central.

El supuesto central de esta mirada es que las emociones no son juicios sino percepciones acerca de los valores (de Sousa, 1987; Tappolet, 2000). Por ejemplo, tener miedo es percibir peligro, estar triste es percibir una pérdida, etc. En este sentido el análisis perceptivo parte de la idea que las emociones juegan un rol importante en revelarnos el mundo de los valores. Adicionalmente nos acercan al rol fenomenológico de las emociones que consiste en que estas son una forma de percepciones afectivas, a través de las cuales se presentan las propiedades evaluativas del mundo. Finalmente, el aporte yace en observar que la relación entre emociones y juicios evaluativos parece ser análoga a la relación entre experiencias perceptivas y juicios perceptivos (Deonna y Teroni, 2012, p. 67).

En este sentido, el rasgo epistemológico distintivo de este tipo de teorías es que las emociones al ser experiencias de valores, tienen el potencial de convertirse en razones debido a los juicios evaluativos que se desprenden de ellas. Otro rasgo básico es que el contenido de una percepción responde a una restricción causal: los objetivos percibidos y sus propiedades son causalmente responsables de la ocurrencia de una experiencias perceptiva (Deonna y Teroni, 2012, p. 68).

Recientemente se ha configurado un modelo perceptivo flexible, como el propuesto por Lina Zagzebski (2003) denominado “percepciones afectivas de los

valores”, así como el de Peter Goldie (2000) quien con su enfoque de “feelings towards” o “sentimientos hacia”, propone un modelo “experiencial” que amplía los elementos constitutivos de las emociones sumándolos a las sensaciones corporales identificadas por los perceptivistas. Para Goldie, una concepción correcta de la experiencia emocional es una en la cual los sentimientos involucrados son el aspecto central y juegan un importante rol epistemológico en la revelación del mundo.

Basándose en evidencia experimental autores como Juan José Acero (2009) conciben la emoción como percepción, lejos de los márgenes estrechos de la recepción de un estímulo por parte de un sistema sensorial, y su posterior procesamiento por parte de algún sistema cognitivo. En su mirada, la percepción se entiende como un proceso activo y exploratorio, en el que el sujeto busca los detalles pertinentes del entorno, tanto sensorial como social, que le permitan valorar apropiadamente una situación (Martínez, 2009, p. 13). Es en el sentido episódico de emoción que se afirma que las emociones son percepciones o experiencias perceptivas de una agente, y es a propósito de este sentido que se dice que es primariamente el mundo de este agente (las personas, los objetos, los sucesos que vive, las situaciones que encuentra o con que trata directamente o no), no lo estados de su organismo, lo que esta percibe en una experiencia emocional.

Una de las más serias objeciones a la Teoría perceptiva según Deonna y Teroni (2012, p. 69), es que aunque las emociones parecen ser el camino *sui generis* para acceder a las propiedades evaluativas que ellas revelan, difieren de las percepciones en que no pueden ser vistas como un medio independiente para acercarse a los objetos que ejemplifican estas propiedades.

Además, el sistema perceptivo puede traer también errores en la percepción y puede dificultar obtener una visión correcta del mundo (de Sousa, 2010,). Además

de esta crítica, de Sousa (1987) y Amelie Rorty (1980) no están de acuerdo con que las emociones sean percepciones y otros autores argumentan que las emociones definen la agenda de creencias y deseos de los individuos, y ahí está involucrado un componente evaluativo (de Sousa, 2010,).

c) Teorías del consenso pro-emoción

Finalmente, para las teorías del “consenso pro-emoción” las emociones son percepciones esencialmente intencionales y judicativas. Bajo esta perspectiva los juicios constitutivos no tienen por qué estar articulados conceptualmente (Prinz, 2004; Solomon, 2003, en Pérez y Liñán, *Ibíd.*), por lo cual su deficiencia central radica en haber perdido el componente conceptual propio de las teorías de los juicios de las emociones.

Para Pérez y Liñán (*Ibíd.*) estas tres posiciones teóricas tienen ciertas restricciones y no resaltan lo que denominan “el valor adaptativo” de la emoción, que se entiende a partir de estas tres características: i) Las emociones son dispositivos de respuesta al entorno que se manifiestan como una percepción evaluadora y una expresión característica; ii) Las emociones involucran una experiencia corporal y regulan el funcionamiento orgánico como una forma de respuesta al entorno perceptivamente evaluado; y iii) Estas experiencias activadas por la percepción evaluadora incluyen manifestaciones externas que tienen la función de comunicar la valoración percibida (*Ibíd.*, pp. 57-58).

4. Emoción y acción en la filosofía de las emociones

Hemos dicho hasta el momento que dada la evidencia y la conciencia alcanzada en nuestra época acerca de la importancia de las emociones, es posible sugerir que el modelo dicotómico clásico que caracterizó por miles de años la comprensión de las actividades humanas es demasiado simple para describir (al menos) las actividades humanas (Zhu y Thagard, p. 23). Así mismo, hemos hecho

un fugaz y descriptivo recorrido por algunos aspectos de la historia, los fundamentos y algunas de las perspectivas teóricas que han permitido el desarrollo del creciente campo interdisciplinar interesado en la emoción, haciendo énfasis en la filosofía de las emociones.

Este contexto nos permite dar un paso hacia la contextualización de la pregunta por la relación entre emoción y acción. Frente a la gran diversidad de caminos para aproximarse a esta pregunta, a continuación, se ofrece en primera instancia una aproximación a las bases neurofisiológicas que subyacen a la pregunta, para luego abordar algunas de las miradas que sobre emoción y acción se han propuestos dentro del campo.

4.1 Fundamentos neurofisiológicos de la relación emoción - acción

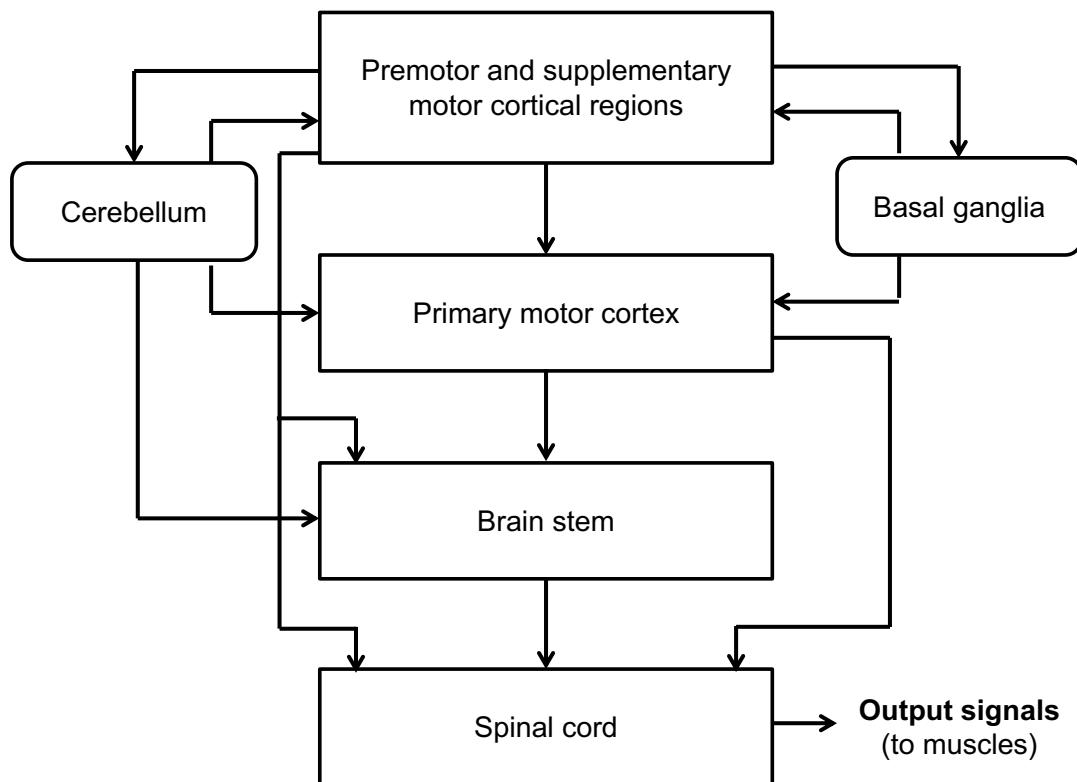
Dada la predominancia de abordajes conceptuales a la relación que pretendemos analizar, resulta útil y pertinente tomar como camino de inicio la información empírica con la que hoy contamos (a diferencia de otras épocas) acerca del funcionamiento de las bases fisiológicas que subyacen a nuestra pregunta. Este es el tipo de aproximación que han liderado diversos autores desde la psicología de la filosofía. Esta mirada nos invita a aproximarnos al funcionamiento del sistema motor humano, así como de los procesos que involucran a la emoción con: el procesamiento de información, la generación, el control y la explicación de la acción¹⁰.

Siguiendo a Zhu y Thagard (2002, p. 23), las acciones son generalmente incorporadas en el movimiento corporal voluntario, bajo el control del sistema motor. El sistema motor se organiza funcionalmente, así como anatómicamente en

¹⁰ Esta primera aproximación involucran los aspectos “internos” de la relación emoción-acción, lo cual no desconoce la importancia radical de los aspectos “externos” o ecológicos de la relación, y que ante todo se definen por la importancia de la personalidad, la cultura, y la interacción con el entorno en general. Para una introducción a las bases neurofisiológicas de la emoción ver Cornelius (1996, pp. 220-231).

una jerarquía. Para Gazzaniga et al. (1998, p. 378 citados por Zhu y Thagard, Ibíd.), el nivel más bajo de esta jerarquía es la médula espinal. Los mecanismos espinales no solo proporcionan un punto de contacto entre el sistema nervioso y los músculos, así como los movimientos de reflejo. En el nivel superior se ubican las áreas pre-motora y de asociación. El procesamiento dentro de estas regiones es fundamental para la planificación de acciones sobre la base de información perceptual actual, la experiencia pasada, y los objetivos futuros. La corteza motora y las estructuras del tronco cerebral, con la asistencia del cerebelo y de los ganglios basales, traducen una acción en movimiento y la coordinación de la ejecución de un plan de acción.

Gráfica 2. La jerarquía en el sistema motor



Tomado de Zhu y Thagard (2002, p. 24)

El tronco encefálico contiene la mayor parte de las estructuras neuronales esenciales para las actividades rítmicas que involucran la respiración, la alimentación, los movimientos del ojo, y las expresiones faciales. Además, el tronco cerebral también se proyecta a la médula espinal. Así, es una fuente primaria de control sobre la actividad espinal (Zhu y Thagard, 2002, p. 24).

La jerarquía anatómica del sistema motor apoya la jerarquía funcional de la organización de la acción. Las intenciones o planes de acción abstractos se forman en los niveles más altos, son transformados en programas motores en los niveles intermedios y, a continuación, implementados en los niveles más bajos de la jerarquía. El movimiento voluntario endógeno se origina en la corteza. Las intenciones, planes o metas de acción no se ocupan de los detalles de un movimiento corporal. Para esto, se necesitan los niveles más bajos para traducir y realizar órdenes motoras en los movimientos musculares (Zhu y Thagard, 2002, p. 24).

Las áreas premotoras y las áreas motoras suplementarias son importantes para la planificación y la coordinación de secuencias complejas y novedosas de movimiento. Estas últimas son a su vez influenciadas en gran medida por la corteza prefrontal, que se cree está involucrada en la planificación, la atención, la memoria de trabajo, la toma de decisiones, y los sentimientos emocionales. La corteza motora primaria controla funciones relativamente sencillas y habituales de movimiento, mientras que el cerebelo y los ganglios basales ofrecen circuitos de retroalimentación que regulan las áreas motoras corticales y del tronco cerebral.

Siguiendo la evidencia ofrecida por Schieber (1999) y Porter y Lemon (1993), Zhu y Thagard (2002, 24) muestran cómo la corteza cerebral regula la actividad de las neuronas de la médula. Conexiones directas proporcionadas por el tracto cortico-espinal, la vía descendente que se origina a partir de la corteza y termina directamente sobre la médula espinal. El tracto cortico-espinal, una de las últimas

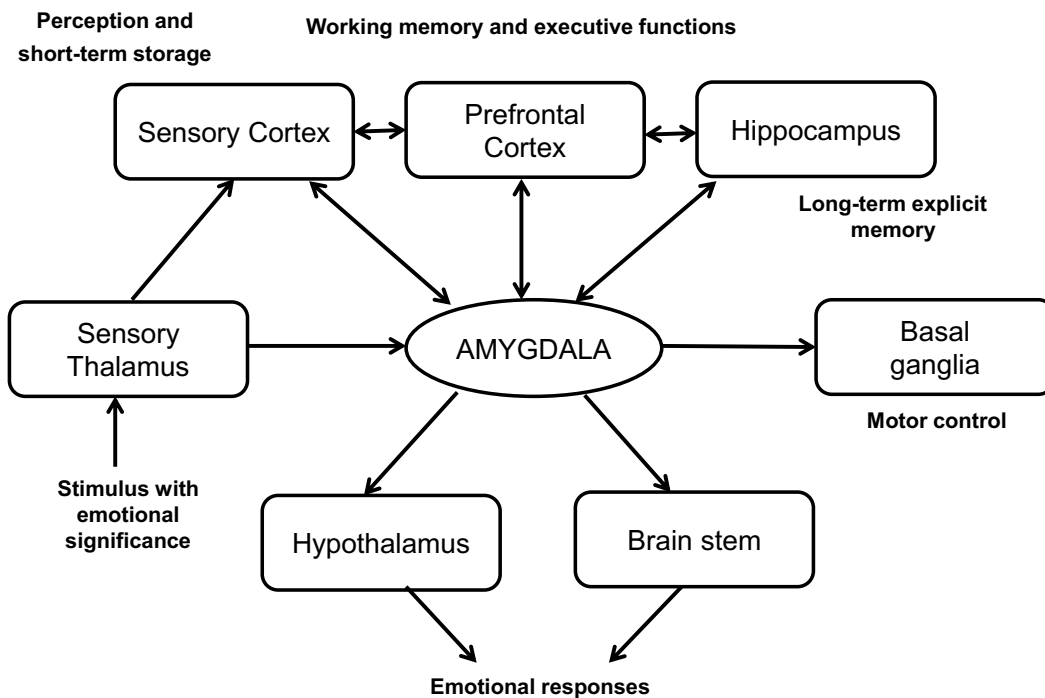
adaptaciones evolutivas que aparecen sólo en mamíferos, especialmente en los seres humanos, tiene un importante papel en la ejecución de movimientos voluntarios. Vías indirectas desde la corteza cerebral a la médula espinal incluyen centros del tallo cerebral. Mientras que la vía directa tiene un mayor control sobre los músculos distales de las extremidades en la manipulación de objetos pequeños, vías indirectas en gran medida influyen en los músculos proximales durante la deambulación. La existencia de dos vías diferentes para el control voluntario en el sistema motor humano introduce tanto flexibilidad y complejidad a la acción humana.

Como muestran Zhu y Thagard (2002, p. 25), al igual que la acción, las emociones también están mediadas por distintos circuitos neuronales en el cerebro. Un estado emocional puede ser visto a la vez como dos componentes distintivos: una característica del patrón de respuesta física y una sensación consciente (Damasio, 1994, 1999, 2000; LeDoux, 1996). Los estados físicos emocionales están mediados por una familia de respuestas periféricas, autónomas, endocrinas, y del sistema esquelomotor. Estas respuestas implican estructuras subcorticales, incluyendo la amígdala, el hipotálamo y el tronco cerebral. La sensación consciente está mediada principalmente por la corteza cerebral, en parte por la corteza cingulada y por la corteza pre-frontal. Cuando tememos, no sólo sentimos miedo, también sufrimos un aumento evidente del ritmo cardíaco y de la respiración, resequedad de la boca, tensión muscular y sudoración en las palmas, cambios que están regulados principalmente por estructuras subcorticales (Zhu y Thagard, *Ibíd.*).

Tomando la evidencia ofrecida por Aggleton (1992), Aggleton y Young (2000), y Emery y Amaral (2000), Zhu y Thagard (2002, p. 25) muestran cómo la amígdala es fundamental para las respuestas corporales de los estados emocionales y de los sentimientos conscientes. Como ha demostrado LeDoux (1996), la amígdala es un complejo nuclear subcortical desarrollado para coordinar tanto la experiencia

consciente de la emoción, como las expresiones periféricas de emociones, especialmente, el miedo. La amígdala puede ser llamada propiamente "el eje de la rueda de la emoción", ya que tiene una amplia gama de conexiones a estructuras tanto corticales como subcorticales, y desempeña un papel crucial en muchos tipos de emociones. La mayor parte de las expresiones corporales de los estados emocionales están mediadas por la amígdala a través de sus conexiones con el hipotálamo y el tronco cerebral (Zhu y Thagard, 2002, p. 25)

Gráfica 3. La importancia de la Amígdala



Fuente: Zhu y Thagard (2002, p. 26)

El hipotálamo es un centro de coordinación que integra información somática, visceral, y comportamental para asegurar que la respuesta autonómica (por

ejemplo, el cambio de la frecuencia cardíaca) y la función endocrina (por ejemplo, la liberación de varias hormonas) sean coherentes con el comportamiento emocional (Zhu y Thagard, *Ibíd.*). El tronco cerebral organiza y coordina la mayor parte de las respuestas simples, así como expresiones faciales tales como la respiración, masticar, o caminar. La amígdala, el hipotálamo y el tronco cerebral constituyen el sustrato neural responsable de las respuestas y las expresiones de emociones corporales (Zhu y Thagard, *Ibíd.*).

Zhu y Thagard (*Ibíd.*) muestran que también hay conexiones masivas y recíprocas entre la amígdala y la corteza cerebral (LeDoux, 1996). La amígdala tiene extensas proyecciones hacia la corteza sensorial, que pueden tener una importante influencia en la percepción y la atención. También tiene un impresionante conjunto de conexiones con los sistemas de memoria a largo plazo que implican el hipocampo y las regiones de la corteza que interactúan con el hipocampo en la memoria de almacenamiento a largo plazo.

Adicionalmente existen conexiones notables entre la amígdala y la corteza prefrontal lateral, la corteza cingulada anterior y la corteza orbital, las cuales ofrecen los componentes neuronales fundamentales que subyacen la memoria de trabajo y las funciones ejecutivas, que subyacen a su vez a la planificación, la toma de decisiones, y la conciencia. Como lo han demostrado Damasio (1994 y 1999) y LeDoux (1996), las vías entre la amígdala y la corteza se consideran esenciales para las emociones conscientes (Citados por Zhu y Thagard, *Ibíd.*).

A partir de esta caracterización esquemática de las bases neurales sobre el movimiento corporal voluntario y la emoción, Zhu y Thagard (2002, p. 26) encuentran que la emoción y la acción pueden interactuar directamente al menos en dos zonas del cerebro. En el extremo inferior, la mediación de las respuestas esquelomotoras de la emoción y del control voluntario de los movimientos converge en el tronco cerebral, que coordina la mayor parte de los movimientos

motores relativamente simples, y sirve como mecanismo de control esencial de las actividades de la columna vertebral. En el extremo superior, las proyecciones emocionales de la amígdala hacia la corteza cerebral, en particular, hacia la corteza pre-frontal (que sustenta las funciones de memoria de trabajo y el ejecutivo), pueden afectar el procesamiento de la acción, incluyendo la planificación, la toma de decisiones y la evaluación cognitiva (Ibíd.).

Además, para Zhu y Thagard (2002, p. 26) la emoción puede incidir también de manera indirecta en la acción. Las vías neuronales emocionales pueden cambiar las respuestas autónomas (cambios en la presión arterial y la frecuencia cardíaca, la piloerección, y la sudoración), las respuestas hormonales (liberación de diferentes hormonas en el torrente sanguíneo), y los estados de excitación del cerebro. Las respuestas de los órganos internos y las glándulas y todo el estado de excitación del cerebro, a su vez, afectan los sentimientos, la cognición y el proceso toma de decisiones (Damasio, 1994; LeDoux, 1996).

Zhu y Thagard (2002, p. 26), en cuanto a la generación de la acción, sostienen que la emoción tiene un impacto en dos fases separadas: en la generación misma de una acción; y en la ejecución y el control de la misma. La primera fase incluye el proceso de formación de un plan o intención, la decisión o elección que se toma, y la manera cómo se inicia una acción. La segunda fase de especificación se refiere a cómo el cuerpo humano ejecuta un plan o una intención. Aunque la mayoría de los defensores de las teorías causales de acción se refieren principalmente a la primera, es decir, a los antecedentes de la acción (en esta línea se encuentran autores como Bishop, 1989; Davidson, 1980; Goldman, 1970); quienes defienden las teorías no causales, tienden a prestar más atención a la segunda fase (Frankfurt, 1978 y Ginet, 1990, son representantes de esta mirada).

En cuanto a la generación de la acción, Zhu y Thagard (2002, p. 27) sostienen que las emociones pueden influenciar la generación de una acción de dos maneras: la

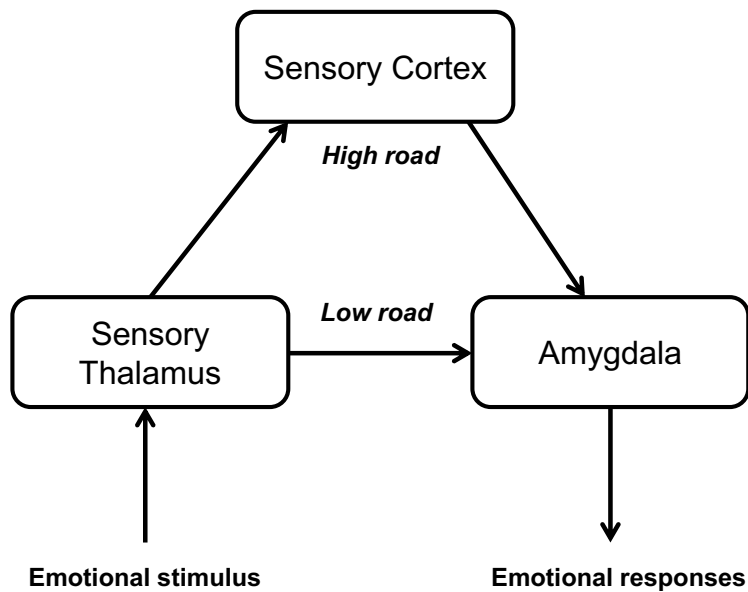
tendencia¹¹ y la disposición a actuar, y la decisión de actuar. Las tendencias de acción son los estados de la preparación para ejecutar un determinado tipo de acción, que implica tanto la preparación física y la preparación psicológica que sigue a la valoración emocional. En el caso de los seres humanos, la tendencia a la acción no compromete necesariamente una acción.

Para Zhu y Thagard (2002, p. 27), la conexión entre la emoción y la tendencia a la acción tiene un lugar natural en las diversas teorías evaluativas de las emociones (Arnold, 1960; Frijda, 1986; Lázaro, 1991). En ellas, la valoración emocional es una evaluación mental de los posibles daños o beneficios de una situación relevante para cada persona. De acuerdo a las diferentes versiones de la teoría evaluativa de las emociones, una de las características más distintivas de la emoción es el componente que evalúa un contexto determinado como bueno o malo, beneficioso o perjudicial, o moralmente admirable o degradante.

El neurobiólogo Joseph LeDoux (1996, p. 164) muestra que hay dos vías separadas que median entre el estímulo sensorial y las respuestas: la vía directa nos permite comenzar a responder a estímulos potencialmente peligrosos antes de saber plenamente lo que el estímulo es. Esto puede ser muy útil en situaciones peligrosas. Sin embargo, su utilidad requiere que la vía cortical sea capaz de anular la vía directa. En consecuencia, es posible que la vía directa sea responsable del control de las respuestas emocionales que no entendemos.

Gráfica 4. Dos caminos del estímulo sensorial a la respuesta emocional

¹¹ Siguiendo a Frijda (1987) las tendencias a la acción son "estados de preparación para ejecutar un determinado tipo de acción, que se definen por su resultado final o por el objetivo hacia el que se dirigen. Las tendencias de acción difieren de las intenciones en que no están dirigidas a un fin, por el contrario son dirigidas por un estímulo.



Fuente: Zhu y Thagard (2002, p. 28)

Zhu y Thagard (2002, p. 29) sostienen que las respuestas emocionales mediadas por la vía rápida y directa se producen de forma automática e involuntaria. Estas se llevan a cabo antes de que el cerebro haya tenido la oportunidad de deliberar sobre lo que debe hacer, en este sentido este tipo de respuestas se pueden denominar apropiadamente como *reacciones emocionales*. Sin embargo, para estos autores esta es sólo una parte de la historia. En muchos casos, las personas pueden y deben inhibir y suprimir las respuestas reactivas conscientes o voluntarias. Nuestra vida social está llena de situaciones que implican este tipo de control emocional, a menudo tenemos éxito en el control de nuestros comportamientos emocionales (Zhu y Thagard, 2002, p. 29).

Aunque aún sabemos muy poco sobre la forma en que el cerebro organiza los mecanismos que permiten el paso de la mera reacción a la acción, Zhu y Thagard (2002, p. 29) conjeturan que la vía de control voluntario directo, que no pasa por el tronco cerebral a través del tracto córtico-espinal, sirve para inhibir y reprimir las reacciones emocionales rápidas y directas. Para ganar tiempo para la

deliberación, el cerebro tiene que suspender los mecanismos automáticos de respuesta emocional.

Para Zhu y Thagard (2002, p. 30), otro aspecto notable de la generación de la acción en la que la emoción puede tener un impacto, es el proceso de toma de decisiones o la elección entre opciones alternativas. Siguiendo a Donagan (1987) y a Rowe (1987), los autores sostienen que la toma de decisiones es el proceso de elegir una opción preferida o curso de acción de entre un conjunto de alternativas. La capacidad de tomar decisiones es considerada como el elemento esencial de la acción humana y es fundamental para la concepción de la libertad. Decir que una persona puede hacer voluntaria o libremente algo implica que él o ella es capaz de abstenerse de hacerlo. La capacidad de hacer lo contrario y tomar decisiones racionales¹², constituyen habilidades esenciales para nuestra comprensión general de la acción humana.

Es importante resaltar que el rol de las emociones en las decisiones ha sido un aspecto ignorado, y muchas veces marcado por el prejuicio y la distorsión. Para Zhu y Thagard (2002, p. 30), la relación entre la emoción y la toma de decisiones sufre en general de dos confusiones: la descriptiva, en el que la emoción sólo desempeña un papel insignificante en el proceso de toma de decisiones; y otra prescriptiva, en la que las emociones son una fuerza perturbadora y destructiva que socava la óptima toma de decisiones.

¹² Aunque este trabajo no se ocupa de la irracionalidad, comparte la visión de Maramatsu y Hanoch (2005) quienes nos recuerdan que Herbert A. Simon afirmó que: *"es posible que consideremos un comportamiento irracional porque, a pesar de que sirve a un impulso particular, es incompatible con otros objetivos que se consideren más importantes. Podemos considerar irracional un comportamiento porque el actor se basa en hechos inexactos o ignora áreas enteras de hechos relevantes. Podemos considerar que es irracional, porque el actor no ha sacado conclusiones correctas a la luz de los hechos. Podemos considerar que es irracional, porque el actor no ha considerado importantes cursos de acción alternativos. Si la acción tiene lugar en el futuro, como la mayoría de las acciones, es posible que se le considere irracional porque no creemos que el actor utiliza los mejores métodos para la formación de expectativas o para adaptarse a la incertidumbre. Todas estas formas de irracionalidad juegan un papel importante en las vidas de cada uno de nosotros, pero creo que es un error llamarlas irracionalidad. Resulta mejor verlas como formas de racionalidad limitada"* (1985, p. 297).

Como lo defendió Herbert A. Simon (1965 y 1983) y como lo sustentan Maramatsu y Hanoch (2005), las emociones juegan un papel central en la orientación y la regulación de las decisiones. Mediante la coordinación de casos específicos de procesamiento cognitivo y el funcionamiento fisiológico, las emociones son una de las herramientas que permiten a los agentes hacer inferencias para la adaptación y la definición de opciones (Levenson, 1999).

Maramatsu y Hanoch (2005, p. 203) toman como referencia la noción de “poderes causales” propuesta por Harré (1970). En este sentido, las emociones afectan las decisiones cuando cumplen con “condiciones que permiten...” (*enabling conditions*) y con “condiciones de disparo o activación” (*triggering conditions*). Estos autores sugieren que las emociones equipan a las personas con la capacidad de hacer inferencias y decisiones rápidas que dan lugar a cambios en el funcionamiento cognitivo y fisiológico (2005, p. 203). Una gran cantidad de evidencia ha demostrado que las emociones afectan diversos procesos cognitivos relacionados con la atención, el aprendizaje, y la memoria.

Existe evidencia empírica de que las emociones juegan un papel importante en la atención que los agentes prestan a las porciones de información más importantes y urgentes dentro de una estructura ambiental en particular, pasando por alto las más periféricas (Faucher y Tappolet, 2002, citados por Maramutso y Hanoch, 2005); y juegan un papel central, ya que llaman la atención sobre las tareas que requieren nuestra atención inmediata (Simon, 1983, p. 21). Holland y Gallagher (1999, p. 68) comprueban que a través de los procesos de atención las emociones ayudan a lograr los recursos necesarios para el aprendizaje.

En este sentido, existe una creciente variedad de evidencia que demuestra cómo las emociones ejercen una influencia sustancial en el aprendizaje (LeDoux, 1996; Mineka & Cook, 1988). La conciencia afectiva, permite a los individuos aprender

de sus propias experiencias y de las interacciones que tiene con los demás y con el entorno. Esta cualidad de las emociones facilita las inferencias que los individuos hacen acerca de las consecuencias asociadas a un curso de acción (Maramatsu & Hanoch, 2005, p. 204).

Para Damasio, las emociones ayudan a conectar la regulación homeostática y los 'valores' de supervivencia con numerosos eventos y objetos de nuestra experiencia autobiográfica (Damasio, 1999, pp 54-55). La influencia de las emociones en las decisiones pone de relieve la plausibilidad de la hipótesis del marcador somático (Damasio, 1994), donde el componente de sensación de las emociones sirve como fuente de inferencia sobre las consecuencias esperadas de las diversas opciones.

Para Maramatsu y Hanoch (2005, p. 205), los procesos de memoria están íntimamente relacionados con el aprendizaje y también son influenciadas por la emoción. Esto se debe en parte a su papel en la activación y regulación de las actividades implicadas en la codificación, almacenamiento y recuperación de información sobre los eventos importantes. La investigación sobre la emoción y la memoria que muestra la activación de las emociones afectan las formas en que los individuos reconstruyen situaciones previamente experimentadas. Psicólogos experimentales han puesto de relieve que las personas tienden a recordar más fácilmente los eventos que desencadenaron las emociones fuertes en comparación con incidentes emocionalmente neutrales (Bower, 1981).

Otras investigaciones han encontrado que durante la experiencia de estados emocionales intensos, los animales y los seres humanos liberan altos niveles de hormonas que son un ingrediente central en la memoria de almacenamiento modular y están conectadas en gran parte a la activación de la amígdala (Cahill, 2000). Packard y Cahill (2001, p. 754), encontraron que el grado de la actividad de la amígdala humana relacionada con la memoria aumenta casi linealmente con el

grado de excitación subjetiva inducida por los estímulos. Canli et al. (1998), utilizando imágenes de resonancia magnética funcional, argumentan que la activación de la amígdala mejora la memoria en función del nivel de intensidad emocional - ya sea positiva o negativa - de una experiencia. Otros hallazgos neurocientíficos muestran que la amígdala tiene conexiones fuertes y extensas con otras regiones del cerebro involucradas con la memoria (LeDoux, 1996; Panksepp, 1998).

Siguiendo a Simon, Maramatsu y Hanoch (2005), sostienen que las emociones ejercen una influencia sistemática en el pensamiento y la elección. Al igual que una caja de herramientas de atajos cognitivos especializados, las emociones dan sentido a la búsqueda, detección y definición de normas de decisión que producen el comportamiento de elección. Esta perspectiva revive la perspectiva de Simon en la que las emociones juegan un papel en el procesamiento de la información, pues: alteran la priorización de un objetivo (Simon, 1967), determinan la relativa importancia de los aspectos de una tarea (Hanoch, 2002), y las evaluaciones de tipo costo-beneficio (Loewenstein, Weber, Hsee, y Welch, 2001), nos dicen cuándo dejar de procesar información (Ketelaar y Todd, 2000) y determinan la "regla de corte" eliminando opciones para la toma de decisiones (Earl, 1986, pp 96-100). En este mismo sentido, Evans (2002, p. 500) afirma que las emociones juegan más de un rol dentro de las decisiones racionales, pues no solo asignan utilidad subjetiva a cada resultado posible, sino que además delimitan el rango de resultados a ser tenidos en cuenta.

Sin lugar a dudas, las emociones suelen tener efectos perturbadores en la toma de decisiones óptimas, ya que pueden estar sesgadas, ser parciales y por su velocidad, pueden resultar imprudentes. Pero esto no quiere decir que su papel en el proceso real de toma de decisiones esté vacío en el sentido descriptivo, ni que

no pueden ser utilizadas por las personas para tomar mejores decisiones o elecciones en el sentido normativo¹³.

En este sentido, para Zhu y Thagard (2002, p. 31), una ventaja evidente de la emoción para la toma de decisiones es la velocidad y eficiencia que aportan al proceso: la emoción ayuda a enmarcar las opciones de acción a ser evaluadas. Los cursos de acción asociados a sentimientos emocionales negativos serán eliminados de la consideración. La emoción genera una señal que le permite al agente elegir entre pocas alternativas, y que puede reducir sustancialmente la carga de la computación en la toma de decisiones basada en el cálculo convencional. Este efecto de eficiencia es consistente con la conexión entre las emociones y tendencias de acción señalada anteriormente, y mejora la supervivencia de los organismos en situaciones de amenaza.

Para Zhu y Thagard (2002, p. 31), otra ventaja notable es que al basar sus decisiones en las emociones, ayuda a las personas a asegurar que las decisiones sean inherentemente significativas, ya que permiten tener en cuenta lo que realmente importa para cada individuo¹⁴. Al estar satisfechas y entusiasmadas con una acción posible, las personas cuentan con una señal de que la acción tenderá a cumplir con los objetivos que son realmente importantes para ellas (esto claramente implica tener en cuenta aspectos de contexto y coherencia). Esta característica puede ser crucial para ayudar a las personas a hacer frente a situaciones sociales complejas.

¹³ Esta tesis se identifica con la mirada positiva sobre las emociones (Evans, 2002), desarrollada por autores como de Sousa (1987), Frank (1988), Damasio (1994), Elster (1999), y Evans (2001) que sostienen que la emoción afectan de manera positiva a la razón, y de hecho piensan que los seres humanos seríamos menos racionales si no contáramos con las emociones. Esta apuesta se ha desarrollado en particular a través de la discusión sobre la *Hipótesis de búsqueda* (*The Search Hypothesis*). Para una completa discusión de dicha hipótesis ver Evans (2002).

¹⁴ Este aspecto toca el fundamento de la importancia de la identidad personal que introdujeron a la discusión sobre elección racional autores como Kenneth Arrow y Duncan Black, que transformarían las nociones acerca de la utilidad personal dentro de la Teoría de elección racional.

Para Zhu y Thagard (2002, p. 31) existe otro aspecto crucial relativo a la relación entre emoción y acción, y que tiene que ver con el rol de la emoción en la ejecución y el control de la acción. Para estos autores, los resultados de la fase de generación de la acción son representaciones mentales como intenciones, decisiones, opciones, u objetivos. Estas representaciones están por lo general en el nivel más alto de la organización jerárquica de la acción y por lo tanto son relativamente abstractos. Un complejo y diverso número de procesos anteceden una intención o plan para que puedan ser realizados por los sistemas músculo-esqueléticos. La intención debe traducirse en programas motores apropiados en múltiples niveles. Los objetivos internos deben combinarse con la información de los sistemas sensoriales periféricos sensoriales y somáticos para generar órdenes motoras. Diferentes tipos de control (de alimentación y de retroalimentación) son cruciales para producir movimientos corporales intencionales con precisión y suavidad. Así la secuenciación, el tiempo y la coordinación cobran importancia importante para la realización de una acción. En resumen, hay una inmensa cantidad de procesamiento de información en la ejecución de la acción y control.

Para Zhu y Thagard (2002, p. 32) la tesis de que la emoción afecta la ejecución de la acción y el control es consistente con la perspectiva de la neurociencia cognitiva. Las vías emocionales de respuesta mediadas por la amígdala descienden al tronco del encéfalo, que organiza y coordina, respuestas motoras estereotipadas más relativamente simples y expresiones faciales. Las proyecciones de la amígdala a la corteza prefrontal y la corteza cingulada influyen sobre la memoria y las funciones ejecutivas, que son cruciales para la planificación y el control de los movimientos voluntarios de alto nivel de trabajo. De manera más profunda, el cambio de los estados corporales afectados por las respuestas emocionales, que afectan a los sistemas autónomo y endocrino, puede tener efectos más duraderos y sutiles sobre la ejecución de la acción y su control, ya que estos sistemas no están sujetos al control directo y voluntario (Ibíd.).

Por último, resulta pertinente referirnos al rol de las emociones en la explicación de la acción. Explicar las acciones de las personas implica encontrar las razones de por qué la gente actúa como actúa¹⁵.

Como afirman Zhu y Thagard (2002, p. 33), la filosofía contemporánea de la acción se ha centrado en la noción de *causalidad* (Audi, 1993, Bishop, 1989; Davidson, 1963/1980; Dretske, 1988; Goldman, 1970). Las teorías causales de la acción sostienen que para definir si un evento es una acción o no, depende de la forma en que se produjo. De acuerdo con una teoría causal de la acción, explicar una acción es la causa precisa que llevó a la acción. Como se planteó, en una sección anterior, la explicación causal es una explicación en términos de relación causa-efecto de los acontecimientos. Cada acción se explica por los estados mentales previos (eventos) que lo causan. Para estas teorías, los típicos estados mentales sugeridos como causas de la acción son las intenciones, deseos, planes, y complejos de creencias y deseos (Ver Zhu y Thagard, 2002; y Abitbol, 2005).

Las emociones han sido generalmente ignoradas, ya que, cuando hay una razón primaria davidsoniana involucrada, "no es necesario clasificar y analizar la gran variedad de emociones, sentimientos, estados de ánimo, motivaciones, pasiones y apetitos cuya mención puede responder a la pregunta, '¿Por qué lo hiciste?'"(Davidson 1963/1980, p. 7). Sin embargo, explicar por qué sucede algo, no siempre es el mismo que encontrar los nodos más abstractos, fundamentales, o directos dentro de una cadena causal. Lo que nos importa en la explicación son los temas que son más relevantes para comprender y responder a nuestras preguntas (Zhu y Thagard, 2002, p. 33).

Para Zhu y Thagard (2002, p. 33), explicar el comportamiento emocional puede ser una actividad entendida como la aplicación de esquemas explicativos basados

¹⁵ Goldie (2000, pp. 37-47) hace una revisión sobre las diferentes explicaciones de una acción que resulta de una emoción.

en la emoción. Las emociones son patrones evaluativos y sensibles que surgen a través de la evolución de las especies y el desarrollo de los individuos. Algunas de ellas son innatas, determinadas por nuestras bases biológicas y algunas son adquiridas debido al aprendizaje y a la interacción social. Al explicar un comportamiento emocional, la gente trata de recuperar un esquema explicativo adecuado y hacerlo coincidir con la circunstancia con el fin de dar sentido al evento.

El enfoque orientado a explicar el comportamiento emocional puede ser compatible tanto con el enfoque basado en razones, así como con la explicación causal de acción. Los vínculos causales entre la inducción de una emoción y el estado emocional, y entre el estado emocional y la acción emocional, pueden ser integrados en esquemas explicativos de la acción emocional. Estos esquemas explicativos emocionales son producto de la larga historia de la adaptación y la construcción social, compartida por los miembros de ciertos grupos sociales y culturales (Ibíd.).

Para Zhu y Thagard (2002, p. 34), un aspecto notable en el que las emociones contribuyen a la explicación de la acción, yace en la experiencia subjetiva cualitativa de la emoción, ya que ¡la emoción se siente!. Los sentimientos pueden servir como marcadores de patrones de conducta emocionales distintivos, facilitando la adaptación de los esquemas explicativos de las acciones emocionales. Más importante aún, los sentimientos pueden evocar diferentes procesos mentales, tales como la empatía, la simpatía y la analogía, que permiten la inducción de la propia experiencia subjetiva para ayudar a la comprensión de la conducta de otra persona y su estado mental.

4.2 Emoción y acción: perspectivas de aproximación

Como se ha descrito en este trabajo, existe una gran cantidad de textos dedicados a explorar diferentes perspectivas teóricas sobre la emoción. Sin embargo, son pocas las apuestas explícitas que analicen la relación entre emoción y acción. La gran mayoría de autores tratan este tema de forma marginal para concentrarse en otros aspectos relativos a la naturaleza, el significado, la función y el rol normativo de la emoción. Al parecer aproximarse a esta relación es una tarea que desborda los límites de la filosofía y abre un tránsito al intercambio en un fértil territorio de encuentro entre filosofía, las ciencias interesadas en la neurofisiología humana, así como en las ciencias sociales.

Sin embargo, dentro de la filosofía de la emoción la relación que interesa a este trabajo aparece referenciada de manera explícita dentro de la discusión sobre la relación amplia entre emoción y razón. En particular, la atención parece centrarse en la racionalidad de las emociones o en el papel de las emociones dentro de un sistema explicativo específico que dé cuenta de la relación entre emoción y acción racional. En este apartado se dará cuenta de algunas perspectivas, a las que en cierto modo ya se ha hecho referencia en páginas anteriores, con el fin de profundizar en las convergencias y divergencias en torno a la comprensión de la emoción.

Para Martínez (2009, p. 109), estos enfoques tienen en común una concepción sobre el rol positivo y relevante de la emoción para la acción, pero se diferencian en cuanto a que entrañan diferentes modos de concebirlas como racionales (y de concebir el significado de la racionalidad)¹⁶. El modo de concebir la relación entre emoción y racionalidad va a depender, en gran manera, de lo que pensemos que

¹⁶ Es importante resaltar aquí que dentro de la filosofía de la emoción ocurre algo similar al campo de la nueva economía política en el que decisión y acción en muchos casos se conciben como categorías homologables e intercambiables por motivos argumentales y analíticos. Para una discusión del concepto de racionalidad dentro de la estructura conceptual actual de la teoría de elección racional (TER) ver Abitbol y Botero (2006) o Losada y Casas-Casas (2008).

son las emociones, así como en la manera en que se conciba el concepto de racionalidad (amplio o estrecho). Las diferentes teorías acerca de la naturaleza de lo emocional, en consecuencia, van a entrañar diferentes modos de concebirlas como racionales (Martínez, 2009, p. 109).

Para Martínez (2009, p. 109), “una manera de proceder es comparar las emociones con aquellos elementos de la vida mental que consideremos paradigmáticamente implicados en procesos racionales, esto es, compararlas con las creencias o juicios”. Para este autor, las teorías cognitivistas fuertes de la emoción, asimilan ésta a un tipo determinado de juicio. Kenny (1963) defendió las emociones como un tipo de actitudes proposicionales.

Por otra parte, en las teorías de Solomon (1988) o Nussbaum (2001) las emociones son juicios conceptuales, evaluaciones extremadamente rápidas que el sujeto hace de una determinada situación. En todas estas posiciones, los estados afectivos, en la medida en que están necesariamente asociados a estados conceptuales, resultan estar conectados con el pensamiento, de modo que una emoción puede ser tildada de racional o irracional con los mismos criterios que se apliquen para determinar la racionalidad de una decisión (Martínez, 2009, p. 109).

En opinión de Martínez (2009, p. 110), las teorías no cognitivistas agrupan a todas aquellas posiciones que ponen su énfasis en el carácter biológico o corporal de las emociones y en su discontinuidad con lo cognitivo. Por ejemplo, Ledoux (1998), Panksepp (1998) o Griffiths (1997) sostienen que los estados emocionales propiamente dichos son estados biológicos. Si lo emocional adopta aquí pautas de racionalidad, lo será en el sentido en que se puedan aplicar dichas pautas a los mecanismos funcionales del sistema nervioso. El modo más usual de hacerlo es entender su función desde el punto de vista evolutivo. De hecho, sólo las emociones que cumplen una función clara, atribuible a un mecanismo subyacente claramente delimitado, son admitidas como emociones genuinas; son las llamadas en ocasiones ‘emociones básicas’ (Martínez, *Ibíd.*).

Martínez identifica posiciones intermedias entre el cognitivismo y el no cognitivismo, entre las cuales encuentra la teoría de la “valoración” (*appraisal*) de Lazarus (1991) o la teoría de Prinz (2004) de la valoración “corporal” (*embodied*), en la que emoción es una apreciación del estado del mundo, que constituye su tema relacional nuclear, a través de la percepción de un estado interno cuya función es advertirnos de ese estado del mundo. Martínez (2009, p. 110) encuentra que en general, se comparte con el cognitivismo el énfasis en el carácter intencional de la emoción: al igual que los estados paradigmáticamente intencionales, creencias y deseos, la emoción es un estado típicamente dirigido a un objeto. La emoción desempeñaría así un papel de puente entre lo corporal y lo cognitivo y su carácter racional se puede entender en el mismo sentido en que los estados intencionales sean racionales. Así, para Martínez (2009, p. 110) “es posible decir que una percepción es racional en la medida en que se encuentra conectada apropiadamente con el objeto percibido, también una emoción será racional cuando se produzca en presencia del tema nuclear que es su objeto intencional”.

Por otro lado, citando a Griffiths (1997) y a Frijda (1986), Martínez anota cómo diversas teorías de la emoción incluyen entre sus elementos característicos la existencia de una pauta de conducta asociada a la presencia del estado emocional, como la teoría del “programa de afectos” (*affect program*). Estas pautas de conducta son en general tendencias a reaccionar de cierta manera y en algunos casos permite distinguir unas emociones de otras.

Martínez (2009, p. 111), señala cómo desde estas miradas, la emoción típicamente dispara una tendencia a la acción y, aunque es posible ejercer cierto control o modulación sobre la misma, la tendencia a generar el comportamiento en cuestión persiste en tanto persiste el estado emocional.

Por su parte, Martínez (2009) analiza hasta qué punto son compatibles ciertas tesis acerca de lo que es la emoción, y de cómo se produce, con un compromiso

fuerte en relación a su rol en la acción racional. Distingue dos sentidos en que la emoción podría considerarse racional y postula la idea de que un compromiso fuerte con la implicación de lo emocional en la acción racional viene dado de aunar ambos sentidos en lo que se denomina como un sistema de acción racional.

Para Martínez (2009, p. 112), hay dos grandes sentidos en que las emociones pueden ser entendidas como racionales: contributivo y constitutivo. En el primer sentido, la emoción podría ser un tipo de fenómeno que contribuye a la acción racional. Es bien sabido que las concepciones ideales de la racionalidad plantean problemas cuando se trata de entender el ejercicio de la misma por parte de agentes finitos, situados y con recursos limitados. En este sentido, las emociones podrían desempeñar un papel en este ejercicio efectivo de la racionalidad por parte de personas del común, solucionando algunos de los problemas que tal ejercicio conlleva.

En sincronía con los argumentos presentados en la sección anterior, Martínez (2009, p. 112) retoma la evidencia acerca de cómo una emoción puede: proporcionar un mecanismo para reducir el foco de atención y dirigirlo hacia los aspectos más relevantes del problema que se intenta solucionar, reduciendo el número de alternativas pertinentes a considerar y el espacio de búsqueda de soluciones se hace más manejable (Evans, 2002); actuar de manera que los objetos a los que prestamos atención, nuestras líneas de indagación acerca de los mismos y las estrategias inferenciales que ponemos en práctica conformen un patrón determinado, dirigiendo nuestra acción hacia una dirección determinada (De Sousa, 1987); restringir la respuesta adecuada posible ante una determinada situación (Damasio, 1994); ayudar a las personas a tomar nota de la respuesta, por medio de un proceso de monitorización interna, y usar esta información para determinar una decisión (Martínez, *Ibíd.*).

El segundo sentido en que una emoción podría ser racional es constituyendo ella misma un estado o proceso de carácter racional. Un modo en que esta idea podría

tomar cuerpo sería que el procesamiento emocional se acogiera a algún criterio normativo, por ejemplo, del tipo establecido por algún sistema lógico. Las demandas podrían venir dadas por diferentes elementos, tanto de carácter individual, relacionados con la satisfacción de necesidades del agente a corto o a medio plazo, como de carácter social, que sancionan la emoción como razonable si se ajusta a una cierta norma del grupo (Martínez, 2009, p. 113). El segundo tipo de demandas, de carácter social, resulta crucial en de Sousa (1987), para quien una emoción es racional en la medida en que se ajusta a un “escenario paradigmático”, que es aprendido en la infancia a través de situaciones tipo en las que las respuestas adecuadas conllevan elementos tanto biológicos como culturales.

Adicionalmente, Martínez sostiene que el primer tipo de demandas están estrechamente relacionadas con el papel adaptativo de las emociones desde un punto de vista evolutivo; buena parte de lo que parece irracional en las emociones es parte de una estrategia efectiva para alcanzar los fines del agente y maximizar su éxito reproductivo (Frank, 1988). En este sentido, las emociones no constituirían estados disruptivos de mecanismos racionales de cálculo de medios-fines, sino que ellas mismas constituirían uno de tales mecanismos que, en muchos casos, proporcionaría una suerte de atajo hacia la acción más oportuna. Lo racional se entendería aquí como racionalidad del diseño (Martínez, 2009, p. 113).

Para Martínez (Ibíd.), los sentidos contributivo y constitutivo de la racionalidad emocional son, en principio, independientes. En primer lugar, es patente que algo que no está racionalmente constituido puede, sin embargo, contribuir a la acción racional. Respecto a las emociones, Greenspan (2004) ha señalado que a menudo se tratan como casos de “irracionalidad racional”, pues nos son útiles racionalmente, promoviendo nuestros fines a largo plazo, en parte porque funcionan como barreras a una deliberación racional posiblemente interminable. De ese modo, gran parte del trabajo científico considera las emociones capaces

de conexión causal con el pensamiento y acción racional, pero no capaces de racionalidad en sí mismas (Martínez, *Ibíd.*).

Martínez (2009, p. 113), señala que también puede ocurrir que un proceso constitutivamente racional no contribuya en realidad a la acción racional. Si consideramos, por ejemplo, el caso de emociones razonables en el sentido articulado por de Sousa (1987), nos encontramos con que un estado emocional puede ser racional por su ajuste a escenarios paradigmáticos y conducir, no obstante, a una acción manifiestamente desproporcionada y poco razonable. Para Martínez, (2009, p. 114) es precisamente, en tanto son reguladoras de la vida social, que las emociones pueden aparecer como racionales o razonables.

Martínez (2009, p. 114) explora en qué sentido una emoción, en tanto ligada a la acción, puede ser racional en ambos sentidos a la vez, esto es, constitutiva y contributivamente. Para entender la idea, Martínez propone pensar en un sistema ideal para el razonamiento práctico compuesto de una serie de reglas que operan sobre creencias y que desembocan en posibles cursos de acción. Este sistema también puede caracterizarse como racional desde el punto de vista constitutivo, cuando las reglas responden a unas determinadas normas respecto a qué transiciones de una creencia a otra creencia son admisibles, y desde el punto de vista contributivo, cuando el sistema ejerce una influencia efectiva sobre los mecanismos que controlan la acción. De manera análoga, la emoción sería racional en un sentido fuerte si puede entenderse en términos de un mecanismo racional que dé lugar a acciones racionales. Esto último es lo que Martínez denomina como un sistema de acción racional en sentido estricto.

Para Martínez (*Ibíd.*) el 'cognitivismo fuerte' permite, en general, concebir las emociones como racionales en los dos sentidos indicados, constitutivo y contributivo, pero el precio es una hiperracionalización de la emoción que pierde buena parte de su carácter distintivo y se incorpora al sistema de razonamiento práctico junto a los estados paradigmáticamente cognitivos. La alternativa es

considerar la posibilidad que la emoción constituya un sistema de acción racional por sí misma y no meramente como parte de un sistema más amplio. Un modo de dar cuerpo a esta idea es concibiendo la emoción como un sistema modular, es decir, un mecanismo de procesamiento relativamente independiente, y analizar las consecuencias de este enfoque con respecto a su presunta actuación racional.

En opinión de Martínez (2009, p. 127), existen dos problemas que subyacen a una mirada que acepta la posibilidad de que la emoción sea de tipo modular y al mismo tiempo constituya un sistema de acción racional (2009, p. 127): un problema de integración y un problema relacionado con la prioridad racional. Estos problemas obedecen al hecho de que modularidad y acción racional “tiran en direcciones opuestas”, ya que la modularidad apunta en la dirección de sistemas automáticos cuyo éxito se valora localmente, de manera relativamente independiente respecto al resto de información disponible para un agente. Para Martínez, la racionalidad, cuando se entiende en términos de la acción del agente, parece exigir un tipo de juicio global, en que se tiene en cuenta toda esa información disponible para el agente, a la hora de decidir si actuó de manera congruente con sus creencias y deseos. La conducta del agente no es una secuencia de acciones localmente producidas por los diversos subsistemas que lo componen, sino que aparece como unificada, de modo que el juicio que emitimos respecto a su racionalidad es unitario también. En la producción de la acción pueden intervenir muchos factores, pero es la congruencia de todos ellos la que nos proporciona la pista respecto a su carácter racional.

En este sentido Martínez se pregunta, ¿debemos abandonar la idea de que las emociones son un sistema de acción racional, o la idea de que son modulares? Para el autor, la primera opción implica un cierto retorno hacia la visión tradicional de las emociones: las emociones aparecerían en buena medida como impermeables a la regulación de la razón y, si bien su contribución puede ser razonable en la medida que su funcionamiento responda a los fines de su diseño evolutivo, su racionalidad se encuentra supeditada a la confluencia de tales fines

con las metas y juicios actuales del sujeto; cuando la producción del estado emocional interfiere con tales metas, la emoción deja de ser razonable, desde una consideración global de la conducta del sujeto, por mucho que pueda aparecerlo desde la perspectiva del diseño (2009, p. 128).

Para Martínez (Ibíd.), la segunda opción implica, por su parte, concebir lo afectivo de una manera más integrada con lo cognitivo. Esto no significa necesariamente cortar la emoción con el mismo patrón que las actitudes proposicionales, pero sí que asumir, contra el anti-cognitivismo, que éstas desempeñan algún papel constitutivo en el estado emocional. Por otra parte, quizás sea necesario reformular la propia idea de modularidad, o incluso de la propia arquitectura general de la mente y su relación con el entorno. Una reformulación en el primer sentido se encuentra en de Sousa (2006) o Russell (2006) quienes sugieren, desde perspectivas muy distintas, que un módulo emocional no tiene por qué haber sido seleccionado como unidad, sino que el mecanismo de una emoción puede constar de constituyentes modulares de un nivel más elemental que el de la emoción misma. Citando a Sneddon (2006), Martínez afirma que la segunda reformulación, viene de la mano de teorías que cuestionan la visión computacional de la mente y proponen una mayor plasticidad en la relación que los sistemas mentales tienen tanto entre sí como con el mundo (Martínez, 2009, p. 128).

5. Recapitulación

Después de haber realizado una aproximación que a manera de contexto permita familiarizar al lector con el estudio de las emociones, en general, y en particular con los fundamentos y perspectivas de la relación entre emoción y acción; podemos afirmar que lejos de comprobar la hegemonía y la persistencia de la dicotomía tradicional entre cuerpo y mente, al parecer las últimas décadas han dejado un importante y creciente avance. Dicho avance consiste en que hoy existe una tendencia que favorece una mirada positiva acerca de la emoción que contribuye a la fundamentación y desarrollo de una perspectiva amplia que integra

a las emociones dentro de la explicación del comportamiento humano en general, y de la acción en particular. Lo anterior satisface la primera de las tres tesis que motivan este trabajo.

Como se puede observar en las páginas anteriores, los avances recientes en neurociencia, y los debates en la filosofía de la emoción muestran una creciente convergencia temática entre quienes estudian las bases de la acción, en cuanto a que un modelo que no incorpore a las emociones, es un modelo incompleto, distorsionado y poco fiel con lo que son y hacen las personas que estudia. Sin embargo, es clara la divergencia explicativa de los diferentes autores, en cuanto a la naturaleza, significado y función de la emoción en general, y de su relación con la acción en particular.

Como se expuso al inicio de este trabajo la segunda tesis plantea que la obra de Jon Elster ofrece un primer paso hacia la integración de la emoción en un modelo amplio de la acción humana. Por eso a continuación revisaremos la propuesta que ofrece Elster a lo largo de su obra, con el fin de identificar la relación entre emoción y acción, y establecer algunas reflexiones sobre la misma.

II. Emoción y acción en la obra de Jon Elster

El objetivo de esta sección no es otro que el de abrir una discusión en torno la obra de Elster, en particular, sobre su propuesta en torno a las emociones, y las interrelaciones que genera con la mente, la acción y las normas sociales. Se escoge a Elster porque a pesar de ser un autor mencionado como referente dentro de la bibliografía dedicada a las emociones, pocas veces se presenta de manera específica su propuesta alrededor de éstas.

Elster ha sido para la filosofía y las ciencias sociales un gran camaleón. Por esta razón, y gracias a su prolífica producción resulta realmente difícil seguir un argumento lineal dentro de su obra, pues está marcada por discontinuidades y ajustes, que hacen de ella un terreno siempre abierto e insospechado de interpretación, reinterpretación y fértil reconfiguración de ideas y aproximaciones a problemas viejos y nuevos del comportamiento individual y social.

Elster ha sido uno de los pocos autores que ha dedicado gran parte de su obra a enfrentar de manera expresa las limitaciones de la teoría de la elección racional, introduciendo un modelo amplio que incluye otras motivaciones del comportamiento como las emociones y las normas sociales; además de prestar atención a las motivaciones dentro de la teoría de la acción y a la pregunta por la irracionalidad (Elster, 2007 y 2010), siguiendo los trabajos de autores como Donald Davidson (1995) y George Ainslie (2001 y 1992).

El capítulo se divide en siete secciones: la primera, busca identificar el rol de la mente en la configuración del comportamiento humano y particularmente de las emociones; la segunda, busca establecer cómo las emociones influyen en los individuos y propician ciertas tendencias sobre la acción; la tercera explora la relación entre racionalidad y emociones; la cuarta, define las interacciones entre las normas sociales y las emociones; la quinta hace énfasis en las

presuposiciones que subyacen la aproximación que hace Elster a las emociones; la sexta sección establece los vínculos entre emoción y acción. Finalmente se hace una reflexión crítica de la propuesta de Elster.

1. La mente

Antes de empezar la exposición de su teoría de las emociones y partiendo de los micro fundamentos que explican el comportamiento humano, Elster argumenta que la mente humana es el punto de partida para comprender las acciones e interacciones de las personas. Esto se ha logrado a través del sentido común y la introspección así como a partir de estudios más sistemáticos llevados a cabo por los psicólogos y de manera crecientemente, por los economistas del comportamiento (2007, p. 85)¹⁷.

Elster considera que el modelo de deseos y creencias, que soporta gran parte del trabajo reciente en la economía, tiene debilidades en tanto no siempre se pueden atribuir estados mentales a las personas ni tampoco resultados estables a lo largo del tiempo. Esta fragilidad radica en que no hay “hechos concretos” ni ningún estado mental estable y además, los investigadores asignan probabilidades subjetivas a los agentes asumiendo que estas pueden ser aplicables a todos los estados posibles del mundo (2007, p. 86).

A esto se suma que dichas situaciones pueden ser conceptualizadas de diversas formas dependiendo también de las preconcepciones específicas de los investigadores e incluso de sus creencias religiosas. Con esto la advertencia que realiza Elster, para comenzar el estudio de la mente, es que las emociones, creencias, deseos y preferencias deben ser analizados de manera distinta a los

¹⁷ Para un análisis bibliométrico de la proliferación de los artículos en economía del comportamiento ver Berggren (2010).

objetos, pues estas no son entidades estables ni duraderas y adicionalmente, dependen del contexto de los estados mentales de las personas.

Particularmente desde la psicología, el estudio de las emociones data de más de un siglo atrás y se ha incrementado rápidamente en las últimas décadas. A pesar del énfasis en el análisis científico de este tema, sigue siendo complejo realizar investigaciones de laboratorio con seres humanos por la cantidad de interrelaciones entre las emociones, los factores cognitivos involucrados, los aspectos contextuales, etc. No obstante, gran parte de los insumos que han tenido a su disposición los investigadores han provenido de novelas, obras de teatro y otras manifestaciones culturales y artísticas que generan intuiciones e hipótesis dentro de esta área (2002, p. 74).

Dentro del camino histórico que sigue Elster para explorar los orígenes de las explicaciones sobre emociones, el primer gran referente es Aristóteles quien desde la *Retórica* señala el papel de las emociones en la vida política griega. Esta obra estudia el arte de la persuasión mediante el discurso y es considerado como el “más antiguo tratado sistemático de la psicología humana en el pensamiento occidental” (Kennedy, 1991, p. 122).

En esta obra Aristóteles introduce dos contextos distintos sobre las pasiones: cómo variables independientes que explican el comportamiento (Libro I de la *Retórica*) y las emociones como variables dependientes de las creencias (precondiciones cognitivas) y estados sin antecedentes cognitivos (sed, pobreza, enfermedad, etc.) (2002, p. 78).

En el primer escenario, al ser variables independientes se parte del caso de los delincuentes, y se identifican los motivos por los que delinquen (por ejemplo, la ira como causa de la venganza), los estados mentales que intervienen en su comportamiento (como puede ser la creencia de que pueden evadir la justicia) y

los sujetos contra quien delinquen, que pueden ser sus enemigos (les resulta más agradable) o sus amigos (les resulta más fácil) (2002, p. 78). En este sentido, los motivos serían independientes de otro tipo de variables y harían que las pasiones actuaran de forma autónoma.

Por otra parte, en el Libro II las emociones son abordadas como variables dependientes que se comprenden en función de dos conjuntos de antecedentes: las precondiciones cognitivas, expresadas en las creencias que se tienen sobre un fenómeno y por otra parte, los antecedentes no cognitivos, como un estado previo a la emoción (por ejemplo, estar angustiado, con dolor, enfermedad, etc.). Aristóteles enfatiza que a pesar de que estas emociones pueden tener aspectos cognitivos que las preceden, en general, no son estados cognitivos en sí mismos.

La primera definición que ofrece Aristóteles sobre las emociones es que “son cosas que hacen que, al experimentar un cambio, las personas acaben por diferir en sus juicios y que vienen acompañadas de dolor o placer” (Aristóteles, 1378, pp. 21-22 en Elster, 2002, p. 79). Para Elster esta definición es engañosa, incompleta y muy amplia, puesto que no asume que las emociones no solo tienen efectos en la cognición sino que también están determinados por ella. No obstante, Elster reconoce que desde la teoría de la emoción se rescata la línea que sentó Aristóteles sobre los antecedentes cognitivos de las emociones y sus principios básicos (2002, p. 102).

Entre estos rasgos básicos que define Elster se pueden identificar distintos aportes de Aristóteles: i) la excitación, definida como las afecciones del alma (pasiones) que afectan el cuerpo; ii) las expresiones fisiológicas, que aunque evidentes para Aristóteles (palidez, enrojecimiento, etc.) no tienen ningún papel en sus explicaciones; iii) antecedentes cognitivos, que desmitifican la concepción habitual de que las emociones son conjuros y encantamientos sino que dependen de creencias que permiten tratarlas, modificarlas y diferenciarlas, aunque no

siempre son sus causas; iv) objetos intencionales, que en la obra de Aristóteles incluye la identificación de la persona hacia la cual se dirige una emoción; v) el placer y el dolor, que eran categorías generales que para este autor eran lo más cercano al caso típico; vi) tendencias de acción, que según Aristóteles constituían rasgos propios de algunas emociones y que tendían a restituir el equilibrio natural que ha sido interrumpido por el acontecimiento generador de la emoción (2002, p. 85).

Al revisar a este autor, Elster señala cómo en la tradición griega no se tenía la noción de que las emociones pueden ser el objeto de la cognición, pero a la vez que las reacciones emocionales pueden dar lugar a reacciones adicionales en el mismo sujeto. A pesar de que muchas de las ideas aristotélicas siguen sin desarrollarse, muchas de sus intuiciones, según Elster, se han incorporado a las teorías sobre la emoción en especial rescatando el valor del refinado análisis de los antecedentes cognitivos que hace Aristóteles (2002, p. 102).

El segundo hito histórico lo constituyen los moralistas franceses – Montaigne, Pascal, La Rochefoucauld y La Brùyere - quienes aportaron la identificación de los efectos causales de las emociones sobre la vida mental (2002, p. 103). Por ejemplo, en el caso de la envidia, La Rochefoucauld hace un análisis de sus efectos psíquicos y también de la relación entre esta emoción y otras como la vergüenza.

A pesar que estos cuatro escritores marcan la tendencia intelectual francesa, Elster señala cómo otros escritores estudiaron las emociones en ese periodo. Tal es el caso de Descartes quien ofreció un análisis sistemático de las emociones, aunque ignora los efectos psíquicos y las implicaciones indirectas que traen las emociones en la conducta (2002, p 105).

Particularmente, La Rochefoucauld aportó una incipiente teoría de las motivaciones humanas; La Bruyere introdujo la distinción entre interés, razón y pasión, y Montaigne consideró que las aspiraciones a la vida ideal debían estar guiadas tanto por la razón como por el placer (2002, p. 112).

Para Elster la gran contribución de los moralistas es señalar que las emociones en sí mismas pueden ser el objeto de la cognición, superando así el vacío que dejó Aristóteles al enfatizar, como ya se dijo, en los antecedentes cognitivos y las consecuencias cognitivas de las mismas (2002, p. 138). Estos autores permitieron revelar la realidad de la sociedad cortesana francesa en la cual era importante la reafirmación personal y en la cual las expresiones emocionales estaban ampliamente restringidas dadas las restricciones de las normas sociales.

Adicionalmente, y tal como se referenció antes, las emociones tienen un papel muy activo en la bibliografía, por lo cual Elster también hace un recorrido de los novelistas y dramaturgos que se han encargado de desarrollar la relación entre emoción y arte. El más representativo de ellos es Shakespeare (a través de personajes como Macbeth, Yago, o Hamlet, entre otros) pero se suman a lo largo de la historia autores como Racine, Madame de Lafayette, Jane Austen, Stendhal, George Eliot, entre otros. Aunque Elster no establece un conjunto común de conclusiones de estas obras, si reconoce que han avanzado en identificar a las emociones como generadoras de comportamiento y de otros estados mentales (2002, p. 172).

Desde los estudios neurobiológicos que retoma Elster de la obra de Damasio (1994) y LeDoux (1996) se afirma que las emociones mejoran la toma de decisiones en tanto ayudan a evitar la procrastinación¹⁸ y de hecho en ocasiones contribuyen a tomar la mejor decisión. En general el autor afirma que una decisión

¹⁸ Para revisar la postura de Elster sobre la procrastinación y su relación con la racionalidad y las emociones ver Elster (2010).

guiada por la emoción y la razón es mejor que una decisión conducida solo por la deliberación racional (1998, p. 59).

En el trabajo de Damasio (1994) basado en su investigación con pacientes con lesiones cerebrales el autor introduce que “reducir las emociones podría constituir una importante fuente de comportamiento irracional” (p. 53), y al final concluye que nuestras mentes hacen de las emociones una especie de “marcas somáticas” que evitan aplazar indefinidamente las decisiones. Como expone Elster lo que Damasio aporta es una comprensión de la manera en que las emociones hacen una contribución a la racionalidad (2006, p. 120).

A partir de los argumentos de De Sousa (1987) que identificó indeterminaciones en la Teoría de Elección Racional y Simon (1955) que introdujo el término de satisfacción en lugar de maximización, Elster genera un debate en torno al papel de las emociones en la racionalidad. En esta medida, introduce la reflexión diciendo que “por lo general, se piensa que la racionalidad y las emociones son cosas opuestas” (1997, p. 128), pues se asume que las emociones interfieren en la capacidad de formar creencias racionales y por consiguiente de tomar decisiones racionales.

Sin embargo, Elster defiende que las emociones están sujetas a criterios de racionalidad dado que limitan el rango de información y le ayudan a los individuos a priorizar sus objetivos y escoger con más facilidad dentro de un conjunto de opciones (1998, p. 60). Elster define entonces a las emociones como “un equivalente funcional a las facultades racionales”. Es así como para este autor las emociones facilitan la cognición en vez de obstruirla, y en últimas brindan un sentido y rumbo a la vida, pues sin emociones no habría motivo para actuar (1997, p. 128).

Ante esto, la crítica frontal que Elster hace a la Elección Racional, y como ya se mencionó antes, es que el modelo de creencias y deseos es frágil (2007, p.85) en tanto los estados mentales de los individuos no son siempre estables e incluso las predicciones que se realizan sobre los estados del mundo obedecen a conceptualizaciones particulares. Además, las personas probablemente hacen diferentes intercambios entre los costos y beneficios de sus acciones y en este cálculo se incluyen factores emocionales (1998, p. 55).

Parece ser que para Elster el punto fundamental de la acción basada en certezas y probabilidades no es válida y que en cambio, debería pensarse en aproximaciones diferentes de las creencias por ejemplo desde la noción de confianza. El impacto que esto tiene sobre el concepto de emoción es que así como no se pueden establecer determinantes del comportamiento a partir de creencias traducidas en probabilidades, las emociones también pueden ser complejas, ambiguas e inestables en el tiempo.

Esto sin contar con la influencia de los estados mentales inconscientes en las emociones, que son descritos por Elster (2007, p. 90) a partir de los postulados de Freud, específicamente los que indican que todos los seres humanos tienen deseos, emociones y prejuicios inconscientes.

Particularmente, las emociones inconscientes se identifican a raíz de las expresiones fisiológicas que se observan en el comportamiento humano. Uno de los ejemplos más analizados por Elster en su obra es el autoengaño como una forma de reprimir creencias. En este sentido, el autoengaño inconsciente es capaz de inducir estrategias indirectas de acción (por ejemplo, si alguien reprime la creencia de que su esposa sale con su mejor amigo, y para no correr el riesgo de verlos juntos, evita pasar por el barrio donde vive su amigo).

La conclusión de Elster sobre la mente inconsciente es que juega un rol similar al de la mente consciente pues también es capaz de configurar proyecciones y representaciones del futuro, así como de las acciones e intenciones de otras personas.

Retomando el nivel consciente de la mente, Elster afirma que las emociones también contribuyen a la formación de creencias racionales en tanto las bases cognitivas de las emociones incluyen conocimiento no consciente, por lo que podemos usar nuestras reacciones emocionales como insinuaciones para valorar inconscientemente una situación (2006, p. 120).

Es así como Elster se basa en los microfundamentos de las motivaciones para explicar problemas de interacción como el que ocurre cuando se contraponen el egoísmo y el altruismo. Existen muchos enfoques para entender las motivaciones humanas que van desde un continuo hasta aproximaciones tricotómicas o dicotómicas simples (2007, p. 93).

Como se dijo anteriormente, el espectro que define Elster para entender las motivaciones humanas oscila entre los anhelos viscerales y la pasión desmedida, y por el otro lado, la sensibilidad a las consideraciones de costos y beneficios que permean las decisiones racionales.

En este sentido los anhelos viscerales se definen como emociones que son lo suficientemente fuertes como para desplazar el resto de consideraciones. Ejemplo de este tipo de emoción es el sentimiento de vergüenza que mostró en 1996 un almirante de la Marina Estadounidense al descubrirse que tenía medallas a las que no tenía derechos, lo cual lo llevó a suicidarse; o el suicidio de seis franceses en 1997 a quienes se les descubrió con material pedofílico (Elster, 2007, p. 94).

Como se dijo estos anhelos viscerales se ubican en un extremo del espectro por su intensidad y tienen la potencialidad de bloquear la deliberación, la búsqueda de soluciones de compromiso del individuo e incluso pueden obstaculizar la toma de decisiones.

El otro extremo del espectro se representa por el paradigma del agente racional, que como se mencionó es sensible a los costos y beneficios de sus acciones. En un escenario radical, este agente no es perturbado por los anhelos viscerales incluidas todas las emociones. La acción de este tipo ideal de individuo solo se da cuando se ha dado un cuidadoso proceso de estudio de las alternativas, las circunstancias alrededor de las mismas y las consecuencias que cada una de ellas tendría sobre el individuo.

El punto medio de esta tensión sería definido por un comportamiento motivado tanto por los factores viscerales pero también por un poco de sensibilidad a los costos y beneficios de la acción (2007, p. 95). Tal es el caso de una persona que quiera buscar venganza, lo cual es motivado por un anhelo visceral, pero a la vez tenga en consideración que el momento y el lugar son fundamentales para tener la oportunidad de encontrar desprevenido a su enemigo.

Dentro del relato histórico que emplea Elster para soportar sus argumentos, se acude a los ya mencionados filósofos moralistas franceses del siglo XVII, retomando la distinción que hicieron entre interés, razón y pasión. Asumen el concepto de interés como la “búsqueda de la ventaja personal”, la pasión como los “impulsos viscerales, incluidas las emociones” y la razón como una idea más complicada de “motivaciones (prudenciales) de largo plazo” (Elster, 2007, p. 96). Elster rescata de este periodo filosófico que “la razón es pura, la pasión es ciega y el interés es sórdido” (Ibíd., p. 98).

También retoma a Freud en las distinciones de las motivaciones que hace este frente a los subsistemas de la mente. En general se resalta la idea de que el principio de realidad se confronta con los impulsos del *ello* (principio de placer) y el control punitivo de los impulsos del *súper yo* (la consciencia).

En todo caso para Elster, las emociones difieren de otros “factores viscerales” como el dolor o el hambre pues son desencadenadas por creencias (Loewenstein, 1996). Adicionalmente, las emociones son distintas de estos factores viscerales pues las primeras tienen una intencionalidad que está generalmente relacionada con los antecedentes cognitivos del sujeto.

Otras consideraciones relevantes de la mente tienen que ver con que en ocasiones las motivaciones que derivan de los estados mentales toman la forma de querer generar algún estado de cosas, pero este pensamiento “desiderativo” se basa más en deseos que en voluntades como lo reafirma Elster (2007, p. 103).

También en la mente ocurren estados que son fundamentalmente subproductos y que no se pueden provocar intencionalmente como lo son el deseo de la salvación o el deseo de dormir (Ibíd., p. 104). Se trata de estados que pueden suceder pero no por haber sido provocados intencionalmente por una decisión, e incluso es probable que los intentos de realizar los deseos sean poco eficaces y terminen empeorando el estado inicial de las cosas.

Dentro de las explicaciones de la mente, Elster además indica que existen motivaciones antagónicas en donde por lo general se impone la motivación más fuerte (Ibíd., p. 107), que a su vez está generalmente relacionada con la existencia de un compromiso. Incluso a nivel social, existe toda una serie de jerarquía de motivaciones (“meta-motivaciones”) que pueden influir a la larga sobre unas motivaciones menos fuertes. Es decir que cada sociedad o cultura del mundo se caracteriza por una jerarquía normativa de motivaciones que hacen que una

persona actúe por el motivo A y no por el motivo B si el orden social indica que A está en una posición más alta que la B. Esta misma escala y la jerarquía normativa de las motivaciones pueden conducir a ciertas emociones, que para ser transformadas necesitan de una reescritura cognitiva (Ibíd, p. 178).

En estas situaciones, la razón no es una variable causal independiente, puesto que solo induce una justificación posterior a acciones ya decididas con base en los otros fundamentos normativos mencionados. A propósito de estas motivaciones, Elster advierte que cuando “la pasión vence a la razón” puede querer tener a esta de su lado. Esto quiere decir que por la misma urgencia que impone la emoción, el individuo no se toma el tiempo de deducir cuál es realmente su interés e incluso, esta fuerza de la emoción puede ser de tal magnitud que el agente tal vez actúe sabiendo que lo hace en contra de su propio interés (2007, p. 111).

En conclusión, la mente es el punto de partida para entender cómo actúan las personas, sus motivaciones (desde la visceralidad a la racionalidad) y sobre todo es la base para comprender los cimientos cognitivos del modelo de acción que se presentará a continuación, el cual parte de las creencias y deseos de los seres humanos, y que introduce otros factores como las emociones. A pesar que Elster no ofrece una definición general de la mente, a través de sus argumentos se puede interpretar que la entiende como un conjunto dinámico de estados que se manifiestan a través de creencias y rasgos cognitivos estables que sirven de punto de partida para la comprensión del mundo, y como se introducirá más adelante, son vitales para la formación y transformación de emociones.

2. La acción

Según Elster, las emociones influyen sobre el comportamiento y propician ciertas tendencias sobre la acción (2007, p. 164). En esto hay un punto clave y es que aunque las emociones no siempre generen comportamientos efectivos, son

formas incipientes de comportamiento y no una simple conducta potencial (2007, p. 166).

Conceptualmente, Elster asume la definición de Frijda (1986) que señala que una tendencia a la acción es un “estado de disposición a llevar a cabo un determinado tipo de acción (...) Las tendencias de acción tienen el carácter de necesidades o impulsos” (Frijda, 1986, citado por Elster, 2002, p. 341).

Sobre este debate hay quienes afirman que las emociones no son acciones, pero este argumento ha sido ampliamente rechazado bajo el sustento de que las emociones son escogidas más que meros fenómenos involuntarias (Sartre, 1936; Shafer, 1976; Solomon, 1980; en Elster, 2006, p. 117).

Cabe aclarar que en la obra de Elster la acción no necesariamente es sinónimo de comportamiento, decisión y elección como en otras perspectivas filosóficas. En cambio se entiende el comportamiento como una categoría más general cuyo origen es interno al agente, mientras que la acción es un comportamiento intencional causado inicialmente por deseos y creencias (Ibíd, p. 185).

Adicionalmente, no todas las decisiones conducen a acciones por lo cual no son conceptos homologables. Por ejemplo, se puede decidir no hacer algo¹⁹, como en el caso de no salvar a una persona si esto implica un riesgo para uno mismo (2007, p. 185).

En la base de esto está la sencilla explicación de la elección racional, en la cual los deseos definen lo que el agente considera que “es posible”, mientras que las oportunidades son los medios entre los que el agente “puede” elegir. Sin embargo,

¹⁹ En este sentido Bartleby el escribiente de Herman Melville y su decisión: “preferiría no hacerlo”, invitan a un análisis más profundo.

esto parece no ser tan simple en tanto los deseos y oportunidades no son variables independientes (Ibíd., p. 187).

Las acciones entonces no ocurren de forma espontánea sino su consecución depende de dos procesos de filtro. Uno, es constituido por las mismas restricciones físicas, económicas y de otra índole que enfrenta un individuo; el otro, corresponde a determinar cuál de las acciones de un conjunto de oportunidad se va a llevar a cabo. Adicional a este argumento como complemento al incompleto enfoque de deseos y oportunidades, se debe mencionar que muchas veces en la lógica racional no se tiene en cuenta la aptitud del agente y otra serie de restricciones psicológicas importantes para el análisis (Ibíd., p. 189).

A pesar de esto, las oportunidades tienen mayor capacidad explicativa que los deseos, pues en esencia todos los seres humanos tienen los mismos deseos pero no todos las mismas oportunidades. Las oportunidades por tanto son más fáciles de observar según Elster y tienen mayor posibilidad de influir sobre el comportamiento. Pareciera entonces que es más fácil buscar transformar las oportunidades de las personas que sus propios deseos u opiniones (Ibíd., p. 192). Como se ha discutido en varias de sus obras (1997, 2002) Elster asume que el concepto de racionalidad, que comprende los anteriores elementos, es absolutamente subjetivo pues tanto la formación de creencias como de deseos está influenciada por rasgos distorsionantes y limitaciones (1997, p. 44).

Dada la explicación de las causas de las motivaciones y su relación con las emociones, la premisa última que describe Elster es que solo si la emoción inspira la acción se constituirá un paradigma del comportamiento racional. En este sentido Elster no considera que la emoción visceral constituya una acción racional.

Ante esto, es relevante el papel de las consecuencias dado que aunque no determinan completamente las motivaciones frente a la acción, sí son tomadas en

cuenta por los agentes en algunas ocasiones si estas son lo suficientemente importantes. El comportamiento económico, por ejemplo, es esencialmente consecuencialista, pues no se atribuye un valor intrínseco a las acciones (ahorrar, invertir, vender, etc.) sino que solo interesan los resultados que estas tienen sobre el individuo. Un ejemplo desde la psicología es la denominada “psicología de la tiranía” que expone cómo los argumentos consecuencialistas justifican medidas severas contra individuos que se lo “han merecido”, como lo que ha ocurrido con los terroristas (Elster, 2005).

Un caso especial de motivación no consecuencialista según Elster es el imperativo categórico de Kant, dado que no se toman en cuenta las consecuencias de la acción propia sino las consecuencias de un conjunto hipotético de acciones propias y de los demás (Elster, 2007, p. 100). Bajo la máxima de “haz lo que sería óptimo si todos hicieran lo mismo”, el imperativo categórico parte de un carácter consecuencialista de la acción dado que el agente hace lo que induciría el mejor resultado si todos hacen lo mismo. No obstante, cabe advertir que esas consecuencias no son las de su acción propia sino las de ese conjunto hipotético de decisiones entrelazadas entre sí.

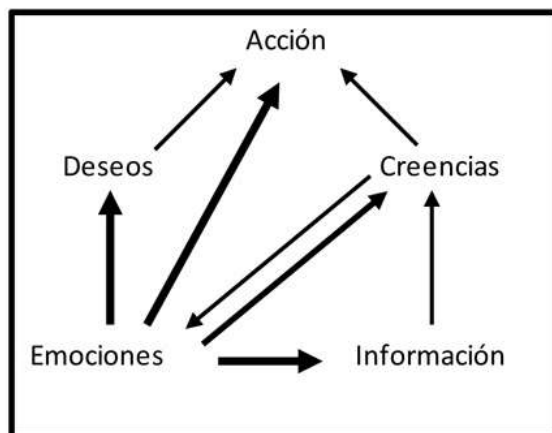
Las normas sociales son otro ejemplo de comportamiento no consecuencialista, puesto que las normas dicen qué se debe hacer a las personas, no porque sea posible obtener resultados deseables a partir de estos designios, sino porque la acción es imperativa en sí misma. Es decir, las acciones guiadas por normas no pretenden provocar resultados, sino evitar la censura de no haberlas realizado (2007, p. 101).

3. La racionalidad y las emociones

A lo largo de toda su obra Elster se encarga de enfatizar en cómo la racionalidad y las emociones no son caras opuestas. Por el contrario como se observa en el

gráfico siguiente las emociones influyen la formación de creencias y deseos, y por tanto son el engranaje fundamental para la acción. Así como lo dice Elster “las emociones tienen un papel indispensable en brindar un sentido y un rumbo a la vida. Sin emociones, no habría ningún motivo para actuar” (1997, p. 128).

Gráfico 5. Impacto de las emociones en las creencias, deseos y acciones



Fuente: Elster, 2007, p. 27.

El gráfico señala además las interrelaciones que se han venido explicando en secciones anteriores, como por ejemplo que las emociones dependen de las creencias, en tanto que existe cierto conocimiento de la situación que provoca una emoción justo antes de que surja la reacción emocional.

En cuanto al vínculo entre emociones y racionalidad, y sobre si las primeras pueden ser evaluadas como racionales a la luz de las creencias y deseos, Elster rebate el argumento de Robert Solomon, quien sugiere que las emociones “sirven a un propósito y son racionales, pero como los propósitos a los que sirven las emociones suelen ser cortos de vista, parecen no ser intencionales e irracionales” (Solomon, 1980, p. 265 en Elster, 1997, p. 132).

Para Elster debe cambiarse el enfoque y más bien considerar que la emoción es irracional en tanto exista una divergencia provocada emocionalmente entre el objeto intencional de la emoción y su causa (Ibíd, p. 133). Ejemplo de esto es la culpa que siente un individuo cuando llueve cuando sus amigos están de visita, lo cual es aparentemente inadecuado pues nadie puede controlar el clima.

Según el autor, este es un caso de una idea más general, que consiste en que las emociones son irracionales si se basan en creencias irracionales de la situación que las ocasiona (Ibíd., p. 135). También podría decirse que una emoción además de contaminarse por una creencia irracional, puede influenciarse por deseos irracionales o como Elster lo denomina “la satisfacción de un deseo no autónomo” (ejemplo de lo cual es querer que una estrella de cine advierta la presencia de un individuo en medio de una multitud).

En su apartado sobre emociones, Elster explica que el vínculo mediador entre la emoción y la acción es precisamente la tendencia a la acción, asumida como una preferencia temporaria (Ibíd., p. 171). Esto es porque las tendencias a la acción emocional no solo inducen un deseo de actuar sino un deseo de actuar lo antes posible, aunque generalmente las emociones más intensas pierden la intensidad con el paso del tiempo. Sobre esto se concluye que las personas no pueden prever que sus mismas emociones entrarán en declive en el futuro.

En este sentido, la conclusión de esta sección es que las emociones pueden ser racionalizadas por los deseos, solo si estas son reacciones apropiadas ante la frustración o la satisfacción del deseo. Así mismo, el deseo puede ser racionalizado por una emoción si este busca mantener las condiciones para la satisfacción del deseo que provoca la emoción o busca eliminar las condiciones que lo frustran. Pero dado que las emociones están causalmente involucradas en la producción de los deseos, no debe esperarse en general que la emoción sea racional en este sentido (Elster, 1997, p. 143).

4. Normas sociales

Las emociones no solo tienen relación con la acción sino con las normas morales y sociales, mediadas por la exposición a otros. Inicialmente, Elster sostiene que las emociones son capaces de sobrepasar tanto el interés como las normas sociales, pues los individuos pueden sentirse tan “cegados” por las emociones que no tienen en cuenta las consecuencias e inclusive no pueden percibir posibles sanciones que les puede acarrear el infringir una norma (1997, p. 94).

A pesar de esto, Elster reafirma la importancia de las normas sociales puesto que muchas emociones son esencialmente sociales pues “vienen provocadas por creencias que hacen referencia a otras personas” (2002, p. 173). Para algunos autores como Paul Ekman las emociones vienen determinadas por “reglas de expresión” que en términos simples se traduce en quién puede mostrar qué emoción, a quién y cuándo (Ekman, 1980, en Elster, 1997, p. 125).

Es por el tipo de normas sociales a las que se adscriben las personas, que varía el impacto de las emociones sobre la conducta y por esta razón, es que resulta tan complicado tener un conocimiento universal de las emociones pues las normas sociales varían de una sociedad a otra.

Sin embargo, Elster argumenta que las emociones sociales pueden ser clasificadas dependiendo de si implican una evaluación del objeto de la emoción y las que no. Por ejemplo las emociones no evaluativas corresponden al bochorno, la envidia y la avaricia mientras que entre las evaluativas se destacan la vergüenza, el odio, la culpa y otras provocadas principalmente por creencias de uno mismo o de uno mismo en comparación con los otros (Ibíd, p. 178).

Además de esta tipología, Elster caracteriza el papel que tienen las normas sociales en las emociones según cuatro rasgos: i) Adoptan la forma de imperativos (ejemplo: vestir de cierta forma) que pueden estar condicionados también a las circunstancias o a las conductas de otros (ejemplo: ayuda a quien te ayuda); ii) Son compartidas por otros miembros de la sociedad y estos saben que tienen que estar sometidos a las normas; iii) Dado este conocimiento se sabe que si se incumplen las normas se pueden generar castigos y sanciones²⁰; iv) Finalmente las normas en sí mismas son sostenidas por la emoción de la vergüenza interiorizada (Ibíd., p. 181).

Para Elster es supremamente importante el rol de la vergüenza puesto que, como se dijo en la sección anterior, es una de esas emociones que genera tendencias a la acción. Ejemplo de ello es que puede inducir agresión en un momento dado, pero en otro puede equilibrar las condiciones alteradas de otras emociones como en el caso de confesar cuando se tiene culpa sobre un hecho (Ibíd., p. 190). También la envidia es una de las emociones más estudiadas en la obra de Elster por generar efectos tan claros en la conducta, desde el ostracismo en Grecia hasta los intentos de los ricos por ocultar sus riquezas en los antiguos pueblos franceses.

Lo más interesante de los acápites de la obra de Elster sobre este tema es que así como las normas regulan las emociones, son las emociones quienes a su vez regulan las normas (Ibíd., p. 194) y esto se ha traducido en patrones específicos de normas sociales que como se mencionó varían de acuerdo a cada sociedad. Para ilustrar esto basta con mencionar que las normas sociales indican qué es apropiado sentir en ciertas situación (por ejemplo, sentir alegría en la boda de un pariente) pero a la vez las emociones respaldan las normas sociales (por ejemplo

²⁰Una anotación sobre esto es que muchas veces no importa tanto la sanción material sino la transmisión de actitudes emocionales de quien sanciona como por ejemplo una mirada respaldada con acciones sencillas como no invitar a alguien a una próxima cena (2006, p. 115). Un trabajo profunda acerca de la naturaleza, fundamentos y mecanismos de las normas sociales se encuentra en Bicchieri (2006).

sentir indignación en el observador y vergüenza en el agente ante cierta conducta reprochable) (1997, p. 92).

Precisamente las sociedades que se guían por normas morales han encontrado que la regulación por medio de la vergüenza y sostenida por la culpa en el caso de violación de las normas, es bastante incipiente y efectiva (2006, p. 115).

Para Elster entonces las emociones y las normas sociales están estrechamente relacionadas y aunque tradicionalmente han parecido “hermanastras”, su relación es tan importante que llega a concluir que las emociones participan de todas las normas sociales, bien sea porque son factores de imposición externa o interna; y adicionalmente, y como ya se dijo, las normas sociales regulan tanto las expresiones de las emociones como las emociones mismas (1997, p. 124).

5. Elster y las emociones

Según Elster toda la satisfacción humana ocurre en formas de experiencias emocionales (2006, p. 109) y algunas emociones son lo bastante fuertes como para desplazar todas las demás consideraciones frente a la acción (2007, p. 94), tanto el interés como las normas sociales. En este sentido, Elster realiza una aproximación de las emociones a partir de la teoría económica (1998) partiendo de ubicar a las motivaciones en un espectro entre los anhelos viscerales y la razón.

El autor hace un intento por superar los obstáculos entre la psicología y la economía, y las formas tradicionales de abordar las emociones solo desde la cognición (en el caso de la psicología) o de emociones estrictamente negativas como la envidia o la culpa que han sido empleadas sobre todo por los

economistas (1998, p. 47)²¹. En este punto se hace una crítica a los estudios de la psicología pues estos no han tenido en cuenta cómo las emociones generan comportamientos, es decir, se enfocan en tendencias de acción más que en acciones observables.

Dado esto se observa que Elster no sigue el argumento meramente cognitivo de los psicólogos y trasciende el ámbito de la mente descrito en un apartado anterior para rastrear las explicaciones del comportamiento (1998, p. 48).

Específicamente Elster argumenta que las emociones intervienen de tres formas en la vida humana:

- a. Como ya se mencionó en el apartado sobre la mente, ejercen influencia sobre los estados mentales especialmente sobre las creencias. Por ejemplo, un deseo de cierto estado que cuente con el respaldo de una emoción, la tendencia a creer es insuperable. Es el caso del amor y cómo este tiene efectos sobre lo que se cree.
- b. En segundo lugar, en un nivel de intensidad máximo las emociones son las fuentes más importantes de felicidad o desdicha. Incluso en la bibliografía se ha documentado cómo las emociones son más importantes en la felicidad que los placeres hedonistas y más determinantes en la infelicidad que el dolor físico.
- c. Finalmente, las emociones influyen en el comportamiento humano, como en los ejemplos que se mencionaron anteriormente sobre la existencia de un sentimiento de vergüenza y el posterior suicidio de quienes lo sintieron.

²¹Una de las principales críticas que hace Elster a la economía en este sentido es que esta disciplina ha descuidado el aspecto más importante de su campo de estudio que es la satisfacción humana y el importante papel que tienen las emociones en ella (2006, p. 110).

Tal como se expuso en la introducción, este texto pretende develar esa relación entre las emociones y las tendencias a la acción a partir de la obra de Elster.

Aunque Elster mismo aclara que no hay una definición convenida sobre las emociones y a pesar que las emociones no constituyen una clase natural (2007, p. 165) en su artículo de 2006 se atreve a decir que las emociones son “eventos mentales” y que las disposiciones emocionales son “disposiciones para que semejantes eventos mentales ocurran” (2006, p. 111).

En esta medida, las emociones pueden ser solamente un pequeño dominio bajo el control de la voluntad mientras que las disposiciones se podrían considerar moldeadas por la conciencia. En general, Elster destaca que un aspecto fundamental para comprender las emociones es que pueden llegar a alterar la apreciación objetiva que las provoco, es decir “que el objeto de la emoción es el retrato emocionalmente distorsionado de su causa” (1997, p. 119; y 2009).

Adicionalmente, Elster establece ciertas características comunes a la categoría de emociones, que determinan sus consecuencias sobre la conducta (1997, p. 116) y que son definidas bajo los siguientes seis rasgos comunes (2007, p. 166):

- Antecedentes cognitivos:

En primer lugar cabe decir que las emociones son diferentes de otros factores viscerales como el dolor y el hambre (sentimientos), y en cambio pueden ser desencadenadas frecuentemente por creencias del agente. Por ejemplo, el agente evalúa a partir de sus creencias si alguien que lo pisó en el metro lo hace porque actuó intencionalmente o por el contrario si fue por un accidente (2006, p.111).

Esto supone que las emociones no pueden ser estudiadas a través de investigaciones centradas en el comportamiento animal, pues la idea de que las creencias y los aspectos cognitivos son fundamentales para la formación de

emociones, limita el alcance explicativo de estudios animales debido a factores artificiales.

A pesar de que existen indicios de que los animales pueden formar representaciones mentales de objetos físicos (1983, p. 132) no hay evidencia sobre cómo los animales tienen estados mentales que se manifiestan a través de creencias, emociones o motivaciones (1998, p. 49).

- Excitación fisiológica:

Las emociones producen cambios radicales en el sistema hormonal y en el sistema nervioso que se traducen en signos físicos como el pulso cardíaco, la temperatura, respiración, etc. Se ilustra este caso cuando el pulso cardíaco aumenta al ver al ser amado.

Sin embargo, muchas veces se utiliza la denominación de estos signos físicos para referirse a múltiples estados, como en el caso de decir “temo que” que puede implicar una simple reacción emocional o un complejo entramado de deseos y creencias del tipo “me temo que va a llover” (1998, p. 50).

- Expresión fisiológica:

Así mismo se pueden identificar características observables en el cuerpo como enrojecimiento, risas, cambios en la voz, etc. En el mismo caso del enamoramiento existen características claramente evidentes a nivel físico como el enrojecimiento. Muchas de estas expresiones son directamente funcionales, mientras otras son subproductos de acciones más que elementos funcionales de las mismas acciones. Por ejemplo, tener un tono de voz determinado o apretar los labios puede seguir a una movilización general del cuerpo en contra del peligro, pero no ser el principal mecanismo de defensa.

Adicionalmente, las expresiones de emociones pueden usarse para señalar otras emociones, por ejemplo al usar posturas corporales y expresiones faciales para transmitir pesar, miedo o alegría, aunque esto es difícil de lograr (1998, p. 51). La diferencia entre expresión y la excitación es que la expresión de una emoción está hasta cierto punto a merced de la voluntad (2006, p. 112).

- Tendencias a la acción:

Las emociones propician impulsos a la ejecución de acciones específicas como por ejemplo la ira puede provocar una acción de venganza en contra de un malhechor. Esto es lo que Frijda (1986) denomina los “estados de preparación para ejecutar un cierto tipo de acción”. Estas tendencias se traducen en urgencias o impulsos que dan paso a una acción inmediata.

Sin embargo, Elster menciona que las normas sociales pueden inhibir las tendencias a la acción espontáneas (1998, p. 51) o en el caso de la venganza, por ejemplo, pueden ampliar el rango de acción de las tendencias.

- Objetos intencionales:

Las emociones se refieren a algo, y esto las diferencia de otros fenómenos viscerales como el hambre. Ejemplo de esto es la culpa que experimenta una persona cuando fue injusta en el trato a otra persona.

La intencionalidad de una emoción no solo se enfoca hacia una persona sino a un estado de cosas como, por ejemplo, la indignación con la pobreza mundial. Usualmente, el objeto de la emoción está estrechamente relacionado con su antecedente cognitivo (1998, p. 49).

- Valencia:

Este término, acuñado desde la psicología, define la dimensión dolorosa o placentera de las emociones dependiendo de cómo se experimenten, donde el punto cero es denominado como de “indiferencia emocional”.

Aunque las emociones que tienen alto grado de excitación, también tienden a estar en una posición alta en su valencia positiva o negativa, hay excepciones como la nostalgia que se cataloga como alta en excitación pero neutral en términos de valencia. No obstante, como se dijo, la mayoría de las emociones que tienen alta excitación tienen alta valencia y esto contribuye a que exista una urgencia en términos de tendencias a la acción (1998, p. 51).

Adicional a la definición de rasgos, Elster categoriza las emociones dentro de tres grupos principalmente (Ibíd, p. 167):

- i) *Emociones evaluativas* que implican una evaluación positiva (valencia positiva) o negativa (valencia negativa) del comportamiento. Así mismo, si el comportamiento de un individuo propicia una emoción, ese comportamiento se puede dirigir hacia uno mismo o hacia un tercero. Dadas estas distinciones Elster define alrededor de once emociones en esta categoría (2007, p. 167):
 - Vergüenza: Se provoca por una creencia negativa sobre el carácter de uno mismo.
 - Desprecio y odio: Son provocados por creencias negativas acerca del otro. Si el otro es percibido como inferior se produce el desprecio, mientras que si la percepción es de que es malo se produce el odio.
 - Culpa: Surge cuando existe la creencia negativa sobre la acción de uno mismo.
 - Ira: Se genera por una creencia negativa sobre la acción de otro hacia uno mismo.

- Indignación cartesiana (dado que el primero que la identificó fue Descartes): Se provoca por una creencia negativa acerca de la acción de otro hacia una tercera persona.
 - Altivez: Se provoca por una creencia positiva sobre el carácter de uno mismo.
 - Agrado: Se genera cuando existe una creencia positiva sobre el carácter de otra persona.
 - Orgullo: Se provoca por una creencia positiva sobre la acción de uno mismo.
 - Gratitud: Es causada por una creencia positiva sobre la acción de otro hacia uno mismo.
 - Admiración: Se provoca por una creencia positiva acerca de la acción de otro hacia una tercera persona.
- ii) Emociones generadas por el merecimiento o inmerecimiento de un bien o mal por parte de otra persona. En esta categoría lo importante no es la acción individual como tal sino el estado de cosas en general. Se pueden distinguir siete de ellas:
- Envidia: Se causa por el bien merecido de otra persona²².
 - Indignación aristotélica: Generada por el bien inmerecido de otra persona.
 - Resentimiento: Se provoca por la inversión de una jerarquía de prestigio, cuando los percibidos como inferiores alcanzan una posición dominante.
 - Simpatía: Se causa por el bien merecido de otra persona.
 - Compasión: Causada por el mal inmerecido de otra persona.
 - Resentimiento: En esta versión es causada por el mal inmerecido de otra persona.
 - Regodeo: Generado por el mal merecido de otra persona.

²² Aquí aparece una de las emociones más interesantes citadas por un gran número de autores y que se denomina *Scheinefreunde* o la molestia generada por los logros de otros, y que se conecta con la indignación aristotélica.

- iii) Emociones generadas por las cosas buenas o malas que nos ocurrieron u ocurrirán, tales como la alegría y la pena.

Estas emociones se inducen principalmente por las creencias aunque también se sostienen por la probabilidad de que ocurran (como la esperanza, el miedo, los celos o el amor) o por pensamientos contra-fácticos de que podrían haber ocurrido o lo que uno podría haber hecho (como la desilusión, la pesadumbre o el júbilo).

Aunque en la sección anterior se mostró cómo las emociones se relacionaban con la acción, las emociones también pueden afectar la formación de creencias tanto directa como indirectamente, es decir, pueden producir creencias sesgadas o creencias de baja calidad. Por ejemplo, los sentimientos de miedo visceral puede hacer creer a los individuos que los peligros son más grandes de lo que en realidad son (como una rama que cae en un bosque oscuro y que conduce a interpretar como alarmantes otros sonidos, Elster, 2007, p. 177).

Respecto a las expresiones de las emociones y retomando a Frank (1988), Elster afirma que estas están bajo el control parcial del individuo y que las simulaciones de ciertas emociones pueden ser detectadas y resultar muy costosas para quien las realiza (1998, p. 52).

Sin embargo, si es posible bloquear las emociones al principio²³. Desafortunadamente emociones como la ira tienden a tener “puntos de no retorno” más allá del cual no existe auto-control. Elster sustenta que por lo general el individuo detecta esta situación mucho después del “punto de no retorno” (ejemplo de lo cual es darse cuenta de la ira o estar enamorado) (Ibíd, p. 54).

²³ Un punto que retoma el debate sobre si las emociones pueden ser moldeadas a través de la educación, para una apuesta sobre educación y emociones ver Goldie (2000) y Chaux (2012).

Así mismo, Elster se detiene a ver las implicaciones de las emociones sobre las medidas de bienestar, destacando que si bien son componentes subjetivos, contribuyen de una u otra forma al bienestar de los seres humanos²⁴. Sin embargo, Elster mismo advierte que no conoce muchos argumentos convincentes sobre que todas las disposiciones emocionales existen por su conveniencia biológica o para la optimización social (2006, p. 113).

En cuanto al carácter universal de las emociones, se debe tener en cuenta que algunas de ellas son evidentemente universales como es el caso de la felicidad, la ira, el miedo, etc., mientras que otras dependen del contexto en el que se den como el término “*amae*” en Japón que traduce “indefensión y deseo o anhelo de ser amado”. De manera inquietante Elster sostiene que si una emoción no fuera contextualizada explícitamente, podría tener menos manifestaciones de conducta, ejemplo de lo cual es que tal vez algunas personas nunca se habrían enamorado si no hubieran escuchado hablar de amor (2007, p. 180)²⁵.

La conclusión frente a este asunto es que el debate sobre si las emociones son universales o culturalmente específicas permanece abierto. Una posición intermedia podría ser que las emociones son universales en tanto tienen expresiones comportamentales y fisiológicas que son comunes a todas las sociedades, pero también de alguna forma tienen la influencia de creencias marcadas por el contexto (1998, p. 48).

Un aspecto que Elster introduce es el papel de la planeación como medio para inducir racionalidad en el momento en que aparecen las emociones. Esta idea data de Seneca y Plutarco que sugieren la idea del “auto-control emocional”. La versión contemporánea de esta idea es la psicoterapia.

²⁴La relación entre las emociones y el bienestar se ha asumido desde dos enfoques: El primero advierte que las emociones son fuente inmediata de felicidad o infelicidad, y el segundo, que las disposiciones emocionales podrían dar forma al resultado de esos encuentros felices o infelices (Elster, 2006, p. 118).

²⁵ Viene a la mente el personaje de ciencia ficción: el señor Spock.

Para que alguna estrategia de este tipo sea racional deben cumplirse tres condiciones: 1) que exista una tecnología eficiente y confiable para la planeación de las emociones; 2) que el curso de los eventos externos sea razonablemente predecible; 3) que el costo del uso de esa tecnología no exceda los beneficios (Ibíd, p. 56). Sin embargo en un artículo posterior (2006) Elster advierte que el elemento inesperado intensifica muchas de las emociones positivas y que por tanto, no permiten mucha planificación (2006, p. 119).

Finalmente, además del autocontrol en la obra de Elster se explora la posibilidad de manipular las emociones de otros. Un ejemplo que se retoma es la retórica (analizada inicialmente por Aristóteles) como método para moldear creencias a través de las emociones. Elster ve muchas dificultades en su eficacia puesto que, como ya se mencionó anteriormente, es complejo simular emociones que no se tienen (Ibíd, p. 57).

Elster sustenta dentro de sus conclusiones que la tarea más urgente es entender cómo las emociones interactúan con otras motivaciones para producir comportamientos (Ibíd., p. 73). Es enfático en decir que el rol de las emociones no puede ser reducido a un simple modelamiento bajo parámetros racionales, sino que se debe considerar el doble rol de las emociones: como modeladores de decisiones, así como recompensas de las mismas.

6. Las emociones y la acción

Elster ilustra en varias de sus obras (2004 y 2006), que la tendencia a la acción dependerá de la emoción como se observa en la siguiente tabla.

Tabla 1. Emociones y tendencias a la acción

Emoción	Tendencia a la acción
Ira	Causa el deseo de que el objeto de la ira sufra (venganza)
Odio	Causa el deseo que el objeto del odio deje de existir
Desprecio	Ostracismo, anulación
Vergüenza	Esconderse, desaparecer, suicidarse ²⁶
Culpa	Confesar, hacer expiaciones y reparaciones, hacerse daño a sí mismo
Envidia	Destruir el objeto de su envidia o a su propietario
Miedo	Correr, luchar
Amor	Acercarse y tocar a otro, ayudar a otro, complacer a otro

Fuente: Traducción no autorizada basada en Elster, 2004, p. 152 y Elster, 2006, p. 112.

Esta tendencia a la acción es una preferencia temporaria y como se observa en la tabla las emociones como la ira, la culpa, el desprecio y la vergüenza se relacionan más con las normas sociales y morales. Algunas de estas tendencias incluso propenden por restablecer equilibrios, del tipo “ojo por ojo”, lo cual se conoce como “equilibrio moral” en donde como se dijo, la tendencia a la acción tiene un carácter restaurativo (2007, p. 173).

²⁶ Llama la memoria el suicidio del hijo de Bernie Madoff en el aniversario de la entrega de su padre.

Las tendencias a la acción emocional no solo inducen un deseo a actuar sino que imponen un deseo de hacerlo lo antes posible, definido no en términos de impaciencia (relacionada más con la preferencia a una recompensa temprana que una posterior) sino como una urgencia, entendida esta como la preferencia por la acción temprana sobre la acción ulterior.

Así las cosas, la urgencia de las emociones afecta la formación de creencias tanto directa como indirectamente. Si el efecto es directo, el resultado es la formación de creencias sesgadas (creencia que distorsiona las implicaciones de lo que en realidad es un fenómeno como un paseo por el bosque) y si es indirecto, se forman creencias de baja calidad (creencia basada en información poco óptima).

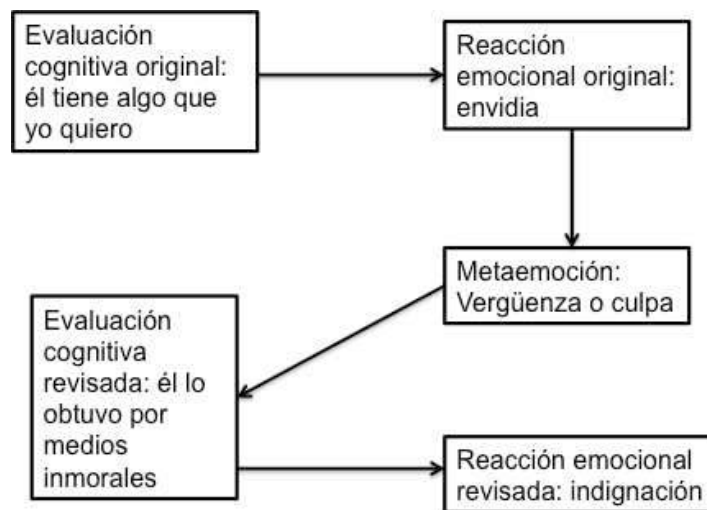
Teniendo en cuenta los argumentos expuestos a lo largo de este capítulo, para Elster el vínculo fundamental entre emoción y acción es la cognición. Esta relación se desarrolla a partir de tres relaciones causales (2004, p. 158): i) Las emociones tienen antecedentes cognitivos; ii) Las emociones pueden ser el objetivo de la cognición y iii) Las emociones pueden dar forma o distorsionar la cognición.

Dichas interrelaciones se pueden presentar de formas muy complejas pues implican la transmutación de las emociones como resultado de las amenazas a ellas mismas. El fenómeno de transmutación implica el hecho de que adoptar o modificar una motivación requiere de una reescritura cognitiva.

Por ejemplo, la envidia es desencadenada por la cognición en la medida en que existe algo que un individuo quiere; sin embargo, la emoción misma puede tener una fuerte presión cognitiva y cambiar las creencias de un agente. En este caso, la envidia pareciera ser una emoción horrible pero puede ser transmutada a una emoción sustentada por una justa indignación o una justa ira (para Elster el antisemitismo es un ejemplo de este mecanismo) (2004, p. 158). El

funcionamiento de un ejemplo de transmutación se expone a través del siguiente gráfico:

Gráfico 6. Transmutación de la emoción



Fuente: Elster, 2007, p. 179.

Adicionalmente, las emociones pueden afectar la acción en tanto pueden impedir la capacidad de anticipar futuros estados emocionales, como por ejemplo, en el caso de una persona que en “frío” quiere tratar de imaginar lo que sentiría en un estado de excitación (Ibíd., p. 159). A esto se suma, que en general las personas son con frecuencia incapaces de prever el declive de sus emociones y pierden

todo sentido de futuro al creer que siempre estarán acompañadas de dicha emoción.

En conclusión, Elster sostiene que las emociones son “eventos mentales” que tienen un importante rol en la vida humana pues influyen las creencias, son las fuentes más importantes de felicidad o desdicha, y finalmente, influyen directamente en la acción. En un ejercicio de construir puentes entre diversas disciplinas como la psicología y la economía, Elster parte de un ejercicio de comprensión de la mente de los individuos y de su papel en la configuración de motivaciones y creencias.

Precisamente, el modelo de acción que respalda Elster parte de las creencias y deseos de los seres humanos, pero incluye a las emociones como elementos que generan tendencias a la acción y por tanto se constituyen en formas incipientes de comportamiento. Sobre el papel de las emociones en la racionalidad, Elster defiende que las emociones son vitales para la racionalidad en la toma de decisiones en tanto limitan el rango de información y la priorización de objetivos.

Elster concluye que el debate sobre la naturaleza universal o específica de las emociones está abierto dado que las normas sociales determinan el impacto de las emociones en el comportamiento y diferencian las respuestas observables de una sociedad a otra.

Finalmente, en torno a la relación entre emoción y acción, Elster asume que el vínculo básico entre ellas es la cognición, lo cual supone que las emociones, como se ha dicho, tienen antecedentes cognitivos, pero a la vez pueden ser el objeto de la cognición, y pueden adicionalmente, moldearla o distorsionarla.

7. Reflexiones sobre los vínculos entre emoción y acción en la propuesta de Jon Elster.

Teniendo en cuenta el recorrido histórico y la evolución del concepto de emociones que Elster ha venido construyendo, el objetivo de este acápite es elaborar una mirada crítica hacia los postulados de Elster y en particular, a la relación que define sobre emoción y acción. Se advierte que este autor es uno de los exponentes más importantes en la teoría contemporánea de las emociones, y su gran fortaleza se centra en recrear una mirada multidisciplinar de este fenómeno. En este sentido Elster, logra ofrecer un marco amplio que concibe un lugar integral para las emociones en relación con el comportamiento, la interacción social, así como con los contextos sociales y culturales.

Así, la articulación de pautas psicológicas y económicas en las que enfatiza Elster ha definido una mirada innovadora en las ciencias sociales, no solo sobre las emociones como conceptos abstractos sino como elementos que interactúan con los antecedentes cognitivos del individuo y con el contexto del cual hace parte.

Esta sección busca establecer tres grupos de reflexiones en torno a la propuesta acerca de las emociones en la obra de Elster: i) Sobre las categorías conceptuales; ii) Sobre el modelo de comprensión de las emociones; y, iii) Sobre la relación entre emoción y acción.

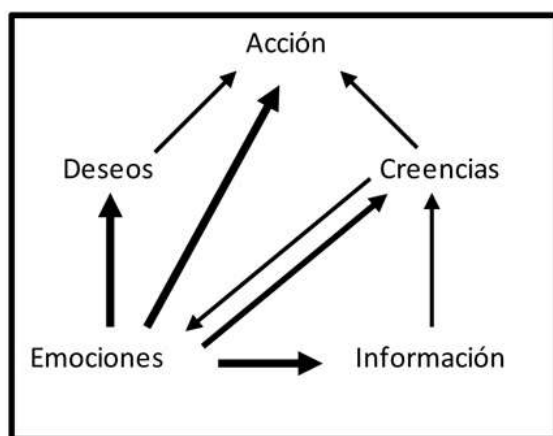
En primer lugar, sobre las categorías conceptuales cabe notar que, aunque las explicaciones de Elster parten de los micro fundamentos de la acción humana, no se hace una definición explícita de la mente como eje central del argumento, a pesar que son reiteradas las menciones de este aspecto. No obstante, y a partir de los matices de aproximaciones de Elster, esta tesis buscó construir una definición tentativa de la mente entendiéndola como un conjunto dinámico de estados que se manifiestan a través de creencias y rasgos cognitivos estables que

sirven de punto de partida para la comprensión del mundo y que inciden en la formación y transformación de emociones.

La importancia de la mente no es solo por cuestiones semánticas, sino porque es alrededor de los antecedentes cognitivos que Elster realiza sus principales aportes. La reivindicación de los factores psicológicos impacta en la configuración de la concepción misma de emoción, que como se expuso anteriormente, es definida como un “evento mental” que afecta la vida humana al estar relacionada con eventos de felicidad o desdicha.

En este sentido, la reflexión principal iría en vía de destacar la naturaleza micro fundamentada de la definición de Elster, pero a la vez en llamar la atención sobre la falta de precisión conceptual que podría permitir al lector no solo ubicar a la mente como eje central del argumento, sino a la vez establecer sus bases ontológicas, epistemológicas, y axiológicas. La filosofía puede dar luces en este último aspecto, pues la discusión en torno a la mente ha generado un incesante debate en la filosofía de las emociones, que ha trascendido sus fronteras y ha llegado a ser fuente de insumo para otras aproximaciones en las ciencias sociales.

En segundo lugar, Elster introduce un modelo para la comprensión de la acción que amplía las tradicionales aproximaciones conceptuales monocausales y lineales, y dota de multidimensionalidad el análisis.



Este esquema, presentado detalladamente en el apartado anterior, indica que las emociones afectan y son afectadas por las creencias, y así mismo impactan la configuración de los deseos. Sin embargo, no es tan claro cómo Elster llega a este modelo multicausal de la acción, transversal a toda su obra.

En uno de sus libros más recientes Elster hace una crítica frontal al modelo de creencias y deseos argumentando que es frágil (2007, p. 85) ya que como los estados mentales de los individuos no son estables, la capacidad de generar predicciones sobre las motivaciones, emociones y creencias sería bastante reducida.

Sin embargo, y como se ve en el modelo, el punto de partida es el mismo, es decir, los deseos y creencias como base de la acción humana, y las emociones como factores que los afectan. Es por esto, no se puede aseverar que Elster está en contra del modelo de elección racional, pues además de que lo invoca en su modelo de comprensión de las emociones, es reiterado el énfasis de cómo la racionalidad y las emociones no son caras opuestas.

Adicionalmente, al hablar del punto medio de la tensión entre factores viscerales y el radical cálculo racional, Elster sigue promoviendo una visión neutral orientada por los asuntos emocionales pero que a la vez sea sensible a los costos y beneficios de la acción dada la probabilidad que implican las creencias.

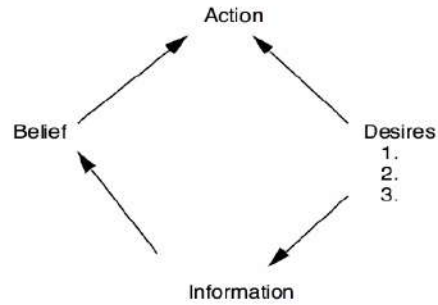
La reflexión a la que se quiere llegar es que así como no se diluye el modelo de deseos y creencias, lo que ocurre es que el modelo se fortalece pues es el punto de partida y llegada de la explicación causal de Elster sobre las emociones y las acciones.

Finalmente, sobre la relación entre emoción y acción, Elster es enfático en que las emociones influyen sobre el comportamiento y propician ciertas tendencias sobre la acción, que dadas unas señales de urgencia, impactan en el modo de actuar de un individuo. En este punto, vuelve a aparecer la importancia del modelo de deseos y creencias pues la acción, para Elster, es un comportamiento intencional causado por estos dos elementos.

Ante esto, se extraña en el modelo de comprensión, cómo la acción interactúa con los demás elementos, pues pareciera ser el punto final en el que confluyen deseos, creencias, emociones e información, pero no se indica cómo las acciones también son potenciales moldeadoras de emociones, deseos y creencias. Desde la misma mirada multidimensional que defiende Elster, parece estar incompleto el flujo de retroalimentación y a partir de esto, se sugeriría entender que la acción es también sujeto activo de transformaciones sobre lo cognitivo y lo emocional, pues actualiza los mecanismos tradicionales de resolución de problemas y los adapta a las necesidades del entorno (ver Mantzavinos, 2001). La salida a este problema al parecer yace en los mecanismos de aprendizaje, y en los efectos mentales que tiene la iteración de las situaciones.

Sobre este punto de la multi-direccionalidad del modelo de comprensión de la acción, Roger Petersen (2002, 2005, 2006) corrige y complementa la propuesta de Elster, y destaca que las emociones inciden en los conjuntos de oportunidades de una colectividad dotándolas de una dirección particular y creando un sentido de acción urgente. Para ilustrar el modelo tradicional Petersen señala que el flujo empieza por la información que reciben los miembros de una comunidad, los cuales posteriormente forman una creencia que a su vez produce una acción, y esta así mismo activa un deseo que la impulsa.

Gráfica 7. Ciclo de acción sin referencia a la emoción

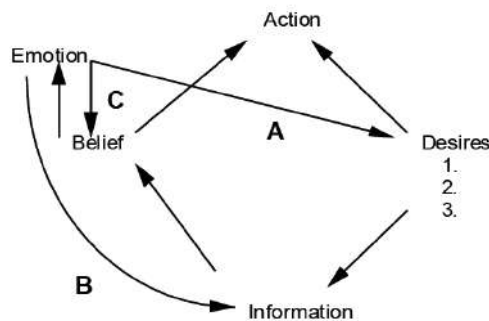


Fuente: Petersen y Zukerman (2009) p. 155.

Sin embargo Petersen va más allá señalando cómo el tradicional esquema de deseos y creencias omite el papel de las emociones en la dinámica. En el modelo del ciclo de acción ampliado, que el mismo autor propone, las emociones entran a hacer parte del esquema al influir en las creencias, acciones, deseos y en la información sobre el mundo señaladas en el gráfico X con las letras A, B y C. Un ejemplo claro de cómo las creencias pueden desencadenar emociones lo constituye tener la creencia de que existen amenazas y eso puede dar paso a una emoción como el miedo.

Así mismo las creencias y la información retroalimentan a las emociones, como también se muestra en el modelo.

Gráfica 8. Ciclo de acción con referencia a la emoción



Fuente: Petersen y Zukerman (2009, 155)

En la relación A, donde las emociones ejercen influencia sobre los deseos, Petersen asevera que las primeras actúan como una especie de "switch", dado que los individuos pueden valorar cosas como el dinero, la venganza, el amor, etc., pero solo las emociones impulsan al individuo a actuar sobre algunos deseos y no sobre otros (Petersen, p. 156). Como ya se mencionó el efecto último de la emoción en este contexto es crear esa "urgencia de acción" que no tiene en cuenta futuros pagos por otras preferencias y a partir de la cual, ciertos deseos toman tanta fuerza que parecen incluso obsesiones.

La segunda relación es la que vincula a las emociones con la información (efecto B), y en este caso, el papel de una emoción es la búsqueda de información que sea congruente con ella. Por ejemplo, tener una emoción asociada al miedo genera que un individuo trate de buscar información sobre el objeto de este. Sin embargo, si solo se concentra en parte de la información la creencia puede ser sesgada, como en el caso del miedo a una catástrofe en donde si una persona se enfoca en los peligros deja pasar información valiosa sobre factores positivos que disminuyen el riesgo y puede terminar consolidando una creencia sesgada de que no hay nada que hacer frente a las catástrofes.

En tercer lugar (efecto C), las emociones pueden influir en la formación de creencias si son vistas como "evidencia interna" y las creencias se transforman a partir de esta evidencia. Es común identificar cómo algunos individuos actúan de manera diferente frente a la misma información, pues se pueden generar creencias distintas de acuerdo a la interpretación que se le da a la emoción.

Este modelo explicativo de Petersen comparte con el de Elster la incorporación de rasgos estables para la definición de emociones. Para este autor, estas características se centran en excitación, expresión, sentimiento, antecedente cognitivo y tendencia hacia la acción. Así mismo, los dos autores comparten la

premisa de que las dos últimas características son las más relevantes a la hora de hacer un marco comprensivo de la influencia de las emociones sobre las acciones.

Otro elemento para destacar es que en Elster el vínculo fundamental entre emoción y acción es la cognición. Esto parece lógico en tanto la interrelación del modelo de comprensión parte de los antecedentes de creencias y motivaciones que tienen los individuos y que parece ser la piedra angular de los supuestos epistemológicos que sostiene Elster.

Si Damasio argumenta que las emociones hacen una contribución a la racionalidad (2006, p. 120), la contribución final que parece hacer Elster a los dos elementos es la mediación de lo cognitivo entre la emoción y la acción. A todas luces este argumento es novedoso pues supone una reelaboración de la relación estática que se asumía entre una causa (emoción) y un efecto (acción), y además abre un nuevo debate al papel del aprendizaje como mecanismo de transformación de creencias y potencialmente, de acciones. En resumen, si Elster define a las emociones como “un equivalente funcional a las facultades racionales”, la cognición sería un equivalente funcional a la razón y a la emoción.

8. Recapitulación

Sin duda, los aportes de Elster han ofrecido un avance hacia la construcción de un modelo amplio sobre el comportamiento humano que integre a las emociones dentro un marco multidimensional, complejo, y marcado por la importancia del contexto y del aprendizaje. En particular, junto con un puñado de autores, Elster sembró la semilla de la crítica del modelo clásico que concibió a la teoría de elección racional, y desde una mirada amplia ha cosechado una comprensión más realista sobre el comportamiento individual y social.

Recordemos que la segunda tesis propuesta en este trabajo, yace en que la obra de Jon Elster ofrece un primer paso hacia la integración de la emoción en un modelo más amplio y convergente. Ese primer paso tiene que ver con que en su pretensión de criticar tanto al modelo de deseos y creencias, así como a la teoría estándar de la elección racional, Elster ofrece una mirada que integra las emociones como elemento clave para ampliar y reconfigurar el modelo estrecho de la arquitectura de la mente y de la acción humana.

En este sentido la propuesta de Elster parece buscar armonizar las divergencias explicativas de muchas de las posturas dentro de la filosofía de las emociones, pues ofrece una mirada similar al del consenso pro-emoción. Sin embargo, y aunque otorga un papel a la emoción dentro de las motivaciones humanas, no queda muy clara la ruptura con el modelo de deseos y creencias, y se centra en la importancia de las emociones como fenómeno cognitivo.

Pese a esto Elster logra concebir un modelo que admite la coexistencia entre los aspectos negativos y positivos de la emoción para la decisión y la acción, así como la irracionalidad. No obstante, como se ilustró arriba, para Elster la emoción está muy lejos de ser antagonista de la racionalidad, y de hecho coincide con muchos otros autores que presentan evidencias conducentes a comprender el importante papel de la emoción en la generación y la regulación de la acción individual y social.

La fortaleza de la propuesta de la obra de Elster en torno a la emoción yace en la multidimensionalidad de los aspectos involucrados, la importancia de lo cognitivo, y el papel fundamental que las emociones tienen en la ocurrencia de una gran variedad de fenómenos. Como vimos autores como Petersen logran retomar algunos de los vacíos de la teoría de Elster, para completar y aclarar de manera más precisa el rol de las emociones en la motivación y en la acción.

En este punto la principal crítica a la propuesta de Elster, es que pese a ampliar el modelo, no se mueve hacia una genuina y explícita integración de la emoción y al parecer la mantiene aún como elemento accesorio.

De manera más reciente, un conjunto de autores ha venido desarrollando un concepto que al parecer da cuenta de manera más precisa, de la mirada amplia que persigue este trabajo. Dicha mirada implica no solo abrir la “caja negra” del conjunto de microfundamentos de la relación entre emoción y acción, sino transformar nuestra mirada sobre la misma.

III. Racionalidad emocional: tres miradas

Una vez abierta la revisión y discusión de la propuesta de Elster, queda la sensación de que pese al importante aporte y a la diversidad de relaciones entre emoción y acción que este autor propone, se abre la oportunidad para desarrollar la tercera tesis que motiva este trabajo: el concepto de racionalidad emocional, aunque reciente e incipiente, va más allá, ya que puede ofrecer la posibilidad de transformar nuestra comprensión de la relación emoción/acción.

Este concepto ha sido usado por diferentes autores para referirse a diferentes cosas. Sin embargo, aquí se seleccionan tres autores que desde distintas disciplinas escogen el concepto como una categoría integradora que parte en general de la idea de que las emociones y la racionalidad son parte de un mismo fenómeno, uno que se expresa ante todo en su conexión positiva con la acción.

Siguiendo este propósito se presentan las propuestas desarrolladas por la filósofa Patricia Greenspan (2004 y 2002), la politóloga Rose McDermott (2004) y el filósofo de la economía, Pierre Livet (2009). Se acude a estos tres autores, no solo por explicitar el concepto, sino además con el fin de identificar la esencia del mismo, sus mecanismos y las maneras en que proponen un puente entre emoción y acción.

1. La propuesta de Patricia Greenspan: *la naturaleza perspectivista de las evaluaciones emocionales*

Para Greenspan (2002), la categoría de emociones abarca un territorio en disputa, pero pese al debate conceptual, empíricamente hay ejemplos claros de estas: el miedo, la ira, la alegría, el orgullo, la tristeza, el disgusto, la vergüenza, el desprecio y otros estados similares. Tales estados son concebidos comúnmente como la antítesis de la razón, pues desorientan y distorsionan el pensamiento

práctico. Sin embargo, también hay un sentido en el que las emociones facilitan el razonamiento práctico; entendido este último, en términos generales como el razonamiento acerca de los problemas relacionados con la acción. Hoy hay evidencia de que las emociones pueden funcionar como "factor facilitador" de la toma de decisiones racionales, en la medida en que: dirigen la atención hacia ciertos objetos del pensamiento y no a otros; contribuyen a la memoria; y al limitar el conjunto de opciones prácticas sobresalientes dentro un conjunto de opciones manejable, sirven como mecanismo "rápido y sucio" para la toma de decisiones.

La investigación actual en neurociencias y en otras áreas, indica que el razonamiento práctico presupone un desarrollo y un funcionamiento emocional normal (Damasio, 1994). Algunos estudios evolutivos sobre las emociones (Cosmides y Tooby, 1992) subrayan su rol en el diseño racional del organismo humano. La filosofía contemporánea de la emoción, hace una apuesta más radical y les da un lugar privilegiado en el razonamiento práctico. En este sentido, una mirada como la que propone Greenspan (2004) integra a las emociones, y no las marginaliza como un elemento accesorio, ya que proveen y expresan razones potenciales para la acción; estando sujetas a la evaluación y al control racional. El enfoque descansa pues, en argumentos en contra de la visión tradicional de las emociones como fenómenos "pasivos" (Greenspan, 2002).

Para Greenspan (2004, p. 125), un énfasis en la *naturaleza perspectivista* de las evaluaciones emocionales, permite una noción de *racionalidad emocional* que no parece tenerse en cuenta en otras explicaciones alternativas. Greenspan (Ibíd.) advierte que aunque, esta mirada es expresada en términos mentalistas, no implica dualismo. Adicionalmente, esta mirada asume un elemento de interpretación normativa, necesario para darle a las emociones un papel serio en el razonamiento práctico.

Greenspan (2004, p. 128) propone el enfoque de la racionalidad emocional, que se diferencia de la lógica de los juicios, y admite opciones racionales que integren las respuestas emocionales conflictivas de una misma persona dentro de una situación dada; e incluso, la posibilidad de la supresión de la respuesta emocional.

En términos de Greenspan (2004, p. 129), concebir la racionalidad emocional implica una distinción entre la noción de racionalidad representacional o evidencial (*appropriateness*), y la racionalidad estratégica o instrumental (*adaptiveness*). Sin embargo, al aceptar esta distinción, permite validar la coexistencia de las reacciones emocionales y del uso estratégico de las mismas.

La mirada de Greenspan retoma el elemento afectivo de la emoción como una actitud propositiva, es decir una actitud que tiene como contenido un pensamiento proposicional. En su opinión, el afecto esencialmente evalúa algo como bueno o malo para el organismo (en el sentido más primitivo). Así, Greenspan (2004, p. 130), concibe el elemento afectivo en términos crudos, como comodidad o incomodidad; es decir, como una representación de los aspectos positivos o negativos de la evaluación emocional (en el mismo sentido de los marcadores somáticos propuestos por Damasio). Para la autora, estas sensaciones añaden un significado práctico o de motivación, que le permite al agente tomar una decisión racional. Sin embargo, su perspectiva no se reduce a los aspectos positivos o negativos de la emoción, implican también otros rasgos de la emoción (2004, p. 129).

Aunque Greenspan (2004, p. 130) se refiere al afecto y la evaluación como "componentes" de la emoción, que no son separables. Estos dos componentes están conectados internamente en la medida en que el efecto emocional tiene como contenido una evaluación. La hipótesis de la intencionalidad en el nivel básico de los sentimientos involucra unidades de lenguaje y de pensamiento. De hecho, Greenspan (2004, p. 131) asume que el relato histórico o evolutivo

comenzaría con los sentimientos, ya que su función es la de asignar "significado" por su importancia para el organismo, pues participan en la respuesta comportamental y dependen del desarrollo cognitivo del mismo. El contenido del pensamiento, no debe ser tampoco un elemento mental separado, pues para Greenspan es el contenido de un sentimiento.

Para poder ofrecer una explicación última de la intencionalidad emocional en términos naturalistas, Greenspan afirma que se debe hablar en términos de contenido proposicional con el fin de abordar las preguntas normativas acerca de la racionalidad. Lo cual reintroduce la importancia de los contextos situacionales, la historia causal de las emociones en el sentido de los Escenarios paradigmáticos propuestos por Ronald de Sousa (1987).

En suma la propuesta de racionalidad emocional de Greenspan (2004, pp. 131-132) se puede resumir de la siguiente manera: ¡El afecto evalúa! El efecto emocional o el sentimiento es en sí mismo una evaluación, y su resultado se resume en una proposición. Para Greenspan esta mirada integra los dos sentidos de una emoción, es decir, a las emociones como sentimientos y las emociones como juicios. Su punto de vista surge de una modificación de la teoría de los juicios evaluativos, para llegar a una versión de los sentimientos suficientemente estructurada como para permitir (incluir) la evaluación racional de las emociones.

Esta mirada no concibe las emociones como "cuasi-juicios" o pensamientos con tono hedónico, sino como sentimientos con contenidos de pensamiento evaluativo. Más bien, los contenidos de pensamiento evaluativo se definen por lo que un sentimiento registra o transmite. Al aislarlas para su análisis en la forma de proposiciones, Greenspan (2002, p. 133), trata de mostrar cómo podemos empezar a comprender el papel de las emociones en el razonamiento práctico.

En suma, para Greenspan la relación entre acción y emoción tiene como base que éstas últimas pueden ser vistas como razones para actuar, y ser ellas mismas razones adicionales, lo que depende de la historia causal desde el punto de vista

de cada agente.

2. La propuesta de Rose McDermott: la emoción como componente esencial de la racionalidad

McDermott explora las distintas definiciones sobre emoción y en particular concluye que no hay consenso sobre un término único que las defina (2004, p. 692). No obstante, la autora parte de la definición de Gerard Clore y Andrew Ortony que define a las emociones como “un conjunto biológicamente diferenciado de condiciones complejas”. En este sentido, en los seres humanos se identifica la presencia de cuatro componentes relacionados con las emociones: un componente cognitivo, un componente motivacional, un componente somático y un componente subjetivo experiencial (Clore y Ortony, 2000, p. 24, citado en McDermott, 2004). Esto también implica diferenciar la emoción del afecto, el estado de ánimo y los sentimientos.

La autora retoma el debate sobre si las emociones tienen un fundamento cognitivo al involucrar evaluación sobre estados del mundo, y ante esto argumenta que las investigaciones recientes apuntan a integrar las teorías de la cognición y la emoción, y más allá de esto que se debe considerar a la emoción como razón para el proceso de toma de decisiones (2004, p. 692).

La postura epistemológica de McDermott respalda los fundamentos fisiológicos de las emociones y los cambios que se producen en el cuerpo producto de ellas. Muchos de estos fundamentos contribuyen a explicar la interconexión entre la naturaleza de la emoción y la cognición en la toma de decisiones. Ejemplo de ello es el procesamiento de información a través del cerebro, que como especie de filtro selecciona qué tipo de información es necesaria para la supervivencia; dicha función está estrechamente vinculada con procesos cognitivos complejos, lo que significa que la racionalidad requiere de un proceso emocional inicial. Por esta

razón, se debe considerar a los procesos emocionales como parte integral de los procesos cognitivos (2004, p. 693).

Luego de esta introducción de la hipótesis inicial, McDermott retoma las diferentes perspectivas sobre teorías de la emoción que tengan alguna relación con la toma de decisiones. Comenzando por Robert Zajonc (1980 y 1984 citado en McDermott, 2004), se explica que este autor argumenta que las personas pueden tener preferencias fuertes sin ninguna inferencia cognitiva (algunas cosas aparecen como producto de efectos subliminales).

Por otra parte, Barbara Mellers y sus colegas (1997 citado en McDermott, 2004) destacan que las reacciones emocionales no son simplemente el resultado de una función entre utilidad y probabilidad como sugieren las teorías clásicas de la acción racional. Su teoría de la “decisión-afectación” combina tanto las nociones de la utilidad como elementos contra factuales dados por las reacciones emocionales.

Así mismo, y como se ha venido considerando a lo largo de este texto, Antonio Damasio ha realizado algunos de los más sofisticados trabajos neurocientíficos sobre todo en pacientes con lesiones cerebrales. Las conclusiones de sus estudios apuntan a señalar la primacía de la emoción en el proceso de toma de decisiones (1994 y 1996 citado en McDermott, 2004) desmitificando lo que usualmente se consideraba de estos dos elementos.

La cuarta perspectiva citada por McDermott corresponde al modelo de Gerald Clore y sus colegas (2001) que señala que las emociones existen para proveer retroalimentación a la persona sobre sus procesos inconscientes. Desde esta perspectiva las emociones son evaluaciones.

Finalmente, George Marcus, Russell Neuman y Michael Mackuen (2000 citado en McDermott, 2004) desarrollaron un modelo basado en las teorías neuro-comportamentales de Jeffrey Gray. Los supuestos de esta perspectiva son que el sistema límbico está dividido en diferentes sistemas relacionados con recompensas y castigos, y que eso tiene implicaciones comportamentales por ejemplo en la ansiedad al votar por un candidato.

Más allá de estas áreas de conexión entre emoción y cognición, se han venido desarrollando investigaciones sobre el impacto de las emociones en la toma de decisiones. Gran parte de este trabajo se ha dado en la ciencia política a través del estudio de las expresiones faciales en los votantes, los juicios afectivos y el comportamiento político. En cuanto a la psicología y la psicología política el trabajo se ha concentrado en la emoción durante el proceso de toma de decisiones, las emociones luego de dicho proceso, las emociones anticipadas y las memorias de emociones pasadas.

Partiendo de las limitaciones que las visiones tradicionales han tenido sobre el impacto de las emociones en los procesos de toma de decisiones, George Loewenstein y Jennifer Lerner puntualizan que las emociones inmediatas se sienten en el momento de tomar una decisión. En este punto, la influencia de las emociones puede ser directo (dependiendo de la intensidad de la emoción en el momento) o indirecto (a través del impacto en el procesamiento de la información). Otras teorías como la de Gordon Bower (1981 citado en McDermott, 2004) han señalado la importancia de los estados de ánimo y la memoria sobre los procesos de toma de decisiones. La teoría de Bower sobre la congruencia de los estados de ánimo señala por ejemplo que los individuos son más propensos a recordar eventos que son consistentes con su estado de ánimo actual (Bower, 1983 citado en McDermott, 2004).

Los estados de ánimo también influyen el procesamiento de información, pues por ejemplo las personas felices tienden a ser amplias en sus juicios y decisiones. Esto quiere decir que la esperanza puede generar procesos de toma de decisiones creativos (Isen, 1993 citado en McDermott, 2004).

Desde la perspectiva de los juegos estratégicos, los hallazgos de Robert Axelrod (1984 citado en McDermott, 2004) en relación a la estrategia de *tit for tat* señalan que entre más mimeticen el comportamiento de su oponente, más ventaja tendrán los participantes. Esta perspectiva emocional ha ofrecido una explicación alternativa de los recursos en este tipo de juegos y la comprensión de que cierto tipo de estrategias puede reflejar estados de ánimo individuales.

Otros hallazgos importantes se sintetizan en que las emociones pueden provocar distintos tipos de respuestas en los procesos de decisiones. Un ejemplo claro se ve en las diferencias de género, dado que los hombres tienden a ser más propensos a la ira que las mujeres, quienes son más susceptibles a la empatía y la depresión (Gault y Sabini, 2000 citado en McDermott, 2004). Evidentemente no todas las explicaciones atañen a causas biológicas sino a procesos de aprendizaje y culturales, pero las divergencias entre las características observables entre ambos sexos en relación a los estados de ánimo son claros y esto tiene implicaciones de política pública²⁷.

La particularidad de los procesos de toma de decisiones es que estos no ocurren en el vacío sino que sus resultados proveen retroalimentación para decisiones futuras. Los estudios sobre la influencia de las emociones en este campo se concentran en cómo el arrepentimiento y la decepción afectan las decisiones (Zeelenberg et. al, 1998 y Zeelenberg y Beattie, 1996 citados en McDermott, 2004).

²⁷ Los hombres son más propensos a la ira que las mujeres, lo que les hace preferir la retribución. Las mujeres por el contrario demuestran más empatía que los hombres, lo que las hace preferir políticas más indulgentes respecto a los castigos (Gault y Sabini, 2000).

Las emociones anticipadas consideran cómo nos podríamos sentir en respuesta a acciones particular o eventos. Esto se hace partiendo de la premisa según la cual en la toma de decisiones queremos maximizar la posibilidad de que las decisiones nos traigan felicidad y minimicen la posibilidad de experimentar dolor. Sin embargo, según Loewenstein y Schkade (1999 citado en McDermott, 2004) afirman que entre más se trate de predecir el futuro más tenderemos a equivocarnos sobre él y a sentirnos mal respecto a ello.

Las investigaciones de Daniel Kahneman, Barbara Fredrickson y su equipo demuestra que las personas tienden a recordar más en los picos de intensidad de la emoción y al final de ella, que en el resto del periodo de la experiencia. Esta corriente se ha denominado “peak-and-end” y es útil pues genera lecciones de cómo los individuos aprenden de las experiencias cuando estas terminan y cuando tienen algo importante que aprender. En este sentido, la aproximación mental cuenta, pues el individuo decide cuando cerrar mentalmente un hecho y cómo evaluarlo, lo cual constituye en sí mismo un acto emocional (Kahnemann, 2000 citado en McDermott, 2004).

Autores como Albert Somit y Steven Peterson (1999 citado en McDermott, 2004) han venido trabajando en el rol de las emociones en comportamiento político, específicamente en lo relacionado a la biopolítica²⁸. Estas teorías evolutivas han encontrado fuertes bases neurocientíficas, que buscan explicar nociones como el auto-interés y por consiguiente, supuestos relacionados con la acción racional.

Los modelos particulares de emoción, específicamente la “teoría del placer anticipado”, han añadido valor a los existentes modelos de elección racional. Los

²⁸ En esta mirada nos concentramos en una corriente biopolítica basada en el estudio de la relación entre biología y comportamiento político. Un análisis de dicho enfoque y de sus componentes se encuentra en Casas-Casas (2009). Para una distinción entre la mirada biopolítica aquí referenciada y la tradición continental propuesta por autores como Foucault, Negri y Agamben, se sugiere revisar a Losada y Casas-Casas (2008).

modelos contemporáneos de elección racional han asumido la maximización de ganancias y minimización de pérdidas sin tener en cuenta el papel de las emociones. Sin embargo, otros estudios han sentado el valor de las emociones como en el trabajo de Daniel Bernoulli (1954 citado en McDermott, 2004), que argumenta que las personas establecen su escala de valores con base en el dolor y el placer que ellas les proporcionan. Por su parte, Mellers (2000 citado en McDermott, 2004) propone que la integración puede ser posible porque las emociones modifican las utilidades en un proceso dinámico, y por ejemplo, los tomadores de decisiones podrían anticipar el arrepentimiento y la decepción en la función de utilidades de cierta decisión. La evidencia experimental precisamente ha demostrado el efecto de anticipar estas dos emociones (Ritov y Baron, 1990; Simonson, 1992; Tetlock y Boettger, 1994 citados en McDermott, 2004).

Así mismo, Mellers ha notado que los economistas tienden a hacer énfasis en la racionalidad procedimental, asumiendo que las utilidades existen de manera independiente a las emociones. Por otra parte, los psicólogos tienden a centrarse en la racionalidad sustantiva, donde las decisiones son evaluadas en términos de cómo afecta la supervivencia del organismo. Ante esto, Mellers argumenta que anticipar el placer puede complementar las utilidades en virtud de obtener una función de utilidad más acertada desde el punto de vista empírico (Mellers, 2000 citado en McDermott, 2004). Es así como la emoción y la elección racional pueden beneficiarse de la alianza al integrar las emociones anticipadas como el arrepentimiento en la función de utilidad y estudios sistemáticos sobre otras emociones como la ira y la decepción pueden expandir nuestro entendimiento del variado impacto de las emociones en las utilidades de una persona hacia la acción.

El modelo de la racionalidad emocional

Los argumentos neurocientíficos sobre las emociones pueden proveer las bases micro fundamentadas para entender los orígenes de las preferencias y los efectos de “encuadre” (framing effects). Las emociones por su parte, pueden ayudar a entender cómo las preferencias aparecen dependiendo del tiempo y las situaciones particulares.

En este sentido, las preferencias no aparecen como dadas (tal como ocurre en la elección racional) sino que son entendidas en un contexto dinámico en respuesta de las emociones. La propuesta de McDermott se orienta a argumentar que la emoción está entrelazada con la cognición de modo que se tengan que analizar interdependientemente, con lo cual también se puede decir que la emoción es un componente esencial de la racionalidad (2004, p. 699).

Adicionalmente las emociones proveen las bases biológicas para la decisión. En términos de supervivencia las vías activadas emocionalmente presentan una verdadera ventaja evolutiva. Es así como experiencias y memorias que involucran emociones producen memorias vivas que persisten y se resisten a cambiar (2004, p. 700).

El objetivo entonces de la propuesta teórica de McDermott es articular cognición y emoción en un modelo óptimo para la toma de decisiones, en vista de proveer situaciones útiles que involucren tanto cálculo estratégico como emociones fuertes (2004, p. 700).

Para McDermott (2004, pp. 700-701), el modelo de racionalidad emocional se basa en los siguientes supuestos:

a. *Las emociones impulsan a un individuo hacia la acción con respecto a un acontecimiento imaginado o una experiencia.* Esto puede ayudar al tomador de decisiones en escenarios de incertidumbre o ambigüedad.

b. El estado emocional esperado de un tomador de decisiones se entiende como parte del cálculo de la utilidad esperada de una persona. Los modelos emocionales que toman en cuenta las emociones anticipadas pueden proveer herramientas a los tomadores de decisión para entender cómo los sentimientos futuros pueden impactar en las decisiones actuales.

c. Las emociones inmediatas y anticipadas pueden incrementar el descuento percibido de futuro pagos, de una manera en la que los tomadores de decisión se vuelven más pesimistas sobre la posibilidad de éxito de sus acciones. Si una persona es ansiosa al tomar una decisión, ella será menos sensible a identificar las probabilidades, más sensible a los efectos del tiempo y su respuesta dependerá más de su percepción de la sensación de control sobre su entorno.

d. Las emociones pueden ayudar a los tomadores de decisiones a centrarse en cierta información importante que de otra forma no puede ser accesible. La amenaza y la novedad pueden animar a los votantes a confiar menos en los hábitos partidistas y en buscar nueva información sobre un candidato. El entusiasmo incremental puede potenciar el compromiso cívico y la participación.

e. Los estados de ánimo pueden afectar la selección de la memoria. Los estados de ánimo representan un estado afectivo más general que las emociones. Incluso sin un objeto específico los estados de ánimo pueden influir en la memoria, el procesamiento de información social, el juicio y el comportamiento.

f. Los estados de ánimo pueden afectar la selección de analogías históricas. Los estados de ánimo afectan las predisposiciones de los individuos a recordar el pasado y formar nuevos tipos de memoria.

g. Las emociones pueden afectar las percepciones de riesgo. Las propensiones al riesgo pueden reflejar el deseo de un tomador de decisión a maximizar los aspectos positivos de futuros estados emocionales y las valoraciones de riesgo dependen de cómo una persona se siente sobre el curso futuro de una acción.

h. Las vías emociones en el cerebro incrementan la velocidad y a menudo la precisión del juicio y la toma de decisiones. Se puede lograr mayor velocidad y

precisión de los tomadores de decisiones a partir del acceso a información emocional no verbal.

i. Las emociones específicas pueden predecir sesgos particulares en los tomadores de decisiones, o sesgos hacia ciertas decisiones específicas. En particular, el miedo y la ira son fuertes candidatos a emociones extremas que pueden abrumar las respuestas cognitivas. Las emociones extremas pueden limitar la habilidad de la decisión para actuar con precisión sobre una situación.

j. Las emociones pueden proveer la base de las “corazonadas” (hunches). Las emociones pueden proveer los medios para expresar intuiciones respecto a la integridad de los otros, la probabilidad de que algo malo o bueno ocurra, etc. Esas corazonadas pueden representar conocimiento real que una persona ha adquirido, pero puede llegar a ser imposible acceder conscientemente a él, pues está codificado en la memoria.

Más allá de estas diez proposiciones, el punto clave sobre la emoción redonda en su importancia central en asignar valores a eventos y productos del mundo social (2004, p. 701). Este tema involucra reflexiones, por ejemplo, sobre lo que es la riqueza, en el sentido de que no necesariamente es buen indicador de la felicidad. Ante esto los indicadores económicos se centran excesivamente en la maximización del auto-interés y en los efectos del mercado, pero deja de lado indicadores como la felicidad, la longevidad, la salud, el apoyo social, etc.

La principal implicación de política pública que describe McDermott, es que si la felicidad está derivada del apoyo social, el gobierno deberá hacer menos énfasis en los ingresos y más en el empleo y las relaciones sociales, así como la educación. Los tomadores de decisiones que comprendan el rol de la emoción en sus decisiones podrían llegar a mejorar notablemente no solo sus elecciones, sino además los efectos de las mismas.

Las emociones importan pues influyen en nuestros pensamientos, creencias y comportamientos. Ante esto, el reto principal para moverse hacia una teoría de la racionalidad emocional es aceptar el hecho que la emoción no tiene un efecto negativo en la óptima toma de decisiones. Por el contrario, el proceso emocional es una parte inherente a la racionalidad pues las emociones facilitan la toma de decisiones rápidas, precisas y efectivas. Adicionalmente las emociones ofrecen información importante sobre las personas, uno mismo y los eventos externos. (2004, p. 702).

Los micro fundamentos dados por los avances en la neurociencia cognitiva están sentando las bases de una nueva revolución en las ciencias sociales, por lo cual es necesario avanzar en reconocer que la racionalidad depende tanto de la cognición como de las emociones.

3. La propuesta de Pierre Livet: Elección racional, neuroeconomía, y emociones mezcladas

De acuerdo a los argumentos de Livet (2009) la psicología experimental ha sido clave para mostrar las diferencias entre las predicciones de la teoría económica y las decisiones de los agentes en la vida real. En los últimos años se han empleado las tecnologías neurocientíficas y los supuestos de la economía del comportamiento para tratar de desentrañar los diferentes factores emocionales y racionales que subyacen a la acción.

Desde su trabajo en el área de la filosofía de la economía, Pierre Livet asume que las emociones son estados afectivos complejos y mezclados (por ejemplo al sentir dos o más emociones al mismo tiempo). Livet saca esta conclusión a partir del estudio de los resultados investigativos de un largo recorrido histórico en el que se ha venido comprobando la estrecha relación entre las emociones y la racionalidad.

Para Livet, los investigadores que han tenido un rol central en esta tarea son Kahneman y Tversky (1979, 2000) quienes demostraron que la toma de decisiones bajo condiciones experimentales difiere de otras circunstancias. Así mismo, Bechara et al. (1994) argumentó que los pacientes afectados en las regiones de la corteza prefrontal (que es aquella relacionada con la sensibilidad emocional) no son capaces de tener en cuenta las previsiones a largo plazo. No obstante, Shiv et al. (2005) han probado que en algunas circunstancias, los pacientes emocionalmente anormales han tomado decisiones más racionales.

Lo que sugieren estas perspectivas es que la teoría de elección racional tiene un problema de falta de realismo pues ha descuidado el papel de las emociones. Elster (1996, 1999) así mismo ha avanzado en formular una explicación de nuestras decisiones desde la relación entre la psicología y las neurociencias, demostrando que ellas pueden estar motivadas tanto por el interés egoísta como por las normas sociales y las emociones.

Algunos economistas han buscado dar una interpretación emocional de sesgos en la toma de decisiones como Loomes y Sugden (1982) quienes proponen una “teoría de la pena”. Según ellos, nuestras opciones se enmarcan por las emociones suscitadas por la comparación entre un posible resultado y otro posible resultado, lo cual genera arrepentimiento (o regocijo), cuando la diferencia se debe a nuestra elección, o la decepción, si la diferencia se debe al azar. En este sentido los seres humanos asignan un peso a cada emoción por su probabilidad y así mismo se calculan las diferencias ponderadas con el fin de tomar una elección. Las predicciones de esta teoría se ensayaron mediante experimentos y, por desgracia, han fracasado en algunos de ellos.

Otro punto es que las emociones sólo se atribuyen a la diferencia entre los resultados (ganancias o pérdidas), pero la diferencia entre probabilidades también

pueden tener implicaciones como lo vimos cuando aparece la emoción de la decepción a causa del azar (Camille et al. 2004; Coricelli et al. 2005).

En este sentido, las personas sienten que van a ser incapaces de hacer frente a posibles problemas en el futuro a pesar de que éstos son similares en dificultad a los problemas que han superado en el pasado. Las mencionadas investigaciones se han centrado en que las emociones son el resultado de la comparación entre una situación real y una hipotética, teniendo en cuenta que de las situaciones hipotéticas solo una es realizable en el futuro.

Estos estudios han cimentado el campo de la economía del comportamiento (Glimcher et al. 2009). Entre los aportes específicos a este campo, Rubinstein (2006) menciona que la motivación de los agentes en la economía del comportamiento no tiene que ser racional, pues existe una interpretación confusa de la función de utilidad, pues esta debe incluir a las emociones entendidas como reacciones a los cambios de situación que sean relevantes para la satisfacción de nuestros deseos.

En términos metodológicos la psicología experimental no es suficiente para demostrar que las decisiones implican deseos y emociones, pues sus categorías se basan principalmente en el examen introspectivo de los sujetos y estas podrían depender de factores culturales.

Otra forma para justificar el supuesto de que la racionalidad de la elección implica emociones, es correlacionar las actividades de la elección con actividades cerebrales y en consecuencia la activación de ciertas regiones del cerebro asociadas con factores emocionales. Este tipo de aproximaciones ha sido la base de la neuroeconomía y la economía del comportamiento.

Precisamente en este campo, Damasio (1994), Le Doux (1996) y otros autores han estudiado las actividades cerebrales relacionadas con las emociones, ya sea mediante la descripción de la anormalidad emocional en pacientes con daños de alguna región de su cerebro, o mediante el estudio de las hormonas secretadas en el cerebro y en el resto del organismo cuando las personas y los animales se supone que están experimentando emociones.

Bajo este marco, por ejemplo Damasio et al. (2000) han mostrado que las reacciones a las imágenes que se usan para inducir emociones podrían estar relacionadas con una red específica de localizaciones cerebrales activadas (repartidos por todo el cerebro). Esta nueva neuroeconomía utiliza las imágenes de resonancia o la tomografía por emisión de positrones para tratar de encontrar correlaciones entre las elecciones y la ubicación de las actividades neuronales.

Adicionalmente, la neuroeconomía ha buscado la ubicación en el cerebro de interacciones sociales como las relacionadas con la equidad o la justicia. Desde esta mirada, ciertos paradigmas experimentales se han puesto a prueba en juegos en los que se busca identificar la reciprocidad y la confianza. En el *juego del Ultimatum* por ejemplo un agente puede optar por dar a otra persona una parte de su dinero y si el otro acepta, el dinero se divide en la forma propuesta, pero si se niega, no se da dinero a ninguno. En promedio un 25% de los agentes rechaza una cantidad pequeña, a pesar de que sería "racional" para ellos aceptar cualquier dinero ofrecido. En el juego de confianza (Fehr et al. 2005), el dinero se le da a un actor, que elige la cantidad de dinero que le da a otro el cual a su vez tiene que elegir la cantidad devuelta al inversor. En algunas versiones del juego, el jugador o incluso un tercero, tienen la posibilidad de sancionar al oferente cuando sus ofertas son evaluadas como demasiado pequeñas (Fehr y Gächter, 2002).

En otro enfoque, la atención se centra en factores hormonales principalmente la oxitocina y la serotonina. Zak et al. (2005) han demostrado que en el juego de

confianza, la sangre de los oferentes con la intención de confiar (es decir con la intención de transferir dinero al otro jugador) presenta un nivel más alto de la oxitocina que la sangre de las personas con la intención opuesta. Sin embargo, un mayor nivel de oxitocina en el oferente no predice una mayor cantidad de dinero transferido.

Por su parte, Baumgartner et al. (2008) contrasta los efectos de las inyecciones de un placebo y de oxitocina en el oferente, en dos fases: antes y después de recibir información sobre la cantidad de dinero que el jugador receptor le ha devuelto. Sorprendentemente, la oxitocina no tuvo ningún efecto (en comparación con el placebo) en el jugador oferente antes de recibir información. Así mismo, los sujetos que recibieron un placebo disminuyeron su intención de confiar después de retroalimentación negativa en el 50% de los casos, mientras que los sujetos que recibieron la oxitocina no cambiaron su comportamiento en esta fase posterior a la retroalimentación. En un juego con la computadora, los agentes no mostraron ningún cambio en respuesta a la información de retroalimentación. En este caso, la oxitocina se correlaciona con una reducción en el miedo de la traición social. La conclusión podría ser que la oxitocina tiene efectos en la reacción a las señales de los interlocutores sociales, y no en su propia disposición a confiar.

En estos estudios, la relación entre la decisión y las emociones no es sencilla, y otros investigadores trabajan, no en la difusión hormonal, sino más bien en la activación neuronal. Sanfey et al. (2003) han demostrado que la reacción a ofertas muy desiguales en el juego del ultimátum se correlaciona con la activación cerebral en la ínsula bilateral anterior, usualmente relacionada con estados emocionales negativos, y en el dorsolateral de la corteza prefrontal (córtex prefrontal dorsolateral), en relación con el mantenimiento de meta y el control ejecutivo. La interpretación podría ser que la evaluación afectiva del agente es negativa, por lo que tiene que decidir entre su deseo de rechazar esta mala oferta y su deseo de conseguir algo de dinero. En apoyo de este escenario, la activación

en el dorsolateral de la corteza prefrontal es mayor para las personas que aceptan la propuesta injusta, mientras que la activación de la ínsula es mayor para que la gente rechace.

De Quervain et al. (2004) introdujo la posibilidad de castigar al jugador oferente y observaron que el castigo activa el núcleo caudado²⁹, asociado con el procesamiento de recompensas. Baumgartner también observa activación en el caudado durante la interacción con los moralmente neutrales y la desactivación de la confianza. Estas activaciones parecen dar a entender no sólo el funcionamiento de las recompensas, sino la necesidad de decidir en una situación incierta entre las acciones con impactos afectivos en conflicto.

Todos estos estudios experimentales se dirigen a la búsqueda de una correlación entre la actividad cerebral y emocional que permean las situaciones. Ante esto se observa que en realidad, las situaciones emocionales también activan las regiones relacionadas con el control y por eso se puede concluir que las emociones no pueden ser pura y simplemente estados básicos de la mente, separados de otros procesos cognitivos no afectivos. La mayor parte de las emociones son estados afectivos que mezclan diferentes aspectos evaluativos con aspectos de control y de integración de la acción y la cognición.

Kober et al. (2008) concluye que las activaciones de la región cingulada implican tanto procesos cognitivos como afectivos. También implican regiones asociadas con la "teoría de la mente" (representaciones de las intenciones, emociones y representaciones de otras personas). Como se ha mencionado en este y en otros

²⁹ El núcleo caudado es uno de los componentes de los Ganglios basales. Estos se encuentran en la profundidad de los hemisferios cerebrales. Estos núcleos, junto al cerebelo, participan en la modulación del movimiento, en forma indirecta, desde la corteza a los núcleos y de estos de vuelta a la corteza motora vía núcleos talámicos. Más recientemente, se ha demostrado que el núcleo caudado está altamente involucrado en el aprendizaje y la memoria, en particular en materia de tratamiento de retroalimentación. En general, se ha demostrado que la actividad de los nervios estará presente en el núcleo caudado, mientras que una persona está recibiendo una respuesta.

estudios, la amígdala no sólo está asociada con el miedo y el asco, sino con la significación afectiva y la relación con el valor predictivo.

Esto podría implicar que la teoría de la emoción de Frijda (1986) puede significar un "potencial de preparación para la acción". Estas tendencias recientes de las investigaciones sobre las emociones y la toma de decisiones han llevado a concluir que la emoción no es pura y está abriendo el camino para una variedad de emociones para ser estudiadas (mezcla de diferentes valencias o aspectos afectivos, como la ansiedad y la atracción a una ganancia), así como cognitivamente a emociones complejas (como las emociones anticipatorias, provocadas por las comparaciones con situaciones hipotéticas).

Emociones duales mixtas: hacia una racionalidad emocional

Según Livet (2009, p. 263) no podemos esperar que las emociones que denominamos como fuertes o calientes estén en sintonía con la racionalidad deliberativa. En el mejor de los casos la ira, el miedo, el asco y otras emociones similares pueden ser asumidos como las mejores respuestas evolutivas en casos extremos en que nuestra supervivencia está en juego, y con ella, las posibilidades de reproducción de nuestros genes. Estas emociones están relacionadas con una heurística 'bruta' y 'rápida' que está al servicio de la toma inmediata de decisiones.

La racionalidad de la elección, por el contrario, está relacionada con una fría deliberación, cuando tenemos tiempo para tomar una decisión de antemano. En este sentido, Livet, se pregunta si hay emociones en una situación fría de deliberación.

Algunos de los estudios psicológicos y de neuro-imágenes mencionados por Livet asumen que sentimos las emociones por adelantado, al imaginar lo que podría ser el resultado de una acción futura. Estas emociones se llaman emociones

anticipatorias. Las emociones ordinarias son criadas por un acontecimiento presente. Al igual que las emociones ordinarias, las emociones anticipatorias, implican una emoción ocurrente, que es el actual efecto emocional de la representación anticipada. Para Livet (2009, p. 263), cada emoción emerge debido a la percepción de una diferencia entre la tendencia de una rutina anterior en la situación antes del evento emocional, y una característica de la nueva situación, valorada en función de los deseos y preferencias del agente.

En palabras de Livet (2009, p. 263), las emociones anticipatorias implican lo que podría llamarse una comparación longitudinal (por lo general implícita) entre nuestra situación actual y los resultados futuros. En la deliberación, las emociones anticipatorias son generadas no sólo por esta comparación longitudinal, sino también por una comparación lateral adicional entre dos resultados. Para explicar dichos resultados Livet usa el concepto de *lotería*, ya que en su opinión, la mayoría de nuestros futuros estados posibles son inciertos. Se compara la diferencia entre las ganancias (o pérdidas) de las dos loterías (o estados posibles del mundo). La diferencia (establecida entre la anticipación de un resultado que sirve como el estado de referencia, y el diferencial percibido entre el estado de referencia y otro resultado posible), es una de las fuentes de una emoción anticipatoria comparada.

Para entender el rasgo comparativo de las emociones Livet tiene en cuenta aspectos como la incertidumbre y la ansiedad. Así, como los resultados de una acción futura suelen ser inciertos, la ansiedad puede ser otra fuente de las emociones anticipatorias. Hay diferentes maneras de mezclar estas emociones, que dan lugar a diferentes tipos de mezcla de emociones anticipatorias comparativos.

La hipótesis que desarrolla Livet (2009, p. 264), tiene que ver con la habilidad que los seres humanos tenemos de mezclar emociones a partir de las diferencias

percibidas por la comparación de los resultados posibles y de las probabilidades de que estos ocurran. Como lo ha evidenciado en sus diseños experimentales, para Livet existen diferentes maneras de mezclar las emociones y por ende de generar diferentes tipos de emociones mezcladas de carácter anticipatorio.

Para Livet (2009, p. 264), a fin de dar una explicación que integre a la emoción, no podemos centrarnos únicamente en la utilidad esperada: en la que la consecuencia de la elección de la acción que lleva a una ganancia o una pérdida, es ponderada por la probabilidad de los posibles estados del mundo independientes los que la acción logra la ganancia o incurre en la pérdida.

Al menos para las ganancias, nuestra principal fuente de emoción no es la utilidad esperada, precisamente porque se 'espera': un estado no esperado plantea emociones más fuertes. La principal fuente de nuestra emoción anticipada yace en la diferencia entre una expectativa básica presente, que puede ser representada por la utilidad esperada de una situación, y nuestra representación anticipada de un estado inesperado: es decir, nos imaginamos a nosotros mismos obteniendo la ganancia, ó perdiendo, ó evitando la pérdida, ó padeciéndola. En este sentido, las emociones al parecer se introducen en la función de utilidad a través de la estimación de probabilidad (o incertidumbre) pues las emociones ante todo nos ayudan a comparar entre un escenario real y uno hipotético.

IV. Recapitulación final y conclusiones

Este trabajo buscó construir un diálogo multidisciplinar con énfasis filosófico en torno a la reconfiguración de la relación entre emoción y acción. Se desarrolló una argumentación a través de tres tesis, que teniendo en cuenta la divergencia explicativa de las disciplinas, enfoques y teorías interesadas en la relación emoción/acción; aprovecharon lo mejor de la convergencia tética para revisar los avances y la aportes a favor del abandono del modelo dualista clásico, y de la integración de la emoción, no solo en la arquitectura mental, sino además de su nexos con la razón y la acción.

Para lograr su propósito el texto se dividió en tres grandes capítulos. En el primero, y con el fin de problematizar la relación entre acción y emoción, se introdujo al campo de la filosofía de las emociones, se argumentó a favor del estudio de las emociones y de la acción, y se revisaron algunos de los principales debates propuestos dentro de la filosofía de las emociones. Debido a su importancia, y a la ausencia de una revisión detenida de su propuesta, en la segunda sección se presentó un análisis de la obra de Jon Elster, estableciendo los elementos que subyacen a la relación entre emociones y acción. En dicha sección adicionalmente, se complementó la mirada de Elster con la propuesta de Roger Petersen, y se ofreció una revisión crítica. En el tercer capítulo, se analizaron tres propuestas en torno al concepto de *racionalidad emocional* como concepto incipiente y novedoso que puede ofrecer el camino de inicio para una reconfiguración, reinterpretación e incluso una transformación de cómo concebimos la relación entre emociones y acción, en particular; y además, nuestra manera de concebir al ser humano, en general.

El trabajo recogió, a manera de motivación, la incógnita propuesta por Rose McDermott en el sentido de *¿qué tal si la mayoría de las veces, la emoción tiene*

una función productiva, proveyendo los fundamentos para las formas en que decidimos y actuamos?

Para explorar esa inquietud buscamos elementos a través de la revisión de algunos de los principales trabajos dentro y fuera de la filosofía de las emociones. Esta revisión nos llevó a plantear tres tesis que sirvieran de vehículo narrativo para alcanzar el objetivo del trabajo, y que a manera de conclusión se desarrollan a continuación.

En suma, *¿Qué es y en qué consiste esa perspectiva ampliada?*

La primera tesis de este trabajo se basó en la idea de que integrar la emoción dentro de la comprensión y explicación de la acción humana, implica la construcción de un modelo ampliado. Una perspectiva de este tipo se basa en el supuesto de que la dualidad mente cuerpo ha sido cuestionada y está llamada a desaparecer como paradigma explicativo del comportamiento humano.

Sin embargo, un modelo ampliado entiende que las emociones no son lo mismo que las acciones, lo cual no implica que las emociones puedan ser separadas de nuestra comprensión de la naturaleza de la acción. Las emociones no son cosas que le pasan a la gente, motivan y moldean la acción intencional. En este modelo, ¡las emociones importan!, si se quiere ofrecer una versión realista de la acción humana. Así mismo, la acción se reinterpreta y adquiere una nueva aproximación que adicionalmente, reta el modelo de deseos y creencias que dominó la filosofía de la acción durante el siglo XX.

Esto ha sido posible gracias a la evidencia y hallazgos de un importante número de filósofos, psicólogos, politólogos y neurocientíficos, tales como Livet (2009); Greenspan (2004); McDermott (2004); Evans (2003); Zhu y Thagard (2001); Ben-Ze' ev (2000); Churchland (1996); Damasio (1994); de Sousa (1987); Elster

(1999); Frank (1988); Greenspan (1988); Lazarus y Lazarus (1994); Oatley (1992); Solomon (1976); Turski (1994), entre otros. Hoy sabemos que como afirma de Sousa (2010), al parecer ningún aspecto de nuestra experiencia mental tiene tanta importancia para la calidad y el significado de nuestras vidas como lo tienen las emociones.

Las aproximaciones recientes en torno al rol de las emociones en la acción humana, han ofrecido evidencia acerca de que la relación entre las emociones y la razón puede ser integral y complementaria, más que antagónica y conflictiva. Pese a que las emociones no son típicamente producto de la deliberación, o de cálculos intelectuales, no son necesariamente irracionales o no-rationales.

La evidencia muestra que en un sentido estricto, las emociones son patrones evaluativos y de respuesta que emergen de la evolución y del desarrollo de los individuos, y se relacionan con los procesos de aprendizaje, socialización y con la cultura. En un sentido amplio, las emociones son un fenómeno complejo, marcado por la diversidad y la multidimensionalidad; abierto a la retroalimentación y a la actualización, en el que se involucran procesos, estados, episodios y mecanismos (a veces secuenciales, a veces simultáneos) que dependen de la integración de fenómenos químicos, físicos, psíquicos y simbólicos (conscientes e inconscientes), articulados a través del lenguaje y los vínculos institucionales codificados por las culturas. Son pues producto de la naturaleza (*nature*) y de la domesticación (*nurture*).

Como vimos, en el primer capítulo, en muchos casos, las emociones ofrecen a las personas información confiable sobre situaciones o sobre sí mismas, incluso ayudan a definir las mejores maneras para alcanzar objetivos de manera eficiente pues, subyacen a los procesos de razonamiento y decisión que anteceden a la acción. Al estar en contacto con la sensibilidad moral, contribuyen especialmente

cuando involucran asuntos personales y sociales complejos, y son cruciales para la acción individual y colectiva.

La evidencia neurofisiológica muestra que las emociones pueden incidir de manera indirecta y directa en el procesamiento de información, la generación, el control y la explicación de la acción. En cuanto a la generación de la acción, vimos que las emociones pueden influenciar de dos maneras: la tendencia y la disposición a actuar, y la decisión de actuar. La emoción puede tener un impacto también en el proceso de toma de decisiones. Desde esta perspectiva, la capacidad de tomar decisiones es considerada como el elemento esencial de la acción humana, y es fundamental para la concepción de la libertad.

Una perspectiva ampliada de la relación entre la emoción y la toma de decisiones supera las dos confusiones tradicionales relacionadas con que la emoción sólo desempeña un papel insignificante en el proceso de toma de decisiones (confusión descriptiva); en la que las emociones son una fuerza perturbadora y destructiva que socava la óptima toma de decisiones (confusión prescriptiva). Por el contrario, en este trabajo se ha mostrado cómo las emociones juegan un papel central en la orientación y la regulación de las decisiones. Las emociones funcionan como “facilitadoras” de las acción y contribuyen a su carácter racional, en el nivel intrapersonal e interpersonal, de ahí que su importancia no incida solo en las decisiones paramétricas sino en las situaciones de interacción estratégica.

Dada estas conexiones, muy en contra de la creencia tradicional, la atención hoy parece centrarse en la racionalidad de las emociones o en el papel de las emociones dentro de un sistema explicativo específico que dé cuenta de la relación entre emoción y acción racional.

¿Por qué y cómo contribuye la mirada de Elster a una perspectiva ampliada?

La segunda tesis tiene que ver con que la obra de Jon Elster ofrece un primer paso hacia la integración de la emoción en un modelo más amplio de la acción humana. Sin duda, los aportes de Elster han ofrecido un avance hacia la construcción de un modelo amplio sobre el comportamiento humano que integre a las emociones dentro un marco multidimensional, complejo, y marcado por la importancia del contexto y del aprendizaje. En particular, junto con un puñado de autores, Elster sembró la semilla de la crítica del modelo clásico que concibió a la teoría de elección racional, y desde una mirada amplia ha cosechado una comprensión más realista sobre el comportamiento individual y social.

Su propuesta ha buscado abrir la caja negra de la acción, estableciendo los mecanismos que la subyacen. Por esta razón sitúa a la mente a la base del proceso, y cimienta una aproximación basada en la interacción entre una variedad de motivaciones (racionalidad, emociones y normas sociales). En este sentido, Elster logra ofrecer un marco amplio que concibe un lugar integral para las emociones en relación con el comportamiento, la interacción social, así como con los contextos sociales y culturales. Elster introduce un modelo para la comprensión de la acción que amplía las tradicionales aproximaciones conceptuales monocausales y lineales, y dota de multidimensionalidad el análisis.

Elster amplía y propone modificaciones a la teoría estándar de la elección racional, pero no es claro en cómo supera la influencia de Davidson en cuanto a una verdadera salida del modelo de deseos y creencias. En general la obra de Elster ofrece un punto de partida para quienes quieran precisar los mecanismos de relación, interacción e influencia entre emoción, deseos, creencias e información; así como los mecanismos posibles de retroalimentaciones hacia las mismas.

Finalmente, ¿Qué es la racionalidad emocional? y ¿cómo contribuye a una perspectiva ampliada?

La tercera tesis que guió este trabajo consistió en que el concepto de “racionalidad emocional” va más allá, ya que podía ofrecer la posibilidad de reconfigurar la relación entre emoción y acción, así como transformar el concepto mismo de ser humano. A través del análisis de las tres propuestas encontramos que, como concepto, la racionalidad emocional supera la dicotomía emociones/racionalidad, y concibe que las dos sean elementos de un fenómeno asociado con las decisiones y la acción intencional. Cada una de estas propuestas parte de un conjunto de perspectivas particulares, la primera más cercana al estilo de trabajo y al debate propio de la filosofía de la emoción, discutiendo y proponiendo ajustes a las tradicionales miradas acerca de la emoción en particular al aspecto afectivo y evaluativo de las misma. Las otras dos visiones, parten de los aportes de la teoría evolutiva, y en particular de la psicología y la economía experimental reciente.

Para Greenspan, las emociones facilitan el razonamiento práctico; entendido este último, en términos generales como el razonamiento acerca de los problemas relacionados con la acción. Basado en una mirada perspectivista, el concepto de racionalidad emocional, integra las emociones, y no las marginaliza como un elemento accesorio, ya que proveen y expresan razones potenciales para la acción; estando sujetas a la evaluación y al control racional. En este sentido la racionalidad de contexto y la racionalidad estratégica se encuentran como caras diferentes de una misma moneda. Y ofrece una posibilidad de integración, al estilo consenso pro-emoción que da un lugar a las diferentes ontologías, epistemologías y diversidad de aspectos relativos al estudio de la emoción. Como McDermott y Livet, Greenspan define la influencia de la emoción en la acción, su carácter facilitador, pero no explica de manera detallada los mecanismos puntuales de direccionalidad, o de causación.

Desde la mirada de McDermott, la emoción es un componente esencial de la racionalidad. A través del estudio de experimentos, la autora rastrea las maneras en que las decisiones afectan la toma de decisiones. Pensar en la racionalidad

emocional, significa comprender que las emociones impulsan a un individuo hacia la acción con respecto a un acontecimiento imaginado o una experiencia; que el estado emocional esperado de un tomador de decisiones se entiende como parte del cálculo de la utilidad esperada de una persona; que las emociones inmediatas y anticipadas pueden incrementar el descuento percibido de futuro pagos, de una manera en la que se vuelvan más pesimistas sobre la posibilidad de éxito de sus acciones; las emociones pueden ayudar a las personas a centrarse en cierta información importante que de otra forma no puede ser accesible. Las emociones afectan la selección de la memoria y las maneras como interpretamos la historia de un evento; las emociones pueden afectar las percepciones de riesgo, y por ende nuestra proclividad o aversión al mismo, con las consecuencias personales y sociales que esto implica.

A diferencia de lo que se pensaba dentro de la teoría estándar de la racionalidad estrecha, las emociones al parecer “calibran” las decisiones ya que las vías emocionales en el cerebro incrementan la velocidad y a menudo la precisión del juicio y la toma de decisiones; pueden predecir sesgos particulares, o sesgos hacia ciertas decisiones específicas. Así mismo, ayudan a la teoría de la mente, ya que las emociones pueden proveer los medios para expresar intuiciones respecto a los demás y sus intenciones.

Hallazgos como los analizados y propuestos por las versiones de racionalidad emocional de McDermott y Livet, socavan los rezagos de las miradas neoclásicas sobre los agentes económicos. Las condiciones de racionalidad establecidas desde los años cincuenta del siglo XX, en términos de racionalidad procedimental, deben ser ajustadas debido, no solo a que la emoción estaba fuera de la escena, sino que la ausencia de la emoción mantenía en la penumbra aspectos tales como la formación de preferencias, los mecanismos de selección de información y de alternativas, las bases relativas al significado de la función de utilidad, su carácter esperado, y el rol de la anticipación, que gracias a miradas como las de la

racionalidad emocional reinterpretan el significado y dinámicas de las decisiones paramétricas.

Estos aprendizajes tienen efectos para otros territorios de las teorías sobre la elección. En particular la teoría de juegos, donde la introducción de las emociones, explica mejor la selección de estrategias, soluciones, elección de equilibrios marcados por el compromiso o la defección (incluso la salida) basada en esta noción de racionalidad emocional. Para la teoría de juegos bayesianos, hay claras consecuencias en materia de actualización de la información y de la manera en cómo se ajustan las estrategias subsecuentes. Para la teoría de elección social, hay claros retos, marcados por la racionalidad emocional en contextos de decisión colectiva.

El abordaje de las emociones por parte de la filosofía ha sido, en opinión de este trabajo, uno de los puentes de encuentro más fértiles e interesantes con las ciencias naturales, las ciencias sociales, la literatura y las artes. Refresca y actualiza el pensar filosófico y renueva los vínculos de discusión y comunicación con las demás áreas del conocimiento y la expresión. Es en la filosofía de la emoción, donde se retoma la pregunta transversal que por la ontología, la epistemología, y la axiología del ser y el hacer humano. Es la filosofía de la emoción el campo de encuentro con lo más avanzado de la investigación científica, y es el terreno para la reconceptualización que implica la transformación de la comprensión de lo humano que vendrá en las décadas siguientes.

Se retoma aquí la convicción de importantes autores recientes tales como Elinor Ostrom (2004 y 2005), Samuel Bowles y Herbert Gintis, Douglass North (2005) y Chrysostomos Mantzavinos (2001 y 2004) que desde diversas disciplinas han demostrado el movimiento hacia una teoría unificada de la explicación sobre el comportamiento humano y social. Los aportes de estos autores han mostrado que el diálogo interdisciplinar, teórico y metodológico desde diferentes campos ha

dado paso a la reconceptualización de las categorías y de la idea misma sobre el *ser* y el *quehacer* humano.

Pese a los avances conceptuales, tecnológicos, y metodológicos que nos separan de quienes se hicieron la pregunta por, e iniciaron la exploración de la emoción en el pasado próximo y lejano; nuestras preguntas y nuestros hallazgos estarán también marcados por la limitación de la información que tenemos, y la penumbra de nuestra ignorancia sobre nuestra propia naturaleza y sus productos; sobre el mundo artificial al que hemos inaugurado y vertiginosamente desarrollado, y su inevitable retroalimentación sobre la esencia de lo que somos como especie. Ahí yace la terquedad y el encanto de pensar la “nueva-vieja” pregunta por la naturaleza humana.

Bibliografía

- Abitbol, P. Botero, F. (2006) "Teoría de elección racional. Estructura conceptual y evolución reciente". En Revista *Colombia Internacional* 62, jul - dic 2005, 132 – 145.
- Abitbol, P. (2005) *El concepto de diseño institucional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Acero, J. J. (2009) "Emoción como exploración" En Revista *Universitas Philosophica*, Año 26, 52: 135-162. Bogotá, Junio.
- Ainslie, G. (1992). *Picoeconomics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ainslie, G. (2001). *Breakdown of will*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bicchieri, C. (2006) *The Grammar of Society*. The Nature and Dynamics of Social Norms: Cambridge University Press.
- Brody, L. Hall, J. A. (2004) "Gender, emotion and expression". En, Lewis, M. Haviland-Jones, J. (Eds.) *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp 338-350.
- Calhoun, C. (2001) "Putting Emotions in Their Place". En, Goodwin, Jeff. Jasper, James M. Polleta, Francesca. *Passionate Politics*. Chicago: The University of Chicago Press. Pp: 45-57.
- Camerer, C. G. Loewenstein, y D. Prelec (2005) "Neuroeconomics: How neuroscience can inform economics", *Journal of Economic Literature*, 43 (1), 9-64.
- Cante, F. (2007) *Acción colectiva, metapreferencias y emociones*. En *Cuadernos de economía* 47, 2007.
- Casas-Casas, A. (2009) *Las bases biocomportamentales de la política*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Chaux, E. (2012) *Educación, convivencia y agresión escolar*. Universidad de Los Andes.
- Conolly, W. E. (2002) *Theory out of Bounds: neuropolitics, thinking, culture*. Vol.23. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Conlisk, John. Why Bounded Rationality? E, *Journal of Economic Literature*. Vol XXXIV, June. Pp 669-700.

Cornelius, R. (1996) *The Science of Emotion*. Prentice-Hall.

Cosmides, L. Toobey, J. (2008) "Evolutionary Psychology and The Emotions". En, Lewis, M. Haviland-Jones, Jeanette. (2008) *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp 91-115.

Damasio, A. (2010) *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona: Ediciones Destino.

Damasio, A.R. (1999). *The feeling of what happens: body and emotion in the making of consciousness*. New York: Harcourt Brace.

Damasio, A.R. (2000). "A second chance for emotion". In R.D. Lane & L. Nadel (Eds) *Cognitive neuroscience of emotion*. New York and Oxford: Oxford University Press.

Damasio, A. (1994) *El error de Descartes*. Barcelona: Drakontos. Ed. Crítica.

Davidson, D. (1995) *Ensayos sobre acciones, razones y sucesos*. Barcelona: Editorial Crítica.

D'Arms, J. and Jacobson, D. (2000). 'The Moralistic Fallacy: On the "Appropriateness" of Emotions'. *Philosophy and Phenomenological Research* 61.1, 65–90.

Deonna, J. A. Teroni, F. (2012) *The emotions a Philosophical Introduction*. Roudlege.

De Sousa, R. (2010) "Emotion" . En *The Stanford encyclopedia of Philosophy*, (Eds.) E. Zalta. <http://plato.stanford.edu/archives/spr2010/entries/emotion/>

De Sousa, R. (2004) "Emotions: what I know, What I'd Like to Think I Know, and What I'd like to think. En Solomon, Robert C. (ed.) *Thinking about feeling: Contemporary Philosophers on Emotions*. Oxford. Oxford University press. Pp 61-75.

De Sousa, R. 1987. *The Rationality of Emotion*. Cambridge (MA), MIT Press.

De Sousa, R. 2006. "Against Emotional Modularity", en: Faucher Y Tappolet (eds.) 2006. *The Modularity of Emotions*. Canadian Journal of Philosophy, Supplementary Volume 32.

Descartes, R. (1989) *On the passions of the soul*. Indianapolis, IN: Hackett.

Diener, E. Lucas, R. (2004) "Subjective emotional well-being". En, Lewis, M. Haviland-Jones, J. (Eds.) *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp 325-337.

Druckman, J. N. Lupia, A. (2006) "Mind, Will and Choice" Pp 97-113 in *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, eds. Ch. Tilly and R. E. Goodin. Oxford: Oxford University Press.

Elster, J. (2010) "Bad Timing". En Andreou, C. White, M.D. (Eds) *The Thief of Time: Philosophical Essays on Procrastination*. Oxford: Oxford University Press.

Elster, J. (2009) "Self-poisoning of the mind". En, *Phil. Trans. R. Soc. B* 2010 **365**, doi: 10.1098/rstb.2009.0176, published online 21 December 2009.

Elster, J. (2009) *Excessive ambitions*. S.d.

Elster, J. (2007) *Reputation and Character*. S.d.

Elster, J. (2007) *Explaining social Behavior*. Cambridge: Cambridge University Press.

Elster, J. (2006) "La racionalidad y las emociones". En Mockus, A. Cante, F. (Comps.) *Acción colectiva, racionalidad y compromisos previos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 109-126.

Elster, J. (2005) "Motivation and Beliefs in Suicide Missions". En Gambetta, D. (Ed.) *Making Sense of Suidice Missions*. Oxford: Oxford University Press.

Elster, J. (2004) "Emotion and Action". En Solomon, Robert C. (ed.) *Thinking about feeling: Contemporary Philosophers on Emotions*. Oxford. Oxford University press. Pp

Elster, J. (2002) *Alquimias de la mente la racionalidad y las emociones*. Paidós

Elster, J. (2001) *Sobre las pasiones emoción, adicción y conducta humana*. Paidós.

Elster, J. (1998) "Emotions and Economic Theory". *Journal of Economic Literature* Vol. XXXVI (March), pp. 47-74.

Elster, J. (1997) *Egonomics: análisis de la interacción entre racionalidad, emoción, preferencias y normas sociales en la economía de la acción individual y sus desviaciones*. Ed. Gedisa.

Elster, J. (1997) (Ed) *The multiple self* Cambridge : Cambridge University, 1995.

Elster, J. (1995) *Juicios salomónicos las limitaciones de la racionalidad como principio de decisión*. Editor: Gedisa.

Elster, J. (1989) *Ulises y las sirenas estudio sobre racionalidad e irracionalidad*. Fondo de Cultura Económica.

Elster, J. (1988) *Uvas amargas sobre la subversión de la racionalidad*. Península.

Evans, D. Cruse, P. (2004) *Emotion, Evolution and Rationality*. Oxford: Oxford University Press.

Evans, D. (2002) "The search Hypothesis of emotion". *Brit. J. Phil. Sci.* 53, 497-509.

Evans, D. (2001) *Emotion: The Science of Sentiment*. Oxford: Oxford University Press.

Forgas, J. P. Vargas, P.T. (2004) "The effects of Mood in Social Judgement and Reasoning" Lewis, M. Haviland-Jones, J. (Eds.) *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp 350-367.

Fridja, N. (2008). "The Psychologists' Point of View". En, Lewis, M. Haviland-Jones, Jeanette. *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp 59- 74.

Fridja, N. (1986) *The emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fruehauf, H. (2006) *All Disease Comes From the Heart: The Pivotal Role of the Emotions in Classical Chinese Medicine*. PP 1-15.
www.classicalchinesemedicine.org

Goldie, P. (2004) Emotion, feeling and Knowledge of the world. En Solomon, Robert C. (ed.) *Thinking about feeling: Contemporary Philosophers on Emotions*. Oxford. Oxford University press. Pp 91-106.

Goldie, P (2002) *The emotions: A Philosophical exploration*. Clarendon Press-Oxford.

Goodwin, J. Jasper, J. M. Polleta, F. (2001) *Passionate Politics*. Chicago: The University of Chicago Press.

Goodwin, J. Jasper, J. M. Polleta, Francesca (2001) Why Emotions Matter. En, Goodwin, J et. al. *Passionate Politics*. Chicago: The University of Chicago Press. Pp: 1-24.

Graber, M. Walde, K. (2009) *Emotions and Decisions*. Lecture. Johannes Gutenberg Universität: Mainz.

Greenspan, P. (2004) Emotions, Rationality, and Mind/Body. En Solomon, Robert C. (ed.) *Thinking about feeling: Contemporary Philosophers on Emotions*. Oxford. Oxford University press. Pp 125-135

Hall, S. (2010) *Wisdom: From philosophy to neuroscience*. Vintage Books.

Hanoch, Y. (2002) "Neither an angel nor an ant": Emotion as aid to bounded rationality. En, *Journal of Economic Psychology* 23, Pp: 1-25.

Hay, C. (2002) "Political analysis". Basinstoke: Palgrave.

Hay, C. (2006) "Political Ontology" Pp 78-96 in *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, eds. Ch. Tilly and R. E. Goodin. Oxford: Oxford University Press.

Hatzimoysis, A. (Ed.) (2003) *Philosophy and The Emotions*. Cambridge University Press.

Hegel, G. W. F. (1977) *The Phenomenology of Spirit*. Oxford: Oxford University Press.

Helm, B. (2009) Emotions as evaluative feelings. *Emotion Review*.

Helm, B. (2001) "Emotions and Practical Reason: Rethinking Evaluation and Motivation". En: *Noûs* 35:2 -2001. Pp. 190–213.

Hess, U. Kirouac, G. (2004) "Emotion expressions in groups" En; Lewis, M. Haviland-Jones, J. (Eds.) *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp 368-381.

Hobbes, T. (2001) (1651) *Leviatán. De la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hollis, M. (1994) *The philosophy of social science*. Cambridge: Cambridge University Press.

Honderich, T. (ed.) (1995) *The Oxford companion to philosophy*. Oxford: Oxford University Press.

Hume, D. (1888) *A Treatise of Human Nature*. Oxford: England. Oxford University Press.

Jasper, J. M. (2006) Motivation and Emotion Pp 157-171 in *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, eds. Ch. Tilly and R. E. Goodin. Oxford: Oxford University Press.

Kahneman, D. (2011) *Thinking fast and slow*. New York: Farrar, Strauss and Giroux.

Kahneman, D. (2003) Maps of Bounded rationality: Psychology for behavioral economics. En, *The American Economic Review*, 93 (5), pp. 1449-1475, December.

Kant, I. (1953) *Critique of Judgement*. New York: Hafner.

Kenny, M. Smith, M.J. (1997) "(Mis) Understanding Blair". *Political Quarterly*, 68: 220-230.

Kessler, A. Festi, A. Traue, H. Filipic, S. Weber, M. Hoffmann, H. (2008) "Simulation of personal emotional experience-SILEX". En *Affective Computing*. Or, J. (Ed.) Online publication.

LeDoux, J. (1996). *The emotional brain: the mysterious underpinnings of emotional life*. New York: Simon and Schuster.

LeDoux, J. E. (1987) "Emotion". En, F. Plum y V.B. Mountcastle. *Handbook of Physiology. The Nervous System: Vol. 5. Higher function* (pp. 419-459). Washington, DC: American Physiological Society.

Lerner, J. Small, D. Loewenstein, G. (2004) Heart Strings and Purse Strings: Carryover Effects of Emotions on Economic Decisions. En *Psychological Science*, Vol. 15 No 5. Pp 337-341.

Lewis, M. Haviland-Jones, J. (2008) *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press.

Livet, P. (2009) "Rational choice, neuroeconomy and mixed emotions" *Phil. Trans. R. Soc. B* 2010 365, doi: 10.1098/rstb.2009.0177, published online 21 December 2009.

Loewenstein, G. Rick, S. (2008) *Emotion in economics: The challenge of emotions for economic theory*. S.d.

Loewenstein, G. (2000) "Emotions in Economic Theory and Economic Behavior". En *AEA Papers and Proceedings*. Vol. 90 No 2. May.

Losada, R. Casas-Casas, A. *Enfoques para el análisis político: epistemología, historia y perspectivas de la ciencia política*. Bogotá: Editorial Javeriana.

Marcus, G. (2003) "The Psychology of Emotion and Politics". En, O'Sears, D. Huddy, L. Jervis, R. (Eds) *Oxford Handbook of Political Psychology*. Pp 182-221. New York: Oxford University Press.

Mäki, U (2001) "Economic Ontology": What, Why, How? Pp 3-14 in *The Economic Worldview: studies in the Ontology of Economics*, ed. U. Mäki. Cambridge: Cambridge University Press.

Mantzavinos, C. North, D. Shariq, S. (2004) "Learning, Institutions, and Economic Performance". En *Perspectives on Politics*. March 2004, Vol. 2/No. 1. Pp 75-84.

Mantzavinos, C. (2001) "Individuals". *Individuals, Institutions and Markets*. Cambridge, Cambridge University press.

Maramatsu, R. Hanoch, Y. (2005) Emotions as a mechanism for boundedly rational agents: The fast and frugal way. *Journal of Economic Psychology*, 26. 201-221

Marks, J. (1991) Emotions East and West: Introduction to A Comparative philosophy. *Philosophy East and West* , Vol. 41, No. 1, Jan., 1991. Pp: 1-30.

Martínez Manrique, F. (2009) "Presentación: Filosofía, emoción y lenguaje". En *Revista Universitas Philosophica*, Año 26, 52: 9-15. Bogotá, Junio.

Martínez Manrique, F. (2009) "Emoción, modularidad y acción racional". En *Revista Universitas Philosophica*, Año 26, 52: 107-131. Bogotá, Junio.

McDermott, R. (2013) *Conversación personal*.

McDermott, R. (2007) "Cognitive neuroscience and politics: Next Steps". En, Neuman, R. W. Marcus, G.E. Crigler, A. Mackuen, M.(eds) (2007) *The affect effect. Dynamics of emotion in political thinking and behavior*. Chicago: The University of Chicago Press. Pp: 375-397.

McDermott, R. (2004) "The feeling of rationality: The meaning of neuroscientific advances for political science". *Perspectives on Politics*. December. Vol2/No. 4; 691-706.

Monroe, K. R. (ed) (1994) *Perestroika! Methodological pluralism, Governance and Diversity in Contemporary American Political Science*. New Haven, Conn: Yale University Press.

Myers, Dan, Tingley, D. (2011) *The influence of Emotion on Trust*. Working Paper. January 2. Department of Government. Harvard University.

Neblo, M. (2007) "Philosophical psychology with political intent" Pp. 25- 47. In Neuman, R. W. Marcus, G.E. Crigler, A. Mackuen, M.(eds) *The affect effect. Dynamics of emotion in political thinking and behavior*. Chicago: The University of Chicago Press.

Neuman, R. W. Marcus, G.E. Crigler, A. Mackuen, M.(eds) (2007) *The affect effect. Dynamics of emotion in political thinking and behavior*. Chicago: The University of Chicago Press.

Neuman, R. W. Marcus, G.E. Crigler, A. Mackuen, M. (2007) "Theorizing affect's effects". Pp 1-23. In *The affect effect. Dynamics of emotion in political thinking and behavior*. Chicago: The University of Chicago Press.

Nietzsche, F. (1967) *On the Genealogy of Morals*. New York: Random House.

Nussbaum, M. (2006) *El ocultamiento de lo humano: repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz.

Mockus, A. Cante, F. (Comps.) (2006) *Acción colectiva, racionalidad y compromisos previos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Ostrom, E. (2009) "Collective Action Theory". En Boix, C. Stokes, S (Eds) *Oxford Handbook of Comparative Politics*. Oxford: Oxford University Press.

Panksepp, J. (2004) "Emotions as Natural Kinds within the Mammalian Brain". En Lewis, M. Haviland-Jones, J. *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp: 137-156.

Pérez Jiménez, M.A, y Liñan Ocana, J. L. (2009) "Anáfora: La estructura normativa del contenido emocional". En Revista *Universitas Philosophica*, Año 26, 52: 9-15. Bogotá, Junio.

Petersen, R. & Zukerman, S. (2009). "Revenge or Reconciliation: Theory and Method of Emotions in the Context of Colombia's Peace Process," In Bergsmo, M. & Kalmanovitz, P. (Eds) *Law in peace negotiations*. FICHL Publication Series No. 5 Oslo:Forum for International Criminal and Humanitarian Law (FICHL)- International Peace Research Institute, Oslo (PRIO). Pp 151-174.

Petersen, R. (2007). "Miedo y odio en las transiciones". En *Memorias del Seminario Internacional de Justicia Transicional y resolución de Conflictos*. Bogotá.

Petersen, R. (2006). "Justice, Anger, Punishment and Reconciliation,". En Cante, F and Luisa Ortiz, eds., *Nonviolent Political Action and Reconciliation*. Bogotá. Universidad del Rosario.

Petersen, R. (2001) *Resistance and Rebellion. Lessons from Eastern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Petersen, R. (2002) *Understanding Ethnic violence. Fear, hatred, and resentment in twentieth-century Eastern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pinker, S. (2007) *The Stuff of Thought. Language as a window into human nature*. New York: Penguin.

Pinker, S. (1997) *Cómo funciona la mente*. Barcelona: Destino.

Pinker, S. () *La tabla rasa: La negación moderna de la naturaleza humana*. Paidós.

Platón (1974) *The Republic*. Indianapolis, IN: Hackett.

Platón (1989) *The Symposium*. Indianapolis, IN: Hackett.

Prinz, J. (2004) "Embodied Emotions". En Solomon, Robert C. (ed.) *Thinking about feeling: Contemporary Philosophers on Emotions*. Oxford. Oxford University press. Pp 44-58.

Prinz, J. (2001) *The emotional construction of Morals*. Oxford: Oxford University Press.

Marcus, G.E. Crigler, A. Mackuen, M.(eds) (2007) *The affect effect. Dynamics of emotion in political thinking and behavior*. Chicago: The University of Chicago Press.

Reeve, J. (2010) *Motivación y emoción*. McGraw-Hill/Interamericana Editores.

Rick, S y Loewenstein, G. (2007) The role of emotions in economic behavior. S.d.

Rosenberg, A. (2008) *Philosophy of Social Science*. Westview press.

Searle, J. (2004) *La mente*. Editorial Norma.

Searle, J. (1983). *Intentionality: An Essay in the Philosophy of Mind*. New York: Cambridge University Press.

Shweder, R.A. Haidt, J. (2004) "The Cultural Psychology of the Emotions: Ancient and New". Lewis, M. Haviland-Jones, J. (Eds.) *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp. 397-415.

Simon, H. A. (1983). *Reason in human affairs*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Simon, H. A. (1965) "Motivational and emotional controls of cognition. *Psychological Review*, Vol 74(1), Jan 1967, 29-39.

Smith, A. (1976) *The Theory of Moral Sentiments*. Oxford: Oxford University Press.

Sneddon, A. 2006. "Two Views of Emotional Perception: Some Empirical Suggestions", en: Faucher Y Tappolet (eds.) 2006. *The Modularity of Emotions*. Canadian Journal of Philosophy, Supplementary Volume 32, 161-183.

Solomon, R. (2008) *The Philosophy of Emotions*. En, Lewis, M. Haviland-Jones, Jeanette. *Handbook of emotions*. Second edition. New York: The Guilford press. Pp: 3-15.

Solomon, R. (2004) (ed.) *Thinking about feeling: Contemporary Philosophers on Emotions*. Oxford. Oxford University press.

Solomon, R. (2004) "Emotions, thoughts, and feelings". En Solomon, Robert C. (ed.) *Thinking about feeling: Contemporary Philosophers on Emotions*. Oxford. Oxford University press. Pp 76-88.

Solomon, R. (1996) ¿Qué es una emoción? Pp 321-342. En eds. Ch. Calhoun y R. Solomon. México D. F: Fondo de Cultura Económica.

Spinoza, B. (1982) *Ethics*. Indianapolis, IN: Hackett.

Spezio, M. L. Adolphs, R. (2007) Emotional Processing and Political Judgement: Toward integrating political psychology and decision neuroscience. Pp71-95 In Neuman, R. W.

Sekhar Sripada, Ch. Stich, S. (2004) "Evolution, Culture and The Irrationality of the Emotions" Evans, D. Cruse, P. (eds) *Emotion, Evolution and Rationality*. Oxford: Oxford University Press.

Tooby, J., & Cosmides, L. (2000). "Toward mapping the evolved functional organization of mind and brain". In M. S. Gazzaniga (Ed.), *The new cognitive neurosciences* (pp. 1167–1270). Cambridge, MA: MIT Press.

Tooby, J., & Cosmides, L. (1995). "Mapping the evolved functional organization of mind and brain". In M.S. Gazzaniga (Ed.), *The cognitive neurosciences* (pp. 1185–1997). Cambridge, MA: MIT Press.

Tuan Pham, M. (2007) "Emotion and Rationality: a critical Review and Interpretation of emprical evidence". En, *Review of general psychology*. Vol, 11. No 2, 155-178.

Tuske, J. (2011) "The Concept of Emotion in Classical Indian Philosophy", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2011 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <http://plato.stanford.edu/archives/spr2011/entries/concept-emotion-india/>.

Universitas Philosophica (2009) *Filosofía de las emociones*. Vol. 52, Año 26, Junio.

Vendrell, I. (2009) Teorías analíticas de las emociones: el debate actual y sus precedentes históricos. En *Revista Internacional de Filosofía*, vol. XIV pp 217-240.

Zhu, J. & P. Thagard (2002) *Emotion and Action*. *Philosophical Psychology*, Vol 15, No. 1. Pp 19-36.